Un desastre de boda

UNA DAMA DE HONOR,
UN PADRINO...
Y UNA SOLA CAMA
KING SIZE.



KATE J. BLAKE

UN DESASTRE DE BODA

KATE J. BLAKE

Un desastre de boda
Copyright © 2026 by Kate J. Blake
Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro podrá reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, salvo por el uso de citas breves en una reseña literaria.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, establecimientos comerciales, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

SOBRE EL LIBRO

Una cama. Diez reglas. Cero posibilidades de cumplirlas.

Vine a esta boda para evitar que mi mejor amiga perdiera la cabeza.

No vine para compartir habitación, cama extragrande y una peligrosísima barricada de almohadas con Logan Whittaker: hermano del novio, padrino de boda y amenaza con piernas para mi autocontrol.

Logan es arrogante, guapísimo e imposible de ignorar.

Así que impongo algunas reglas:

- ***Nada de tocarse.***
- ***Nada de coquetear.***
- ***Nada de besos.***
- ***Y, por supuesto, nada de sexo.***

Fácil.

Salvo porque Logan sabe demasiado bien cómo hacer que quiera romperlas todas.

Entre unas batas de damas de honor plagadas de errores, un perro con un talento casi delictivo para sembrar el caos y esa forma en que Logan me mira cuando cree que no me doy cuenta, mis reglas empiezan a venirse abajo a una velocidad alarmante.

Porque ¿qué es lo peor de compartir cama con el hombre al que se supone que debes resistirte?

Descubrir que quizá no quieras hacerlo.

THE WEDDING DISASTER ***es una comedia romántica picante de enemigos a amantes, con proximidad forzada, caos nupcial, diálogos cargados de ironía, sentimientos secretos y un final feliz garantizado.***

ÍNDICE

Capítulo Uno
Lena
Capítulo Dos
Logan
Capítulo Tres
Lena
Capítulo Cuatro
Logan
Capítulo Cinco
Lena
Capítulo Seis
Lena
Capítulo Siete
Lena
Capítulo Ocho
Logan
Capítulo Nueve
Lena
Capítulo Diez
Lena
Capítulo Once
Lena
Capítulo Doce
Lena
Capítulo Trece
Lena
Capítulo Catorce
Lena
Capítulo Quince
Logan
Capítulo Dieciséis
Lena
Capítulo Diecisiete
Lena
Capítulo Dieciocho
Logan

Capítulo Diecinueve
Logan
Capítulo Veinte
Lena
Capítulo Veintiuno
Logan
Capítulo Veintidós
Lena
Capítulo Veintitrés
Logan
Capítulo Veinticuatro
Logan
Epílogo

Acerca del Autor

CAPÍTULO UNO

LENA

Regla n.º 1: Nunca te fíes de un hotel para bodas con paredes beige y personal de mirada vacía.

En cuanto atravieso las puertas giratorias, sé que el fin de semana ya está condenado al desastre.

El vestíbulo es beige del suelo al techo. De ese beige que te hace cuestionar todas las decisiones que has tomado en la vida. En algún lugar cercano, una fuente borbotea con el entusiasmo de un electrodoméstico agonizante.

La lluvia azota los cristales a mi espalda en cortinas plateadas, aplasta las palmeras que flanquean la entrada y convierte el acceso en un lago poco profundo. La aplicación meteorológica lo llama perturbación tropical. El personal del hotel insiste en llamarlo chaparrón pasajero, la misma clase de mentira que cuenta la gente cuando el techo, técnicamente, todavía sigue en su sitio.

Esto debería dárseme bien. Se me da bien.

En el trabajo, mi cargo es gerente sénior de operaciones, lo que significa que soy la responsable profesional de impedir que los pequeños errores se reproduzcan en rincones oscuros y se conviertan en costosos desastres públicos. Dirijo lanzamientos de productos, desenredo problemas con los envíos y una vez desvié un camión cargado de equipo médico sensible a la temperatura por tres condados después de que cerraran un puente. Cuando todo arde,

me llaman a mí, porque soy quien sabe qué extintor sirve para cada llama.

Sienna también lo sabe.

Lo sabe desde el jardín de infancia, cuando reorganicé el estante de los refrigerios de la clase después de que se derramara una cajita de jugo y anuncié que las etiquetas pegajosas eran la primera señal del colapso de la sociedad. Es la única persona viva capaz de hacerme abandonar una reunión de planificación trimestral porque escribe la palabra florista seguida de tres signos de exclamación.

Mi superior cree que voy a pasar el fin de semana descansando. La semana que viene tengo que presentar una propuesta para un puesto de nivel directivo que me daría un equipo más grande, más dinero y el privilegio, bastante cuestionable, de solucionar crisis en toda la región del sureste.

La presentación está lista. El pronóstico no.

La computadora portátil está en mi bolso. La carpeta de emergencia para la boda, en la maleta. Tengo treinta y siete mensajes sin leer en el teléfono, y la fuente del hotel junto a recepción expulsa una burbuja del color de un té aguado.

Todo va bien.

El teléfono vuelve a vibrar antes de que llegue al mostrador, pero no es Sienna quien llama.

NÚMERO DESCONOCIDO.

Antes de contestar, ya sé que no debería hacerlo.

Y antes de rechazar la llamada, también sé quién es.

Trevor lleva usando números nuevos desde que bloqueé el anterior. Nunca llama lo suficiente como para que su insistencia pueda calificarse de implacable. Solo lo hace con la frecuencia necesaria para que me pregunte si ignorarlo es infantil, uno de sus trucos favoritos. Hacer que mi límite parezca la ofensa. Convertir mi reacción en el verdadero problema.

Desvío la llamada al buzón de voz y guardo el teléfono en el bolso como si así pudiera enterrar el pulso que me salta bajo la piel.

El teléfono vuelve a vibrar.

SIENNA

¿¿DÓNDE ESTÁS??!

Y entonces llega otro mensaje.

El florista envió LIRIOS, Lena. LIRIOS. No rosas. Mi madre está LLORANDO. DICE QUE TIENEN AIRE DE FUNERAL.

Respiro hondo e imagino un spa. Luego, una celda acolchada. La verdad es que ambas opciones resultan tentadoras.

La recepcionista apenas levanta la vista cuando le doy mi nombre. Justo cuando me preparo para otra de las emergencias nupciales de mi mejor amiga, los dedos de la mujer se detienen sobre el teclado.

—Lo siento, señorita Rhodes. Parece que alguien ya se ha registrado en su habitación. Un tal... señor Todd.

Hace un gesto hacia el vestíbulo, donde el tío Todd, uno de los parientes ancianos de Bennett y, por lo visto, profesional del sueño, está despatarrado en un sillón de cuero. Completamente ajeno al mundo, con la boca abierta y una mano aferrada a una bolsita blanca y brillante de minipretzels como si quisiera protegerla.

—Para que quede claro —digo—, ¿un hombre que ahora mismo está en coma me ha robado la habitación?

—Él llegó primero —responde la recepcionista con un suspiro.

Aprieto la correa del bolso. —Claro. Y, como está inconsciente, tal vez podría...

—Parece que todo marcha de maravilla —dice una voz conocida, y sé exactamente a quién pertenece antes de darme la vuelta.

Por supuesto que tenía que aparecer ahora.

Me vuelvo y encuentro a Logan Whittaker detrás de mí, vestido con un traje azul marino hecho a medida como si faltaran quince minutos para la boda, sereno, con aspecto de costar una fortuna y profundamente irritante. Lleva la corbata lo bastante floja para que parezca intencional, lo cual lo empeora todo.

Lo conozco desde hace tres años, desde que lo de Bennett y Sienna se puso serio. De algún modo, durante todo ese tiempo Logan se ha especializado en dos cosas: el sarcasmo competitivo y llevar mi presión arterial a niveles peligrosos.

He pasado la mayor parte de esos tres años fingiendo que lo odio. Es más fácil que admitir cuántas veces lo busco con la mirada al entrar en una habitación.

También es más fácil que admitir que me fijo en las mujeres que lo acompañan. El cumpleaños de Bennett, la cena por el ascenso de Sienna, la fiesta de compromiso, reuniones improvisadas para tomar algo en una azotea. Una mujer distinta cada vez. Hermosas, impecables, temporales. Logan Whittaker nunca parece llegar solo ni marcharse comprometido con nadie.

Precisamente por eso debería saber que no me conviene.

—Logan —digo, intentando sonar despreocupada, aunque acabo sonando como si tuviera dolor de muelas.

Sonríe. Una sonrisa lenta. Controlada. Injusta. —Pareces tranquila.

Arqueo una ceja. —Y tú pareces inflamable. ¿Llamo a mantenimiento o te echo agua encima sin más?

La recepcionista se aclara la garganta, arrepentida a todas luces de cada decisión profesional que la ha conducido hasta aquí.

—Señorita Rhodes. Señor Whittaker. Los dos figuran en el cupo adicional de habitaciones reservado para la boda. Por desgracia, solo nos queda una habitación.

La miro fijamente.

Traga saliva antes de decir: —Una sola cama king-size.

Mi cerebro se apaga durante medio segundo.

—No. Ni hablar. Dormiré dentro de la máquina de hielo con los caramelos de menta.

La sonrisa de Logan se ensancha. —¿Segura? Yo ronco con la cara pegada al colchón. Como un caballero.

El pánico me recorre la piel como un hormigueo. Imagino el desastre absoluto que se desatará si la dama de honor principal monta una escena peor que la crisis de los centros de mesa.

—Bien. —Aprieto la mandíbula—. Pero quiero que conste en acta. Como se te ocurra siquiera mirar en mi dirección mientras duermo, te mando a la Mesa Trece de los perdedores.

La recepcionista parece escandalizada y acto seguido decide que no le pagan lo suficiente para lidiar con esto.

Logan no dice nada y recoge mi maleta antes de que pueda detenerlo. Se le tensa el antebrazo al cerrar la mano sobre el asa.

Por desgracia, me fijo.

Se da cuenta de que lo miro y esboza una sonrisa burlona. —¿Quieres que te lleve también el bolso o sería demasiado atrevido?

—Sigue hablando, Whittaker, y te meteré en la máquina de hielo.

Suena el timbre del ascensor. En algún lugar, arriba, una sola cama king-size espera para arruinarme el fin de semana.

Entonces el teléfono vuelve a iluminarse.

Antes de que se abran las puertas del ascensor, aparece la notificación del buzón de voz.

Debería borrarlo sin escucharlo. En cambio, me llevo el teléfono al oído y me vuelvo un poco para darle la espalda a Logan.

«Lena, soy yo». La voz de Trevor suena exasperantemente normal. Sin disculpas. Sin urgencia. Solo ese tono sereno que usaba cuando quería hacerme sentir irracional antes incluso de que yo abriera la boca. «Sé que estás en la boda de Sienna. Encontré una de tus cajas cuando vacié la unidad de almacenamiento. Llámame cuando puedas afrontar esto como una adulta. No hace falta convertir esto en un drama».

El mensaje termina.

Por un momento, los contornos del vestíbulo beige se vuelven extrañamente nítidos. Las puertas de latón del ascensor. El esmalte rosa descascarado de la recepcionista. La mano de Logan cerrada alrededor del asa de mi maleta.

No hace falta convertir esto en un drama.

Trevor solía decirlo después de olvidarse de nuestras cenas, después de leer mis mensajes y negarse a responder durante dos días, después de hacer bromas sobre mí delante de sus amigos y decirme que era demasiado sensible cuando dejaba de reírme. Cada herida era pequeña. Mi reacción siempre era la catástrofe.

Borro el mensaje de voz. Después abro el archivo del plano de mesas de Sienna, porque arreglar algo es más fácil que sentir.

SIENNA

PLANO DE MESAS. Trevor aparece en la Mesa Uno.
¿¿¿Tenemos tiempo de volver a imprimirlo???

Traducción: el exnovio está en la lista. El mismo al que exorcizamos hace seis meses con vino, lecturas dramáticas de diarios y una ceremonia de bloqueo en todas las plataformas. Y ahora está en primera fila en la recepción.

Me empieza a sudar la nuca.

¿Lo peor? Esto es culpa mía al cien por ciento.

Trevor llamó la semana pasada mientras yo corregía el plano de mesas porque, por lo visto, bloquear a un hombre en las redes sociales no le impide encontrar nuevas formas creativas de hacer estragos en tu presión arterial. Ignoré la llamada, seguí editando y debí de escribir su nombre en la Mesa Uno como si mi subconsciente se hubiera unido al comité de sabotaje de la boda.

Genial. Fantástico. Un comportamiento muy saludable por parte de mi cerebro.

Logan se inclina hacia mí, divertido, y pregunta: —¿Crisis de la novia o tuya?

—¿Importa? —Pulso el botón del ascensor con tanta fuerza que me hago daño en el pulgar—. Y si estás esperando el numerito de damisela en apuros, pierdes el tiempo.

Se encoge de hombros mientras las puertas se abren y responde: —Solo intento ayudar, Lena. Además, se me da bien cargar cosas pesadas.

Cierra la mano sobre el asa de mi maleta y los nudillos se le blanquean contra el cuero.

No me quedo mirando.

Desde luego que no.

Las puertas del ascensor se cierran.

Estoy en un hotel para bodas con flores con aire de funeral, mi exnovio incluido por accidente en el plano de mesas y una sola cama

esperándome arriba para que la comparta con el hombre al que llevo tres años fingiendo que no deseo.

¿Lo peor?

Logan Whittaker me mira como si ya lo supiera.

CAPÍTULO DOS

LOGAN

Regla n.º 2: No parezcas demasiado encantado cuando el destino te regale una sola cama y a la mujer a la que le gusta discutir contigo.

¿Conoces esa sensación de estar en una situación objetivamente espantosa y tener que fingir que cierta parte temeraria de ti no disfruta del panorama?

Ese soy yo, de pie en una habitación de hotel con Lena Rhodes, sosteniendo su maleta y fingiendo que el pulso no intenta treparme por la garganta.

Llegué cuatro horas antes porque Bennett me pidió que inspeccionara la plataforma provisional que el hotel construyó sobre la fuente del jardín para la ceremonia. Mi verdadero trabajo es la restauración arquitectónica, no salvar a los hoteles para bodas de su propio optimismo, pero mi hermano sabe exactamente cómo pedir un favor para que suene urgente y halagador a la vez.

¿Puedes asegurarte de que el altar no se derrumbe y mate a la abuela?

Difícil negarse.

La plataforma es segura. El arco decorativo, cuestionable. En el techo del salón de baile hay una mancha de humedad que avanza hacia una lámpara de araña, y la gerencia del hotel me dijo que aquello era «carácter histórico», lo que en el sector de la

construcción significa que nadie incluyó la reparación en el presupuesto.

Debería estar pensando en los cálculos de cargas, en los planos que aún tengo que revisar para la restauración de un hotel en Palm Beach o en la llamada del lunes, durante la cual un cliente pretende explicarme por qué eliminar un muro de carga mejoraría el flujo emocional de su vestíbulo.

En cambio, observo a Lena sacar unos pendientes de una bolsita de terciopelo con la concentración de una especialista en desactivar bombas.

El humor es mi forma de lidiar con los nervios. Bennett lo llama defecto de personalidad. Mi madre lo llama «esa cosa que haces cuando algo te importa demasiado y quieres que todos crean que no te importa».

Lena cree que significa que nada me importa nunca.

Ese malentendido es culpa mía en su mayor parte.

La verdad: Lena ha sido un problema para mí desde que Bennett llevó a Sienna a una cena de cumpleaños hace tres años. Sienna llegó sonriendo. Lena llegó veinte minutos tarde, furiosa por no haber encontrado dónde estacionar, y de algún modo acabó la noche discutiendo conmigo sobre si las personas que dicen «sin ánimo de ofender» deberían estar obligadas por ley a dejar de hablar.

Me gustó de inmediato. Por desgracia, estaba con un imbécil llamado Trevor —con quien acabaría pasando cinco años—, cosa que descubrí demasiado tarde esa noche, cuando ya me había imaginado despertando con ella en una sola cama.

Desde entonces, he aprendido algunas de las señales que la delatan. Cómo tamborilea con los dedos contra las copas de champán cuando está nerviosa. Cómo las cejas la traicionan cada vez que jura que está bien. Cómo finge que algo no le importa cuando le importa demasiado.

No debería mirarla como lo hago. No debería desear que esta habitación se parezca menos a un desastre y más a una oportunidad. Y desde luego no debería agradecer un error en la reserva que me ha dejado una puerta cerrada con llave, una sola cama king-size y a Lena Rhodes quitándose los zapatos con una

patadita frustrada, como si no acabara de hacerme todavía más difícil pensar con claridad.

Me clavo las uñas en la palma y mantengo una expresión neutra.

Primero llaman a la puerta. Después, mi hermano Bennett entra tropezando con nuestro equipaje.

Me mira, luego a Lena y después la cama: una sola cama king-size. Su sonrisa se ensancha despacio.

—Tienes cara de que alguien acaba de darte una bomba o un regalo de Navidad adelantado en pleno verano.

Dejo la maleta de Lena junto a la cómoda y respondo: —El envoltorio es el mismo.

Bennett mira a Lena y luego a mí antes de añadir: —Este no es el fin de semana para hacer una estupidez, Logan. Sienna los matará a los dos y, sinceramente, como soy el novio, tendré que ponerme de su parte.

No se equivoca.

Me encojo de hombros, intentando parecer relajado, aunque por dentro ardo.

Bennett me lanza una última mirada de advertencia antes de marcharse. Lena nos ignora a los dos y abre la cremallera de su maleta mientras murmura algo sobre la colcha más fea del mundo y unas almohadas que huelen a «la versión más insípida de la vainilla».

La puerta se cierra tras mi hermano y la habitación queda en silencio. No es lo bastante grande para los dos y para todo lo que intento no decir.

Todos mis instintos me empujan a cruzar la habitación, a preguntarle por qué carga con toda la boda a cuestas como si su trabajo fuera impedir que todos se desmoronen, a decirle que conmigo no tiene que estar bien.

En cambio, miro por la ventana.

Una pareja de pavos reales deambula por el jardín del hotel. La madre de Sienna, la tía Celeste, está junto a los setos agitando un billete de cinco dólares.

—¡Eres un artista exquisito! —grita.

Este fin de semana va a acabar conmigo.

O al menos le dará a Bennett material excelente para su discurso.

La risa se me atasca en el pecho. Fuera, la boda ya se está devorando a sí misma. Dentro, estoy en una habitación de hotel con Lena Rhodes, intentando no dar un solo paso en falso.

Abro la boca para preguntarle por el desastre del plano de mesas, quizá para ofrecerle ayuda práctica, pero ella entra en el baño y cierra la puerta con un clic.

Durante un segundo, me quedo ahí plantado, mirando la puerta cerrada como si pudiera darme respuestas.

No lo hace.

Sale cinco minutos después con una bata de seda rosa pálido y el cabello suelto sobre los hombros, y se me seca la boca.

Miro el techo antes de que pueda ver la estupidez que sin duda se refleja en mi cara.

—¿Le pasa algo a la lámpara? —pregunta.

Preferiría tragar cristales antes que dejar que vea lo rápido que puede desarmarme.

—Solo me aseguro de que el techo no se venga abajo —digo—. Ya que todo lo demás parece estar derrumbándose.

Pasa descalza a mi lado y va hasta la cómoda para ordenar sus joyas como si no acabara de dejarme incapaz de pensar con claridad.

Una sola cama. La unidad de medida más absurda y peligrosa.

—¿Cómo vamos a organizarnos? —pregunta con los brazos cruzados.

La respuesta decente es: Tú duermes en la cama. Yo dormiré en la bañera.

La respuesta sincera es: Puedo soportar el suelo. No puedo soportar que estés ahí de pie, vestida de seda y fingiendo que no sabes exactamente lo que me haces.

En cambio, digo: —Piedra, papel o tijeras. ¿El que gane elige lado?

Pone los ojos en blanco, pero noto un leve tirón en la comisura de sus labios: el amago de sonrisa que intenta ocultar.

La Lena de siempre. Fingiendo que no siente nada mientras se delata poco a poco.

CAPÍTULO TRES

LENA

Regla n.º 3: Si te ves obligada a compartir habitación con Logan Whittaker, establece las leyes de inmediato.

A los tres minutos de empezar a deshacer las maletas con torpeza, en medio de un silencio tenso, comprendo que para sobrevivir harán falta reglas.

No solo límites. Leyes. Posiblemente impuestas por el gobierno.

Tomo una hoja de la papelería del hotel y garabateo Reglas con un bolígrafo robado de algún seminario de formación empresarial. Después planto la hoja sobre la mesita de noche.

—Ley y orden, Logan. Bienvenido al sistema jurídico.

La recoge, con esa sonrisa indolente que ya amenaza mi salud. Me niego a fijarme en lo bien que se ven sus antebrazos apoyados en la mesita. Sobre todo, me niego a fijarme en el vuelco que me da el corazón cuando lee la primera línea.

Reglas del dormitorio:

Nada de tocarse.

Nada de coquetear.

Nada de dormir desnudos.

Nada de comentarios sobre el pijama de nadie.

Nada de robar mantas.

Nada de mirarse antes del café.

Nada de tratar la cama como territorio neutral.

Nada de besos.

Nada de actuar como si esto significara algo.

Sin consecuencias.

Sus ojos recorren la lista y se demoran en la regla ocho un segundo más de la cuenta.

—Te falta una.

Me cruzo de brazos. —¿Cuál?

—Nada de mentiras —dice. Se inclina hacia mí y adopta ese tono suave que hace que mi estómago se comporte de manera irresponsable.

—Esa no es una regla para una habitación de hotel —murmuro. Noto que se me calientan las mejillas.

—¿Contigo? Siempre lo es.

Lo dice como si fuera un secreto. Como si supiera que siempre me ha costado evitar que el corazón se me refleje en la cara cuando estoy con él.

Y eso no es justo.

Peor aún: es cierto.

Le arrebato la lista y la apoyo contra la polvorienta lámpara del hotel, justo donde los dos podamos verla.

—¿Y ahora qué, Lena? —pregunta Logan, todavía observándome —. ¿Esposas?

Le dedico una mirada inexpresiva y respondo: —Solo si sigues usando ese tono.

Su sonrisa se ensancha, pero deja pasar el comentario. Lanza su bolsa de viaje a un rincón y estudia la cama como si allí estuviera la

respuesta.

—Bien. ¿Dónde quieres dormir? Yo me quedo en el suelo.

—No, no lo harás. No pienso dejar que el padrino principal duerma en el suelo para que mañana Sienna me acuse de haberte dejado incapaz de sobrevivir al ensayo de la ceremonia.

—Entonces... —dice, señalando la cama—, ¿la compartimos?

—Con un muro de almohadas.

—¿Un muro de almohadas? —Se ríe.

—Sí. Como la decencia humana más básica, pero hecha con ropa de cama del hotel.

Su sonrisa se suaviza y, de algún modo, eso es peor.

Las reglas me tranquilizan más de lo que deberían.

En el trabajo elaboro diagramas de contingencia. En casa guardo pilas de repuesto en recipientes etiquetados y clasifico las bombillas de repuesto según el tamaño del casquillo. Las reglas no son más que planes con mejor postura. Crean la reconfortante ilusión de que una persona puede predecir qué va a hacerle daño y apartarse de su camino cuando llegue.

Logan vuelve a leer la lista y comenta: —Lo de «Sin consecuencias» es ambicioso.

—Es práctico.

—Es imposible.

—Que estés tan seguro no constituye una prueba.

Da unos golpecitos en la hoja y replica: —Escribir algo a mano y llamarlo ley tampoco.

—A varios gobiernos les funcionó.

—La mayoría tenía medios para hacerlas cumplir. —Su mirada se posa en mí—. ¿Qué pasa si uno de los dos rompe una regla?

—No la rompemos.

—Esa no era la pregunta.

Odio que use mis propias estructuras gramaticales en mi contra.

—El infractor duerme en el suelo —digo.

—Cruel.

—Entonces compórtate.

Empiezo a sacar el kit de emergencia para la boda y a colocar su contenido sobre la cómoda. Alfileres de seguridad. Cinta adhesiva

para ropa. Analgésicos. Quitamanchas. Dos cargadores de teléfono. Un costurero diminuto. Cintas de tres colores. Logan observa cómo crece el inventario.

—¿Te preparas para todos los viajes como si la civilización pudiera acabarse?

—Solo para los importantes.

—¿Qué llevas cuando te vas de vacaciones?

—No entiendo la pregunta.

Toma la linterna diminuta y la alza. —Sabes que el hotel tiene electricidad.

—Yo hago que los sistemas funcionen. —Lo miro—. ¿Qué hacen los arquitectos aparte de criticar?

—Impedir que los edificios se vengan abajo. Discutir con personas que quieren instalar chimeneas en columnas de carga. Desarrollar opiniones muy firmes sobre las juntas.

—Fascinante.

—Lo es. Una vez pasé seis semanas demostrando que una escalera era más antigua de lo que afirmaban los registros municipales.

Me sorprende el entusiasmo de su voz. Es la primera vez que lo oigo hablar de su trabajo sin convertirlo en una broma. Por un momento veo otra versión de él: con casco de obra y planos enrollados bajo un brazo, serio y preciso.

Entonces se da cuenta de que lo miro.

—¿Así que hablar de juntas te pone? —pregunta.

El momento se evapora.

No respondo. Me limito a revisar el teléfono y, como era de esperar, el chat del grupo está en llamas.

SIENNA

¿¡POR QUÉ DICEN S&M LAS BOLSAS DE BIENVENIDA?!

Tía Celeste (también conocida como la madre de Sienna)

Sabía que este hotel estaba maldito.

Dile a recepción que retire los látigos y las cadenas de mi habitación.

Parpadeo ante la pantalla.

¿Látigos y cadenas?

—Ay, Dios.

Logan se vuelve hacia mí. —¿Y ahora qué?

Giro el teléfono hacia él y digo: —Las bolsas de bienvenida dicen S&M.

Logan sonríe de medio lado. —Un tema atrevido.

—Se suponía que debían decir Sienna y Bennett. Al parecer, al imprimirlas usaron las iniciales de dos campos de las notas de aprobación: «Sienna» y «Maid of Honor» —dama de honor principal —. Unas notas que yo ayudé a Sienna a preparar.

Logan por fin se ríe y dice: —Felicidades. Has conseguido que las bolsas de bienvenida giren en torno a ti.

—¡Yo no las hice! —Estoy a punto de gritar—. Las hizo el proveedor de papelería.

—De todos modos, nadie presta atención a lo que dicen las bolsas —comenta, apoyándose en un codo—. Todos se preguntan qué hay dentro.

—Gracias por tu apoyo durante esta crisis —digo, aunque probablemente tenga razón.

TÍA CELESTE

¿Alguien más ha oído a unos pavos reales teniendo sexo? Creo que los oigo ahora...

Dejo el teléfono boca abajo. Sé que quiere ayudar, pero ya no puedo más.

Me refugio en el baño. Cuando por fin nos preparamos para dormir, la habitación parece más pequeña.

Cuando salgo, Logan ya está en su lado de la cama, con las almohadas alineadas en un muro perfectamente recto por el centro.

Vuelve la cabeza, con una mirada indolente, y dice: —Estás radiante.

Finjo fruncir el ceño y respondo: —Vuelve a decirlo y te asfixiaré con uno de estos trágicos cojines decorativos.

Suelta una carcajada breve y real.

Algo se me remueve en el pecho antes de que pueda evitarlo.

Estar aquí es peligroso porque las reglas son falsas, y ambos lo sabemos. Puedo escribirlas. Puedo apoyarlas junto a la lámpara. Puedo fingir que el muro de almohadas significa algo.

Pero Logan Whittaker todavía sabe desarmarme con unas pocas palabras.

Y quizá el verdadero problema sea que una parte de mí quiere que rompa una.

El teléfono vuelve a vibrar antes de que pueda meterme en la cama.

SIENNA

Los programas de la ceremonia están en el muelle de carga. El hotel dice que nadie puede firmar la entrega porque la persona responsable de eventos se marchó.

Llega un segundo mensaje.

Además, el florista se niega a recoger los lirios a menos que alguien salga a recibir al conductor AHORA. Amenaza con dejarlos bajo la lluvia.

Cierro los ojos.

Logan me ve la cara y pregunta: —¿Qué se ha incendiado?

—Nada todavía. —Vuelvo a meter los pies en los zapatos—. Los programas de la ceremonia están retenidos como rehenes abajo y el florista intenta cometer un abandono botánico.

Logan alarga la mano hacia su chaqueta justo cuando yo tomo el abrigo.

—No.

Se detiene y pregunta: —¿No qué?

—Eres el padrino principal. Ve a buscar a Bennett y haz lo que sea que hagan los padrinos principales antes del ensayo de la ceremonia.

—Son casi las diez de la noche. ¿Cómo qué?

—Logan —digo, lanzándole una mirada—. Yo me encargo.

—Ya sé que puedes —responde, y se pone la chaqueta de todos modos—. Eso no significa que tengas que hacerlo sola.

La frase me toca justo donde no me conviene.

Recojo mi bolso. —No somos un equipo.

—Claro que no —responde con una sonrisa fugaz mientras me abre la puerta—. Los equipos suelen llevar camisetas iguales.

CAPÍTULO CUATRO

LOGAN

Regla n.º 4: Los muros de almohadas son simbólicos, inútiles y profundamente ofensivos para la arquitectura seria.

El infierno es estar despierto a tres pies de Lena Rhodes, con un muro de almohadas entre nosotros, y fingir que soy un hombre decente.

El aire acondicionado zumba. Fuera, un pavo real lanza un alarido. Ninguno de los dos hace el ruido suficiente para ahogar la respiración lenta y suave de Lena a mi lado ni para impedir que mi mente regrese a la primera noche en que nos conocimos.

Hace tres años.

Era la primera vez que Bennett llevaba a Sienna a una cena con las dos familias, y él se había pasado la tarde fingiendo que no le importaba si Sienna le caía bien a todo el mundo. Para cuando llegó el postre, mi madre ya le había pedido a Sienna fotos de su infancia, mi padre la había invitado a un partido de béisbol y Bennett estaba tan satisfecho consigo mismo que resultaba casi insoportable.

Lena llegó tarde, con lluvia en los hombros del abrigo e irritación en cada paso. Primero se disculpó con Sienna. Después, con nadie más. Trevor llegó diez minutos después y le besó la mejilla como si hubieran llegado juntos.

Recuerdo ese detalle porque la sonrisa de Lena desapareció cuando él la tocó.

Lena se enfrentó a un compañero de trabajo de Bennett llamado Ryan. Ryan había chasqueado los dedos para llamar a la camarera y le había dicho que sonriera después de que ella derramara agua cerca del puño de su camisa.

Lena dejó el tenedor sobre la mesa.

—Vuelve a hacerlo —dijo— y lo próximo que se derrame cerca de tu puño será la mesa entera.

Trevor se rio antes que nadie. No con ella. De ella.

—Lena se pone intensa —le explicó a toda la mesa, como si describiera el comportamiento de una mascota difícil.

Su rostro cambió. La ira seguía ahí, pero ahora apuntaba hacia dentro.

Estuve a punto de decirle que se callara y asegurarle a Lena que tenía razón. En cambio, Bennett me dio una patada bajo la mesa porque a aquella cena de cumpleaños solo le faltaba una discusión para convertirse en un desastre, y dejé pasar el momento.

Más tarde, en el guardarropa, oí la voz de Trevor a través de la puerta entreabierta.

—Siempre tienes que montar una escena por cualquier cosa.

—La trató como basura.

—Y tú me avergonzaste delante de todo el mundo.

Debería haber entrado. Debería haber inventado alguna excusa, interrumpido, ofrecido a Lena una salida. Pero ella dijo «Lo siento», y la disculpa me paralizó.

Para cuando reaccioné, Trevor había ido a buscar el auto. Lena estaba sola, con una mancha de rímel bajo un ojo. Se la frotaba con la manga del abrigo, furiosa.

Me detuve en el umbral.

—Tienes una mancha negra bajo el ojo —dije, porque el valor me abandonó justo en el peor momento.

—Gracias, espejo —respondió con una mirada fulminante.

Le ofrecí un pañuelo limpio que saqué del bolsillo de la chaqueta. Mi abuelo me había regalado un juego de pañuelos e insistía en que todo hombre civilizado debía llevar uno. Hasta esa noche, yo creía que solo servían para acumular pelusa.

—¿Por qué tienes esto? —preguntó Lena al aceptarlo a regañadientes.

—En secreto tengo ochenta años.

—Eso explica tu personalidad.

Se limpió el rímel. Vi cómo su expresión recuperaba poco a poco el filo.

—Tenías razón —dije.

—¿Sobre tu personalidad?

—Sobre la camarera.

Su mano se quedó inmóvil. Durante un segundo pareció más sorprendida que enfadada.

Entonces Trevor la llamó desde la entrada y algo dentro de ella se cerró como una puerta.

Me devolvió el pañuelo y dijo: —Procura no morir de viejo antes del postre.

Fue entonces cuando empecé a usar las discusiones como un idioma entre nosotros. Una discusión me permitía mantener su atención sin exigirle nada que no estuviera preparada para dar.

Era una solución de cobarde, pero me permitía seguir cerca de ella.

Ahora no sé cómo dejar de ser el hombre con el que discute para convertirme en alguien en quien tal vez pueda confiar.

Miro hacia ella en la oscuridad.

Al otro lado del muro de almohadas, el hombro de Lena sube y baja bajo esa camisa de pijama enorme. Tiene el cabello extendido sobre la almohada y el rostro vuelto hacia el lado contrario.

Tengo tantas ganas de tocarla que dejo las manos extendidas sobre el colchón para contenerme.

Alrededor de las dos de la madrugada, justo cuando empiezo a quedarme dormido, ella se mueve.

Entonces se gira hacia mí.

Su cabello me roza el brazo. Su pie se desliza por mi pantorrilla. Su mejilla se acomoda en el hueco de mi hombro como si ese fuera su lugar.

Me quedo completamente inmóvil.

—Qué calor das —murmura, medio dormida.

Sonrío antes de poder contenerme. Sin duda está dormida.

Sobre la cómoda, su lista de reglas está apoyada contra la lámpara. Tocarla rompería casi todas. Desearla ya lo ha hecho.

Así que no me muevo y me concedo esto, nada más. Ella está aquí y no voy a arruinarlo.

Apenas duermo, por miedo a moverme y despertarla.

Por la mañana, su teléfono empieza a llenarse de mensajes cargados de caos nupcial.

SIENNA

¿¿¿POR QUÉ MI PASTEL SABE A CEBOLLA???

Llega un segundo mensaje. Espero que los mensajes no la despierten.

Confundieron las muestras del pastel con miniquiches saladas. Mordí lo que creía que era crema de mantequilla de vainilla y acabé con la boca llena de CEBOLLÍN.

Miro a Lena, todavía dormida contra mí, y me la imagino despertando con otra emergencia más.

La resolverá. Por supuesto que lo hará. Salvará el día con café en una mano y una amenaza en la otra, sin dejar de fingir ni un instante que está bien.

Pero ahora las emergencias pueden esperar. Ahora siento su calor, la tengo cerca y, dormida, confía en mí más de lo que jamás lo haría despierta.

Cuando el sol se cuela entre las cortinas beige, todavía no me he movido.

Por una vez, no hacer nada parece lo más difícil que he hecho en mi vida.

La pantalla vuelve a iluminarse bajo la mano relajada de Lena.

NÚMERO DESCONOCIDO

No intento alterarte. Llámame después de la boda.

Sin duda es Trevor. Una ira limpia e inmediata me atraviesa.

Sé que no tengo derecho a sentir celos. Ella no es mía.

Lena se acerca más mientras duerme y sus dedos se aferran con suavidad a mi camisa.

Pero, que Dios me ayude, quiero que lo sea.

CAPÍTULO CINCO

LENA

Regla n.º 5: No discutas con un hombre cuando solo llevas una toalla.

Me despierto con calor. Demasiado calor. Calor de Logan Whittaker, para ser exactos.

Tengo la mejilla sobre su hombro, la rodilla contra su muslo y todo su cuerpo resulta sospechosamente cómodo para tratarse de un hombre al que me he prohibido tocar por ley.

Durante un segundo, me quedo paralizada y no hago nada.

Él sigue dormido, con un brazo relajado junto al costado y la respiración lenta y regular. Casi todo el muro de almohadas está en el suelo, lo que parece un fracaso legal. Y también personal.

Me aparto antes de que despierte y descubra que he roto todas las reglas que he escrito.

Bueno, casi todas. Todavía no nos hemos besado.

¿Todavía?

Casi gimo.

Me escabullo a toda prisa al baño y cierro la puerta con el mayor sigilo posible.

Las mañanas en los hoteles para bodas deberían ser ilegales. La presión del agua es mínima, el extractor del baño suena como si estuviera a punto de morir y, trece minutos después, descubro que la puerta ha decidido convertirse en mi enemiga.

Aprieto, empujo, maldigo y... nada.

Por suerte, la puerta amortigua la risa apenas audible que suelta Logan antes de preguntar: —¿Estás bien ahí dentro?

—¿Te parece que estoy bien? La puerta se ha fusionado con el marco.

—Hasta ahora, el hotel ha sido muy creativo.

—¡Abre la puerta!

La manija traquetea. Nada.

—¿Está atascada? —pregunta.

—No, Logan. He decidido pasar la mañana encerrada aquí.

La manija vuelve a traquetear, esta vez con más fuerza. La puerta no se mueve.

La toalla se desplaza. Agarro el borde superior con una mano y el lavabo con la otra; el agua del cabello me corre por el cuello y tengo la piel erizada por el aire frío y la humillación más absoluta.

—Apártate —dice.

—No puedo apartarme. Este baño fue diseñado para una persona y un extractor que apenas funciona.

—Lena.

Al oír cómo dice mi nombre, me flaquean las rodillas. Como si estuviera preocupado de verdad.

Me aparto.

Un segundo después, golpea la puerta con el hombro. Una vez. Dos. Al tercer golpe, el marco cede con un crujido seco y la puerta se abre de golpe.

Ninguno de los dos se mueve.

Estoy mojada y furiosa, envuelta en una toalla que de pronto parece tener menos tela que una servilleta de cóctel.

Logan ocupa todo el marco de la puerta, con una mano apoyada en él, y respira con más fuerza de la necesaria.

Sus ojos descienden hasta mi hombro desnudo, la línea húmeda de la clavícula y el punto donde mi puño se cierra sobre el borde de la toalla para sujetarla contra el pecho.

El pulso se me descompasa.

Traga saliva y vuelve a mirarme a los ojos.

—Apártate —consigo decir.

Se hace a un lado tan deprisa que se golpea el hombro contra el marco. Levanta las manos con las palmas hacia fuera, como si se declarara culpable por anticipado de un delito que tiene muchísimas ganas de cometer.

Paso junto a él con la toalla sujeta a duras penas contra el cuerpo y la dignidad pendiendo de un hilo húmedo. Agarro la maleta y la abro de un tirón innecesariamente violento.

A mi espalda, no dice nada.

Eso es lo peor.

Ningún comentario sobre la toalla. Ninguna broma sobre misiones de rescate en hoteles. Ninguna frasecita indolente que me haga poner los ojos en blanco.

Miro por encima del hombro. Sigue junto a la puerta del baño, pasándose una mano por la boca, con los ojos firmemente clavados en el techo.

—¿Otra vez le pasa algo al techo? —pregunto, porque mi instinto de supervivencia está averiado.

Suelta una risa ronca y casi inaudible. —No.

—Entonces, ¿por qué lo miras?

Baja la mirada hasta encontrar la mía. —Porque me estoy esforzando muchísimo por no quedarme mirándote.

Se me seca la boca. No esperaba que lo dijera, que dijera la verdad. Es demasiado sincero.

La toalla resbala un poco. La mirada se le desvía hacia abajo antes de que pueda evitarlo.

Esta vez no finge que no ha sucedido.

Traga saliva y vuelve a darse la vuelta. No hago ningún comentario. Regreso al baño para vestirme, pero esta vez no cierro con llave.

Quince minutos después, vamos a desayunar en silencio. Logan está guapísimo, recién salido de una ducha de cinco minutos y con una camisa limpia. Yo tengo el cabello húmedo, la blusa arrugada y la sombría certeza de que esta boda está preparando nuevas formas de arruinarme.

Mientras bajamos, recibo tres mensajes de mi superior sobre la presentación del lunes para el puesto de dirección y uno de Sienna

sobre el pastel de cebolla.

El error con las muestras del pastel se originó en el muelle de carga. Alguien dejó la caja de la degustación junto a las muestras del brunch del servicio de catering y el hotel mandó arriba la bandeja equivocada. El pastel de boda sigue en camino, pero el camión de la pastelería espera a que reabran una carretera inundada.

Un desastre interconectado. Excelente. Al menos el caos ha desarrollado un sistema.

Logan pulsa el botón del ascensor con la mano que rompió la puerta del baño. Tiene enrojecida la piel sobre los nudillos.

—Te has hecho daño —digo.

Se mira la mano como si perteneciera a otra persona y responde: —Riesgo laboral.

—Tu profesión es la arquitectura.

—Hoy consiste en rescatar a mujeres hermosas de puertas defectuosas.

Hermosa. La palabra me golpea de lleno en el vientre.

Debería decirle que el adjetivo es innecesario. En cambio, saco del bolso el pequeño kit de primeros auxilios y se lo tiendo.

Mira la toallita antiséptica y la venda adhesiva. Se le suaviza la expresión de una forma nada tranquilizadora. —Claro que llevas eso encima.

Le limpio el rasguño porque me irritaría verlo hacerlo mal. Su mano permanece cálida e inmóvil entre las mías. Ninguno menciona la toalla.

Cuando termino, gira la mano y me atrapa los dedos.

—Gracias —dice. Nuestras miradas se encuentran. El estómago me da un vuelco y el corazón pierde el compás.

Me aparto antes de que se abran las puertas del ascensor.

Resulta que en el desayuno me esperaba Marina Bell.

Marina, alta, despampanante y con aspecto de modelo, lleva un precioso vestido de cóctel y está completamente maquillada a las nueve de la mañana. La clase de mujer que parece no haberse peleado nunca con la puerta de un baño antes del café.

Sienna nos presentó una vez y ya sé que es la clase de mujer que le gusta a Logan.

Claro que lo sé. He visto suficientes mujeres de su tipo durante los últimos tres años. El cumpleaños de Bennett. La cena por el ascenso de Sienna. La fiesta de compromiso. Logan siempre parecía tener al lado a alguna mujer impecable que se reía de sus bromas, le tocaba el brazo y tenía pinta de saber que era mejor no esperar una invitación a desayunar.

No es que llevara la cuenta.

Bajo la vista hacia mi ropa y voy directa a los carbohidratos en busca de apoyo emocional.

Marina trabaja con Sienna en una empresa de gestión de propiedades de lujo. Ahora lo recuerdo porque una vez Sienna pasó una cena entera explicándome cómo Marina había negociado el reembolso del salón de baile de un hotel después de que un panel del techo cayera dentro de una fuente de chocolate.

No es solo hermosa. Es competente y serena, y va vestida de blanco durante una tormenta tropical sin una sola mancha. Le guardo rencor hasta en el alma.

Marina y Logan alargan la mano hacia la misma taza y, de algún modo, hasta ese gesto parece elegante. No es que me quede mirando. Solo... me fijo.

Sus manos no llegan a tocarse, pero pasan lo bastante cerca para irritarme a nivel celular.

—Ay, perdón —dice ella, sonriéndole al alzar la vista.

—No pasa nada —responde Logan. Educado. Agradable. Irritantemente normal.

Lo examina de arriba abajo; el interés se le nota al instante.

—Eres el hermano de Bennett, ¿verdad? —pregunta.

—Por desgracia.

Ella sonríe. Claro que sonríe. Y tampoco es una sonrisita educada de desayuno, sino una curva cálida y cómplice de sus labios que hace que parezca que Logan acaba de decir algo mucho más inteligente que «por desgracia».

Tomo un croissant con fuerza innecesaria.

Marina ladea la cabeza. —Soy Marina. Amiga de Sienna por el trabajo.

—Logan —dice él.

—Ya lo sé. —Su sonrisa se ensancha—. Padrino principal. Un trabajo muy serio.

—Sobre todo apoyo emocional.

—¿Se te da bien dar apoyo emocional?

Logan me mira apenas un instante. Yo aparto la vista antes de que él responda: —Me han dicho que tengo margen de mejora.

Marina sonríe aún más y se acerca a Logan para dejar pasar a alguien por detrás. Pero sobra espacio. Hectáreas enteras. Todo un continente de espacio alrededor del bufé.

Para ser justa, Logan no está haciendo gran cosa.

No se inclina hacia ella. No le devuelve el coqueteo. Solo está ahí, sujetando la taza de café con una mano y respondiéndole como un hombre normal ante un bufé normal.

Marina hace más que suficiente por los dos. Le pregunta algo sobre el hotel. Él responde algo sobre los pavos reales. Ella reacciona como si de repente fueran las aves más sexys del planeta.

Entonces le toca la manga. Como si nada. Segura de sí misma. El gesto es lo bastante coqueto para que conste en acta.

Todo mi cuerpo reacciona. No de manera dramática. Yo no soy celosa. Y, de todos modos, ¿por qué iba a estar celosa de Whittaker? Soy una mujer adulta, serena y madura que entiende que otras mujeres pueden hablar con hombres atractivos en espacios públicos.

Me repito esto mientras extiendo mantequilla por el croissant con tanta fuerza que casi podría considerarse una señal de alarma.

Sienna me diría que respirara. La tía Celeste me diría que Marina tiene las manos inquietas y una sonrisa de zorra, lo que me haría reír. Mi madre me mentiría y diría que Marina no es en absoluto la clase de mujer que le gusta a Logan.

Pero no veo a ninguna por aquí. ¿Ya habrán desayunado?

Marina dice algo más, esta vez en voz más baja, y Logan le dedica una sonrisa educada.

Miro mi taza de café. No me importa. Logan puede hablar con quien quiera. Puede plantarse ante cualquier bufé con cualquier

mujer de pelo brillante que toque cualquier parte de su traje que se le antoje. La manga de su traje no está bajo mi jurisdicción.

Un minuto después, Logan le dice algo a Marina y ella sonríe, alza la taza y se dirige con elegancia hacia la mesa de la fruta.

Logan cruza el salón como si tuviera todo el tiempo del mundo. Se detiene a mi lado en la zona del café, tan cerca que su manga roza la mía.

—¿Celosa? —murmura.

Mi orgullo responde antes que mi sinceridad: —¿De qué? ¿De tu club de admiradoras? Por favor. Yo apoyo las obras benéficas.

Sonríe, satisfecho. —Así que te has fijado.

Me muerdo el labio.

—Lena —dice con una voz tan aterciopelada que la siento entre las piernas.

—¿Qué? —pregunto. De pronto tengo la voz ronca. Me aclaro la garganta.

—No significó nada, ¿sabes? Solo fue una conversación.

Frunzo el ceño. —¿Por qué iba a importarme?

Por suerte, el chat del grupo estalla como si el universo por fin hubiera decidido intervenir para salvarme.

SIENNA

El DJ canceló su participación. Envió un GIF de alguien vomitando. Ahora aparece etiquetado en una fiesta de espuma en Ibiza.

TÍA CELESTE

Te advertí sobre los músicos. Ibiza es código para orgía, Lena.

Casi dejo caer el café. ¡Ese DJ no fue idea mía!

—Tengo que irme —le digo.

Antes de que pueda añadir nada, paso junto a él con la barbilla alta y el pulso completamente fuera de control.

Logro atravesar las puertas del salón de baile antes de que Logan pueda seguirme.

El salón está preparado a medias para el ensayo, con las sillas formando filas torcidas y cables de extensión que serpentean por la alfombra. Junto a la consola de sonido, alguien del equipo técnico del hotel niega con la cabeza.

—No entra la señal del DJ —dice sin dirigirse a nadie en particular—. Una sobretensión dejó fuera de servicio el canal izquierdo.

Sienna aparece en el otro extremo del salón con el teléfono pegado a la oreja y el rostro pálido.

Levanto una mano para cortarla antes de que hable. —Ya sé lo del DJ.

—¿Y del sistema de sonido?

—Yo me encargo.

CAPÍTULO SEIS

LENA

Regla n.º 6: Ser útil no es lo mismo que estar bien.

Voy a la suite de la novia para hablar con mi mejor amiga. La tía Celeste ha bajado y las demás damas de honor también han salido a almorzar. Por primera vez desde que llegué, Sienna y yo estamos solas.

Me quedo de pie.

Ella se cruza de brazos. —Lena.

—Tengo que llamar a tres DJ de reemplazo.

—Tienes que sentarte antes de que empieces a vibrar.

Le lanzo una mirada. Ella me la devuelve con creces.

Somos mejores amigas desde siempre. Conoce todas las versiones de mi silencio. La enfadada. La agotada. La que significa que estoy a punto de reorganizar la vida de otra persona porque ya no puedo con la mía.

Me siento en el borde del sillón.

Sienna se sienta frente a mí, todavía con una de las batas delictivas puesta. —Te debo una disculpa.

Eso no es lo que esperaba. —¿Por qué?

—Por convertirte en el servicio de urgencias de toda mi boda.

—Tú no me obligaste a hacer nada.

—Te envié catorce mensajes antes del desayuno.

—Diecisiete.

—Eso no ayuda a mi defensa. —Se mete un pie descalzo bajo la otra pierna—. Cada vez que algo sale mal, te llamo porque tú lo arreglas. Y lo arreglas tan rápido que se me olvida preguntarme si de verdad debería recaer en ti.

Miro la pila de batas. —Te casas mañana. Para eso están las damas de honor principales.

—Las damas de honor principales organizan fiestas prenupciales e impiden que las novias se corten el flequillo. No negocian en persona el transporte de flores en medio de una inundación.

—Apenas fue una negociación.

—Lena.

Odio la dulzura de su voz.

—Quiero que tu boda salga bien —digo.

—Ya está saliendo bien.

—Las flores no son las que pediste, el DJ está en Ibiza, tu pastel sabe a cebolla y las bolsas de bienvenida anuncian prácticas de bondage.

Se muerde el interior de la mejilla. —Hay que reconocer que las bolsas tienen gracia.

Intento no sonreír y fracaso.

Sienna tiende una mano por encima del espacio que nos separa. —No necesito que sea perfecta. Necesito a Bennett al final del pasillo. Necesito a mi familia. Te necesito a mi lado, no muriéndote en silencio mientras intentas sustituir a la coordinadora de bodas.

Se me cierra la garganta.

—Tú también tienes derecho a disfrutar de este fin de semana —dice.

—Lo estoy disfrutando.

—Dime una sola cosa que estés disfrutando.

Abro la boca.

La cara de Logan aparece de inmediato. Su mano en el ascensor. Su sinceridad en la habitación. La forma en que fijó la vista en el techo, en vez de en mi toalla, y luego admitió exactamente por qué.

Se me calientan las mejillas.

Sienna entorna los ojos. —Interesante.

—Ni se te ocurra.

—No he dicho nada.

Mi teléfono vibra en la mesa entre las dos.

NÚMERO DESCONOCIDO.

El calor abandona mi rostro.

Sienna ve el cambio. —¿Es él?

—No. —La mentira es inmediata y pésima.

Su expresión cambia. —¿Me estás diciendo que no es Trevor?

Pongo el teléfono boca abajo. —Encontró una caja con cosas mías. Al parecer, la civilización no puede seguir adelante hasta que hablemos de ello.

—¿Cuántas veces te ha llamado esta semana?

—No importa.

—Eso no es un número.

—Tres veces.

Sienna maldice entre dientes. —¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque te casas. —Me pongo de pie—. Tengo que llamar al DJ.

—Lena, por favor. —Extiende la mano y toma la mía—. Dame su número y me aseguraré de que no vuelva a llamar nunca.

Me río al imaginar a mi mejor amiga convertida en Tony Soprano, «arreglando» las cosas.

Sienna me ve sonreír y me responde con una sonrisa cálida.

Tomo el teléfono y abro el mensaje de voz. La voz de Trevor llena la habitación a través del altavoz:

«Lena, estoy intentando hacer lo que haría una persona madura. Encontré la fuente de servir de tu madre y algunas fotos. Siempre conviertes las conversaciones sencillas en una crisis, y no pienso perseguirte eternamente. Llámame antes del lunes o le dejaré la caja a Sienna cuando vuelva de la luna de miel. Sé que estás ayudando con la boda, así que, por una vez, procura no convertir esto en una cuestión de tus sentimientos».

El mensaje termina.

En la suite de la novia se hace demasiado silencio.

El rostro de Sienna se ha puesto blanco de ira. —No va a acercarse a mi casa.

—No lo hará.

—Lena, eso ha sido cruel.

—Es Trevor. —Me encojo de hombros—. Es su forma de hablar.

El viejo reflejo se activa. Justificarlo. Restarle importancia. Traducir el insulto a algo menos humillante.

—Probablemente sí tenga una caja.

—Podría enviarla por correo.

—La fuente pesa mucho.

—Entonces que pague el envío con todo el dinero que se ahorró al no comprarte jamás un regalo de cumpleaños decente.

Se me escapa una risa sorprendida.

Sienna se inclina hacia delante. —Dice que tú conviertes las cosas en crisis porque así puede ignorar el problema de verdad. Lo hizo cuando olvidó tu cena de graduación. Lo hizo cuando coqueteó con aquella mujer en la fiesta de Navidad de su empresa. Lo hacía cada vez que le pedías que estuviera presente y él quería que te avergonzaras por haberlo pedido.

La miro fijamente.

La cena de graduación fue hace cuatro años. Esperé cincuenta minutos en el restaurante y, cuando llegó enfadado porque lo había llamado dos veces, terminé disculpándome yo.

—Debería haberlo dejado antes —digo.

—No. —La voz de Sienna suena feroz—. Él debería haberte tratado mejor.

Me arden los ojos. Aparto la mirada.

A menos de dos días de la ceremonia, la novia me sostiene las manos mientras yo intento no desmoronarme.

—Siento haber dejado que lo arreglaras todo hoy —dice—. Debería haberme dado cuenta de que tú también cargabas con todo esto.

—Tenías glaseado de cebolla.

—Te quiero, L. —Me aprieta los dedos—. Pero no te quiero aquí por lo útil que eres ni porque resuelvas problemas. Eres mi persona. Podrías pasarte toda la boda bebiendo champán en un rincón e insultando el papel tapiz y aun así te necesitaría aquí.

Algo dentro de mi pecho cede con una punzada.

Trevor solía elogiarme cuando le facilitaba la vida. Le organizaba los viajes. Recordaba el cumpleaños de su madre. Arreglaba sus errores. Las pocas veces que yo necesitaba algo que a él le venía mal, los elogios desaparecían.

Con Trevor, había confundido ser imprescindible con ser amada.

Mi teléfono vibra con un mensaje de Logan.

Logan: Ya encontré a alguien de la dirección del hotel. Puede que el sistema de sonido sobreviva. Hubo amenazas profesionales.

Aparto la pantalla, pero demasiado tarde.

Sienna lee el nombre y se le escapa un ruidito triunfal. —¿Logan?

—Está ayudando con el sistema de sonido.

—Lleva toda la mañana ayudándote.

—Es el padrino principal.

—Es pésimo como padrino principal. Bennett le pidió que buscara los gemelos y volvió cargando tus programas.

Me pongo de pie antes de que pueda montar todo un caso. —No vamos a hablar de Logan.

—Bien. —Ella también se levanta—. Vamos a hablar de ti. Vas a almorzar, beber agua y dejar que otra persona llame a uno de los DJ de reemplazo.

—¿Y esa persona sería...?

—Yo.

—Eres la novia.

—Sí, y por lo visto sigo siendo capaz de usar un teléfono.

Vacilo.

Sienna extiende la mano.

Darle la lista parece ridículo. También es como bajar de la acera sin mirar si vienen autos.

Deposito el papel en su palma.

—Llama primero a Dennis —digo—. Solo tiene música de los ochenta, pero cuenta con altavoces de respaldo.

Sienna sonríe. —Mírate, delegando.

—No lo conviertas en algo sentimental.

—Demasiado tarde.

Salgo de la suite de la novia con una botella de agua, medio sándwich y una sensación desconocida: la de alejarme de un

problema que sigue existiendo.

CAPÍTULO SIETE

LENA

Regla n.º 7: Discutir es más seguro que coquetear, hasta que deja de serlo.

A primera hora de la tarde, la tormenta se ha tragado el horizonte. La lluvia convierte las ventanas en espejos grises. Algunos invitados han quedado atrapados por el temporal, lo que significa que no llegarán al ensayo.

Después de salir de la suite de Sienna, voy directa a mi habitación con la esperanza de descansar un poco si Logan no está allí.

Empujo la puerta y dejo caer el bolso sobre la alfombra industrial con un golpe húmedo.

Logan está allí, por supuesto, con la corbata floja, las mangas remangadas y los antebrazos apoyados en el alféizar. La luz gris de la ventana perfila su mandíbula. Parece injustamente tranquilo.

Eso me irrita más de lo que debería. Porque ¿por qué no está perdiendo los nervios? También es la boda de su hermano.

Además, nunca he visto nervioso a Bennett. Ni una sola vez. Siempre es Sienna la que pone cara de «¿y si algo sale mal?». La familia Whittaker parece haber descubierto hace mucho la clave de la vida.

Logan parece demasiado sereno. Demasiado seco. Demasiado preparado para cualquier cosa que le arroje el día.

Me mira. —¿Mala mañana?

Me dejo caer en el borde de la cama y me masajeo las sienes. —¿Esto te parece gracioso?

Se le insinúa una sonrisa. —Tú me pareces graciosa cuando estás enfadada.

—No empieces.

Se aparta del alféizar y cruza la habitación. —¿Por qué siempre actúas como si dejar que alguien te vea perder el control fuera un delito? —Habla en voz baja, lo cual, de algún modo, lo empeora—. Es una boda, Lena, y ni siquiera es la tuya. Tienes derecho a no tenerlo todo bajo control durante cinco minutos.

Frunzo el ceño, herida. —Disfrutas un poco de esto, ¿verdad? De verme fracasar.

Su expresión cambia. No parece sorprendido. Tampoco divertido.

Ofendido, tal vez.

—No —dice mientras se sienta en la cama a mi lado—. ¿Por qué dirías eso? Lo que sí disfrutaría sería que dejaras de fingir que estás bien.

Sus palabras me golpean con demasiada fuerza. Su pregunta da justo en la herida que Sienna ha dejado al descubierto arriba.

Durante años, perder el control tuvo consecuencias. Trevor se ponía paciente de esa forma en que a veces se ponen pacientes las personas crueles: esperaba a que terminara de llorar para explicarme por qué mi llanto demostraba que él tenía razón. Si me enfadaba, era dramática. Si le pedía que me tranquilizara, era agotadora. Si era útil, en casa reinaba la paz.

Pero Logan no sabe nada de eso.

—Ni siquiera me conoces. —Tomo el neceser de la mesita de noche y finjo buscar algo. Es hora de maquillarme. Un buen maquillaje puede cubrir el desastre que tengo en la cabeza.

—Te conozco desde hace años, Lena —me recuerda.

Resoplo. ¿Cómo le explicas a un hombre que hay una diferencia entre saber cosas de alguien y conocerlo de verdad?

—Odias las rosas rojas porque tu ex de mierda te las regalaba cada vez que metía la pata —continúa Logan—. Odias que te llamen

dramática, y yo nunca te pediría que te calmaras como él hacía siempre.

Trago saliva, incapaz de responder. Levanto la mirada hacia él.

—Tomas el café solo con canela cuando duermes mal, pero hoy no, porque te despertaste descansada entre mis brazos.

Abro la boca para discutir y vuelvo a cerrarla.

¿No estaba dormido?

—Solo usas labial rojo cuando necesitas una armadura. —Su voz no vacila—. Como ahora. Lo estás buscando en el bolso porque me viste con Marina, que parece tenerlo todo bajo control, y crees que necesitas ponerte una tonelada de maquillaje para sobrevivir a esta boda.

Se me escapa todo el aire del cuerpo. Abro la boca, pero no sale nada.

¿Cómo puede decir todas esas cosas en voz alta? ¿Cómo se atreve?

Y, peor aún, ¿cómo sabe tanto de mí?

Logan Whittaker, el cuñado de mi mejor amiga, a quien conozco desde hace casi tres años. Logan, a quien nunca he visto más de una vez con la misma mujer.

¿Se fija en mí?

Peor todavía: lo dice como si nada de eso fuera extraño. Como si los detalles estúpidos que intento ocultar hubieran estado siempre a la vista y él jamás hubiera apartado la mirada.

Me aterra.

No consigo respirar por el nudo doloroso que me cierra la garganta. Deja que el silencio se instale entre nosotros, pesado e imposible.

—No necesitas nada, Lena —susurra mientras se acerca—. Ya eres suficiente tal como eres.

Nuestros rostros están separados por unos centímetros, pero él no acorta la distancia.

Espera.

Y eso es lo peor.

Si él me besara primero, podría culparlo. Si me presionara, podría pelear con él. Si sonriera con suficiencia, me provocara o me lanzara

alguna pulla, podría aferrarme a eso y convertir esto otra vez en lo que siempre hacemos.

Pero se limita a quedarse sentado, sereno y cuidadoso. Me deja elegir.

Nadie me dice cosas así. No como una frase ensayada. No como un truco. Como si de verdad lo creyera.

No sé qué hacer con eso.

Sabría qué hacer con un hombre que solo quisiera tener sexo conmigo, porque eso sí tiene reglas. Sencillas. Seguras.

Esto no es sencillo. Es como estar al borde de algo sin barandilla.

En lugar de responder, lo agarro de la camisa y lo beso.

Al principio es un beso furioso. Dientes, calor, frustración: todas las reglas que establecimos se derrumban en cuestión de segundos. Lo beso porque no soporto la forma en que me ve. Lo beso porque, si su boca está sobre la mía, no puede seguir diciendo cosas que me dejan abierta en canal.

Sus manos encuentran mi cintura, me aprietan, y él gime contra mi boca como si llevara una eternidad muriéndose de ganas.

Eso me desarma más que cualquier otra cosa.

Cierro los puños alrededor de su camisa y lo acerco todavía más, porque necesito que esto sea físico. Necesito que tenga sentido. Necesito calor y fricción y esa clase de deseo que sí comprendo.

Ahora me besa más despacio, más hondo. Como si no tuviera que estar en ningún otro lugar. Como si no intentara quitarme nada.

Las ganas de pelear me abandonan tan rápido que casi lo odio por ello.

Mis manos se deslizan por su pelo, y él deja escapar un sonido áspero contra mi boca.

—Mierda, Lena —murmura—. No tienes ni idea de cuántas veces he imaginado esto.

Sus manos se meten bajo mi blusa, cálidas contra la piel. Se detiene. Cuando levanto los brazos, me la quita por la cabeza y la deja caer junto a la cama.

Su mirada recorre mi sostén de encaje beige.

—Lena, eres increíble.

La forma en que pronuncia mi nombre hace que algo se retuerza en la parte baja de mi vientre.

También me hace sentir demasiado expuesta. Demasiado especial.

—No me mires así —susurro.

—¿Así cómo?

—Como si esto importara.

Sus ojos buscan los míos. —Importa.

Se me oprime el pecho. Lo beso antes de que pueda añadir nada.

Porque esa palabra es demasiado. Porque su voz suena demasiado firme. Porque está haciendo que esto parezca algo a lo que tendré que enfrentarme mañana, y no quiero mañana. Quiero ahora. Quiero olvidar. Quiero sus manos y su boca y esa clase de placer que después no hace preguntas.

¿También hace esto con todas las demás mujeres? ¿Se fija en los detalles, dice lo correcto en el momento indicado y las hace sentir como si fueran la única mujer en la habitación?

Sus manos permanecen firmes aunque su respiración no. Me besa el cuello y mis pensamientos se dispersan.

Ya estoy temblando.

¿Qué importa si lo hace con otras?

Soy un desastre que lleva meses sin tener sexo. No necesito otra relación. Logan Whittaker, atractivo y experimentado, es justo la persona que puede ayudarme a olvidar todo lo demás, al menos por un momento.

—¿Tienes un condón? —susurro mientras meto las manos bajo su camisa.

Él se aparta y estudia mi rostro. —¿Estás segura? No nos precipitemos.

Me río. —Nunca pensé que, si alguna vez te besaba, te oiría decir eso, Logan.

Frunce el ceño y se aparta un poco más. —¿Qué se supone que significa eso?

—Ya sabes. —Me encojo de hombros e intento atraerlo de nuevo para que podamos olvidar que he dicho algo, pero él no cede—. Tú

eres Logan.

Su expresión cambia.

Sigo hablando porque, por lo visto, he decidido prenderle fuego a la habitación mientras sigo dentro.

—Te acuestas con mujeres distintas todo el tiempo. No significa nada. —Me obligo a reír, aunque hasta a mí me suena débil—. Cuando rompí con Trevor, lo primero que pensé fue en ir a buscarte para pedirte que te acostaras conmigo, porque sabía que serías bueno en la cama y que por la mañana ni siquiera recordarías mi nombre.

Poco a poco, el calor desaparece de su rostro. No es ira. Tampoco conmoción. Es algo peor.

Sus manos se apartan de mi cintura.

Durante un segundo, no dice nada. El silencio hace que se me erice la piel.

—¿Qué? —pregunto, intentando alcanzarlo otra vez, pero él se pone de pie.

Retrocede como si, de pronto, tocarme le costara algo.

—¿De verdad piensas eso? —pregunta. La dulzura de su voz me pone a la defensiva.

—Creo que estás convirtiendo en algo raro lo que no tendría por qué serlo.

Aprieta la mandíbula. —¿Eso es lo que significa para ti?

—Yo no he dicho eso —digo. Aunque tal vez sí. Tal vez he dicho exactamente eso.

Suelta el aire en silencio y aparta la mirada, como si necesitara recomponerse. —No puedo creerlo —dice en voz baja y sin emoción. No parece él.

Mi frustración se dispara porque no entiendo cómo todo ha cambiado tan rápido. Hace dos minutos tenía las manos sobre mí. Hace dos minutos me deseaba. Ahora está ahí de pie, con la camisa medio abierta, mirándome como si le hubiera dado una bofetada.

—¿Qué? —espeto, porque la irritación es más fácil que el pánico —. ¿Qué he dicho?

Niega con la cabeza, una sola vez, como si hubiera renunciado a intentar hacerse entender.

Entonces sale de la habitación.

La puerta se cierra tras él.

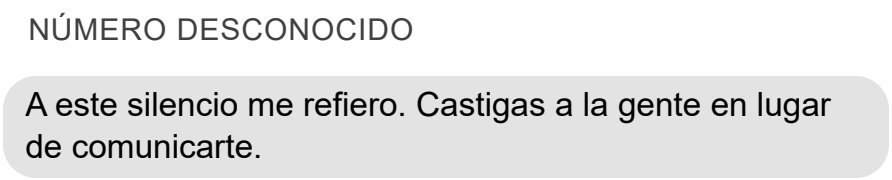
Durante varios segundos, permanezco exactamente donde me ha dejado, con la blusa en el suelo, el tirante del sostén resbalando por mi hombro y su dolor aún suspendido en la habitación. El labial rojo sigue abierto dentro de mi neceser. Armadura. Así lo llamó él.

Recojo la blusa y meto los brazos en las mangas a la fuerza. Me tiemblan tanto las manos que no acierto con los botones. Abrocho uno en el ojal equivocado, suelto una maldición y empiezo de nuevo.

Podría seguirlo. Podría decirle que entré en pánico. Podría explicarle que algo casual no era lo que deseaba, sino lo único que creía poder tener. Podría admitir que lo reduje a algo sin importancia porque creer que yo le importaba le daría el poder de decepcionarme.

En lugar de hacerlo, me siento en el borde de la cama y miro fijamente la puerta cerrada.

Mi teléfono se ilumina con otro mensaje de Trevor.



El mensaje llega en un momento tan preciso que parece quirúrgico. Lo borro, pero la frase permanece.

En la habitación vacía, no sé con cuál de los dos hombres estoy enfadada.

Sé a cuál he herido.

CAPÍTULO OCHO

LOGAN

Regla n.º 8: Nunca le entregues el corazón a alguien que cree que puede tomar prestado tu cuerpo.

En un hotel para bodas solo hay unos cuantos sitios a los que un hombre puede retirarse hecho una furia antes de que alguien le pregunte si forma parte del espectáculo.

Llego hasta el pasillo de servicio detrás del salón de baile, vestido a medias: todavía llevo la camisa desabrochada a la altura del cuello y parte de ella por fuera del pantalón porque salí de la habitación antes de que mi cerebro volviera a funcionar.

Un camarero que lleva una bandeja de copas de champán me echa un vistazo rápido y decide que, sea lo que sea lo que me ocurre, no es asunto suyo.

El pasillo está más fresco que la habitación de la que acabo de salir y, de algún modo, aquí cuesta más respirar. Mi boca todavía sabe a Lena. Mis manos aún recuerdan el calor de su cintura, cómo levantó los brazos cuando me permitió quitarle la blusa y el segundo exacto en que convirtió lo ocurrido entre nosotros en la prueba de que no podía confiar en mí para algo así.

Estoy enfadado con ella.

Estoy más enfadado conmigo mismo, porque una parte de lo que cree se basa en pruebas que yo le proporcioné.

Me detengo junto a una pila de sillas de banquete plegadas y apoyo ambas manos contra la pared.

A mi espalda, en algún lugar al otro lado de la pared, hay gente moviendo mesas. Alguien se ríe. —No, las servilletas son marfil, no crema —dice otra persona, como si valiera la pena morir por esa diferencia.

Debería dejar de comportarme como un niño y volver arriba. Lena sigue en esa habitación. Probablemente confundida. Tal vez ya se esté convenciendo de que no pasó nada porque, técnicamente, no pasó nada.

Nada de sexo. Sin consecuencias. Ningún motivo para volverlo raro.

Solo que ya es raro.

Lo ha sido durante tres años, desde la primera vez que la conocí. Recuerdo verla reírse de algo que dijo Sienna; yo olvidé lo que estaba a punto de decir.

Después de aquello, seguí viéndola en todos los lugares a los que iban Bennett y Sienna. Cumpleaños. Cenas. Copas para celebrar el compromiso. Fiestas de Navidad. Cada vez, se comportaba como si discutir conmigo fuera un servicio público. Y cada vez, yo se lo permitía.

Era más fácil que ser sincero. La sinceridad habría sonado a locura.

Hola, Lena, sé que apenas nos conocemos, pero pienso en ti más de lo debido. ¿Qué tal si rompes con tu novio de toda la vida y salimos juntos?

No. Ni hablar.

Así que me convertí en el hombre que la hacía poner los ojos en blanco. Era más seguro.

Entonces rompió con Trevor hace seis meses.

Seis meses. No ha pasado suficiente tiempo. No para alguien como Lena, que no se limita a poner fin a las cosas. Mete el dolor en cajas con etiquetas y finge que ordenarlo equivale a sanar.

No sé cuánto se supone que debo esperar, pero hoy me ha besado. Me ha agarrado de la camisa y me ha besado como si me deseara. No a cualquiera. No a Trevor. A mí. Por fin a mí.

Cierro los ojos.

Eso no es justo.

—¿Logan?

Me vuelvo.

Bennett está al final del pasillo de servicio con un portapapeles, un rollo de cinta de pintor y tres cajitas blancas atadas con una cinta. Se ha quitado la chaqueta del traje, lleva las mangas remangadas y tiene una tira de papel metalizado dorado pegada al antebrazo.

Me examina de arriba abajo. —Esto pinta mal.

—Estoy bien.

—No, no lo estás. —Se acerca—. ¿Qué ha pasado?

Me paso una mano por la mandíbula. —¿Qué haces aquí atrás?

—Al parecer, en las etiquetas de los recuerdos pone Sienna and Bennett forever, «Sienna y Bennett para siempre», pero solo en la mitad de las cajas. En la otra mitad pone Sienna and Bennett fever, «fiebre de Sienna y Bennett», lo que suena contagioso. Me toca corregirlas. —Levanta la cinta—. Trabajo de novio. Muy glamuroso.

A pesar de todo, casi sonrío.

Bennett se da cuenta y me señala con el portapapeles. —Ahí está. Vivo, aunque solo sea por un instante.

—No empieces.

—Claro que voy a empezar. Te escondes en un pasillo de servicio, así que esto tiene que ver con Lena.

Aparto la mirada. —No tenemos tiempo para esto.

—Yo tengo todo el tiempo del mundo mientras arreglo estas cajas. —Se ríe—. ¿Qué ha pasado?

Le quito el portapapeles solo para tener algo que hacer con las manos. —He besado a Lena.

Bennett cierra los ojos. —Por fin.

Lo fulmino con la mirada. —¿Esa es tu reacción?

—Esa es mi reacción educada.

—¿Y tienes una menos educada?

—Has tardado tres años, Logan. —Vuelve a abrir los ojos—. Ahí la tienes. Esa es la menos educada.

Le devuelvo el portapapeles empujándolo contra su pecho. —Qué útil.

—Lo siento. ¿Esperabas que me sorprendiera? La miras con cara de cachorro desde la primera vez que traje a Sienna.

—¿Un cachorro?

—Sí, uno con corazones en vez de ojos.

—Te odio.

—Me quieres. Continúa.

Exhalo y miro hacia el fondo del pasillo. Alguien del personal del hotel pasa junto a nosotros empujando un carrito cargado de ropa de cama limpia.

—No tuvimos sexo —digo—, pero faltó poco.

—Bien.

—Y entonces ella dijo... —Me detengo. Hasta repetirlo resulta patético. Como si le estuviera pidiendo a mi hermano que confirmara si tengo derecho a sentirme herido.

Bennett no me mete prisa. Así sé que está preocupado de verdad.

—Dijo que me acuesto con mujeres distintas todo el tiempo y que no significa nada. —Lo digo sin emoción—. Dijo que, cuando rompió con Trevor, lo primero que pensó fue en ir a buscarme para pedirme que me acostara con ella, porque sería bueno en la cama y por la mañana ni siquiera recordaría su nombre.

El rostro de Bennett se tensa. Parece furioso de verdad.

—Sí —dice al cabo de un segundo—. Con eso basta.

Suelto una risa sin humor. —Gracias por el análisis de experto.

—Hablo en serio.

—Yo también. —Me paso una mano por el pelo—. Lo peor es que no intentaba hacerme daño. Lo dijo como si fuera evidente. Como si los dos ya hubiéramos acordado que soy esa clase de hombre.

Bennett me estudia. —¿Lo eres?

Lo miro.

Levanta las dos manos. —Lo pregunto porque soy tu hermano, no porque quiera que me des un puñetazo antes de las fotos de mi boda.

—No —digo.

—¿Te has comportado como esa clase de hombre?

No respondo lo bastante rápido. Él alza las cejas. Vuelvo a odiarlo.

—Sabes que sí —digo.

Bennett hace una pausa. —Sé que aparecías con mujeres para que nadie se fijara en que no parabas de mirar a Lena.

—No era así.

—Logan. —Deja caer la caja y se cruza de brazos—. Ella estaba con Trevor y tú no soportabas estar solo cerca de esa «pareja feliz». —Pronuncia «feliz» con sarcasmo, y yo suelto el aire.

Aquellas mujeres sí me gustaban: algunas durante una noche, otras durante unas semanas. Nunca prometí una exclusividad que no quería. Nunca mentí sobre lo que podía ofrecer.

Pero, al mismo tiempo, Lena siempre me gustó más que cualquiera de ellas, y eso no era justo.

Me decía que estaba pasando página o, como mínimo, aparentando que ya lo había hecho. No les pedí a aquellas mujeres que interpretaran un papel, pero dejé que su presencia lo hiciera por mí.

Él continúa: —Te vio con al menos una docena de mujeres y ahora te sorprende que piense que es algo casual.

Odio que me entienda tan bien. Odio que pueda quedarse ahí con un trozo de papel dorado pegado al brazo y aun así verme con más claridad de la que deseo.

—No sabía qué más hacer —digo por fin—. Estaba con Trevor cuando la conocí. Después de Trevor, no estaba bien. Luego no paraba de decir que no quería nada serio. Todavía lo dice.

Bennett me lanza una mirada.

—¿Qué? —espeto.

—¿Has conocido a Lena? Es la persona más seria del mundo. Escribe reglas para las camas de hotel. Clasifica las emergencias por colores. Seguro que tiene un plan de respaldo para el plan de apoyo emocional de su plan de respaldo.

A pesar de mí mismo, dejo escapar una risa.

Bennett me señala como si hubiera ganado algo. —Exacto. Quiere algo serio.

Odio que tenga tanta razón.

Bennett continúa. —No hace falta que le pidas matrimonio en el salón de baile entre la ensalada y el primer baile. Solo dile la verdad.

Suelto una risa seca. —La verdad.

—Sí, Logan. Eso que ocurre cuando las palabras coinciden con la realidad. Un concepto nuevo para ti, ya lo sé.

—Cree que soy una mala decisión con piernas.

—Entonces deja de presentarte al casting para el papel.

Eso me duele más de lo que quisiera.

Durante tres años, he dejado que Lena creyera lo que resultara más fácil. Que coqueteo con todo el mundo. Que nada me afecta. Que cada mujer a mi alrededor demuestra que no estoy esperando a nadie.

No quería parecer desesperado. No quería que Bennett me mirara con lástima cada vez que Lena entraba con Trevor. No quería que Sienna supiera que su mejor amiga era la razón por la que yo seguía apareciendo en eventos a los que podría haber faltado.

No quería que Lena tuviera esa clase de poder sobre mí.

—No sé cómo decírselo sin empeorar las cosas —digo.

La voz de Bennett se suaviza. —Empieza por decirle que significó algo.

—Huirá.

—Puede ser.

—Una vez más, muy útil.

—Puede que huya —dice—. Pero al menos huirá de la verdad y no de tu reputación falsa.

Apoyo la cabeza contra la pared.

Oigo la voz de Sienna al otro lado de las puertas del salón: primero cortante por el estrés y luego suave cuando empieza a hablar de Bennett.

Mi hermano se vuelve hacia su voz de forma automática.

Ahí está: eso que mi hermano tiene y yo no paro de fingir que no deseo.

No la boda de cien mil dólares. No la idea de una vida hermosa que exhibir ante todos los invitados. Lo de verdad: el amor que se tienen.

Esa certeza es lo que anhelo. Quiero estar así de seguro de alguien y que ella esté igual de segura de mí.

Y, como el universo tiene un sentido del humor espantoso, la mujer con la que anhelo esa certeza cree ahora mismo que sirvo sobre todo como distracción para una sola noche.

Bennett me descubre mirándolo y suspira. —No pongas esa cara.

—¿Qué cara?

—La cara de hermano menor trágico.

—Soy mayor que tú.

—Dos minutos no cuentan. Además, sigo pensando que los médicos se equivocaron.

Me río.

Bennett alza una ceja. —De nada —dice mientras se vuelve hacia el salón.

Bennett me entrega el rollo de etiquetas adhesivas para corregir. —Puedes empezar a practicar la sinceridad admitiendo que todavía estás ayudando con los recuerdos para invitados.

—Creí que esto era trabajo de novio.

—Se convirtió en trabajo de hermano cuando trajiste devastación emocional a mi pasillo de servicio.

La puerta se cierra tras él.

Miro la etiqueta que tengo en la mano. Es pequeña, blanca y está pensada para tapar la palabra fever sin que nadie note el error que queda debajo.

Esa ha sido mi estrategia durante tres años.

La despego del papel protector y la aliso sobre las letras doradas.

Después tomo la siguiente caja.

CAPÍTULO NUEVE

LENA

Regla n.º 9: Una disculpa puede empezar con café y ochenta y seis etiquetas torcidas.

En las batas pone BRIDE BRIBE.

No Bride Tribe, «la tribu de la novia». BRIDE BRIBE: «soborno a la novia».

Estoy en la suite de la novia con veinte batas de satén apiladas sobre el sofá, todas estampadas con letras doradas que hacen parecer que dirigimos una red criminal con temática de bodas.

Sienna las mira en silencio.

Su madre toma una, entorna los ojos y dice: —Tal vez nadie se dé cuenta.

Miro a la tía Celeste. —Lleva la palabra bribe en toda la espalda.

—Bueno, sí, pero con una tipografía bonita.

Sienna deja escapar un ruidito ahogado.

Levanto ambas manos. —Que nadie entre en pánico.

—Yo pienso entrar en pánico sin ninguna duda —dice Sienna.

—Bien, es justo. Entra en pánico durante diez segundos y luego lo arreglamos.

—No tengo diez segundos. El ensayo empieza dentro de seis horas, Trevor todavía figura en el plano de mesas y ahora mis damas de honor parecen estar aceptando pagos ilegales.

—Trevor ya no figura en el plano de mesas —digo mientras rebusco en el bolso hasta encontrar el teléfono—. Fue un error.

Sienna me mira. —Un error muy específico.

—Sí. Un error muy estúpido. Llamó mientras yo corregía el plano, me distraje, escribí su nombre y, por lo visto, mi cerebro se ha unido a la conspiración.

La tía Celeste baja la bata. —¿Va a venir?

—No. —La respuesta sale demasiado rápido, pero no me importa —. No está invitado. Nunca lo estuvo. Su nombre va a desaparecer de todos los documentos antes de la cena.

Sienna exhala y se deja caer sobre el brazo del sofá. —¿Podemos arreglar lo de las batas antes de mañana?

—Yo me encargo.

Llamo al proveedor. Me dejan en espera seis minutos y me paso esos seis minutos caminando entre el sofá y la ventana mientras Sienna me observa como si yo fuera el último electrodoméstico que aún funciona durante un apagón.

Cuando la mujer por fin vuelve a ponerse al teléfono, me dice que pueden enviar batas de reemplazo para el lunes.

—El lunes no sirve —digo mientras me presiono la frente con dos dedos—. La boda es mañana.

—Lo siento muchísimo, señora.

—Lo entiendo, pero las disculpas no borran la palabra bribe del satén.

Sienna se tapa la cara.

La tía Celeste se acerca a mí y susurra: —Pregunta si tienen batas lisas.

La señalo porque, por mucho que me irrite admitirlo, no es una idea terrible.

Diez minutos y tres llamadas después, una boutique de la ciudad acepta enviar veinte batas lisas color marfil de su inventario nupcial. No tendrán letras doradas, pero tampoco anunciarán una trama de corrupción propia de un delito grave.

La madre de Sienna le da unas palmaditas en el hombro. —Lo sencillo es elegante.

—Lo sencillo no dice bribe —murmura Sienna—. A estas alturas, lo sencillo es la perfección.

Dejo a la tía Celeste a cargo de recibir las batas y concentro mi atención en el siguiente desastre. El plano de mesas corregido está listo en mi computadora portátil, pero el centro de negocios del hotel se niega a imprimirlo porque la impresora está «tomándose un descanso».

No pregunto qué significa eso. En mi vida no queda espacio para el viaje emocional de una impresora.

Además, en el salón de baile esperan ochenta y seis cajitas de recuerdos para invitados, con etiquetas colocadas después de medianoche por un miembro del personal profundamente agotado o por alguien que jamás se ha topado con una línea recta.

Agarro la memoria USB, las etiquetas corregidas y la bolsa de suministros de emergencia, que ahora llevo como si contuviera un órgano para trasplante.

—Voy abajo —le digo a Sienna—. Cuando lleguen las batas, revisa todas y cada una.

Para cuando llego al salón de baile, las mesas están vestidas, las sillas se alinean en filas y las cajitas de recuerdos parecen haber perdido una pelea contra la gravedad. Algunas etiquetas se inclinan a la izquierda. Otras, a la derecha. Una está casi boca abajo.

Me agacho junto a una mesa plegable y empiezo a separarlas en tres montones: salvables, para rehacer y para quemar en un entorno legalmente controlado.

—Lena. —Oigo la voz de Logan a mi espalda y se me tensa el estómago de una manera que me indigna profundamente.

Logan está al otro lado de la mesa, con pantalones planchados y una camisa blanca cuyas mangas lleva remangadas hasta los antebrazos. Sostiene dos vasos de café.

—Estoy ocupada —digo.

—Ya lo veo. —Deja un vaso en el borde de la mesa, cerca de mi mano—. Café solo. Con canela.

Lo miro fijamente. —¿Por qué? Dormí bien, según tú.

—Porque parece que podrías atravesar el suelo de tanto vibrar.

—¿Y por qué me traes café?

—Tenemos que hablar.

Vuelvo a separar las tarjetas. —No quiero hablar.

Guarda silencio durante medio segundo. Después toma una de las etiquetas de los recuerdos. —Bien. Entonces te ayudaré. ¿Qué hay que arreglar?

Le quito la etiqueta de la mano. —Nada que deba preocuparte.

Toma otra. —Te ayudaré a separarlas.

Debería decirle que se vaya. Después de cómo le hablé, probablemente me merezca que lo haga.

Se sienta frente a mí. —Enséñame cómo quieres que queden.

Algo pequeño e incómodo se remueve en mi pecho.

Deslizo las etiquetas de reemplazo hacia él. —Despega las torcidas sin dañar las cajas y después centra la etiqueta nueva entre los bordes.

Examina el ejemplo que ya he terminado. —¿Así?

—Sí.

—Entendido.

—Y no las pongas torcidas.

Por poco sonríe. —Ni se me ocurriría.

Durante los siguientes cuarenta minutos, Logan me ayuda sin forzar una conversación para la que todavía no estoy preparada. Retira las etiquetas viejas con cuidado, limpia los restos de adhesivo y alinea cada reemplazo antes de pegarlo.

Trabaja más rápido de lo que esperaba, pero sin descuidarse, y compara las primeras con las mías hasta que sabe exactamente lo que quiero.

La gente entra y sale a nuestro alrededor. Miembros del personal llevan ropa de cama doblada al salón de baile. El florista discute en voz baja con alguien sobre la altura de las velas. Un hombre con un auricular pasa dos veces y cada vez parece más traicionado por la tecnología.

Logan sigue trabajando.

No se adueña de la tarea. No me dice que me calme. No hace una broma cada vez que el silencio se vuelve incómodo. Cuando le entrego un problema, se ocupa de él y espera el siguiente.

Odio lo útil que resulta. Odio todavía más notar los tendones que se mueven en sus antebrazos cada vez que alisa una etiqueta en su sitio.

Al parecer, a Logan le basta con mostrarse educado, sereno e irritantemente atractivo en un pasillo para conseguir acceso a la impresora de la oficina de ventas del hotel. Diez minutos después, regresa con un plano de mesas recién impreso y una pila de tarjetas con los nombres ya corregidos.

Las deja junto a mí. —Trevor ya no está.

Mis dedos se detienen sobre la cinta que estoy atando.

—En el plano —añade—. No en este mundo. Por desgracia.

Casi se me escapa una risa. La reprimo, pero no con la rapidez suficiente. Logan se da cuenta y algo cálido le brilla en los ojos.

—Gracias —digo.

—De nada.

Vuelve a sentarse frente a mí y toma la siguiente caja.

Terminamos las doce últimas en silencio, pero ya no es un silencio hostil. Está cargado de todo lo que no hemos dicho y de todo aquello en lo que intento no pensar desde que salí de su habitación.

Logan presiona la última etiqueta para fijarla, comprueba que esté alineada y desliza la caja hacia mí.

Perfectamente recta.

Paso el pulgar por el borde. —Te debo una disculpa.

Su mano se inmoviliza, pero no se pone a la defensiva. Se limita a esperar a que continúe.

—Lo que dije en tu habitación fue cruel. —Se me cierra la garganta, pero me obligo a sostenerle la mirada—. Me serví de tu reputación para que lo ocurrido me pareciera más seguro. Si me convencía de que no significaba nada para ti, no tenía que admitir cuánto significaba para mí.

La expresión de Logan cambia; desaparece su aire despreocupado, pero no se vuelve frío.

Se echa un poco hacia atrás y me observa, pensativo. —Me dolió. —Me sostiene la mirada—. Pero te has disculpado y acepto tu disculpa.

La opresión en mi pecho se afloja tan de golpe que tengo que bajar la vista hacia la cajita de recuerdos que hay entre los dos.

—¿Eso es todo? —pregunto.

—¿Qué más quieres que diga?

—No lo sé. ¿Hacerme sufrir un poco?

Una comisura de sus labios se alza. —Has pasado una hora corrigiendo ochenta y seis etiquetas torcidas. Creo que el universo ya se ha encargado de eso.

Se me escapa una risa suave. —Hablo en serio.

—Yo también. —Extiende la mano por encima de la mesa y da un golpecito con un dedo en la etiqueta perfectamente centrada—. Gracias por decirlo. Estamos bien.

Las palabras se asientan entre nosotros, sencillas y sólidas. No finge que el insulto no significó nada, pero tampoco me castiga por ello. Acepta la disculpa como un adulto, lo cual, de algún modo, me hace sentir peor por lo preparada que estaba para una pelea.

—Todavía intento entender qué ha pasado —admito.

—Yo también.

—Y no prometo nada.

—No te lo he pedido.

Su mirada permanece fija en la mía, firme y sin defensas. Por un instante, cometo la temeridad de recordar sus manos sobre mí, su boca contra mi piel y la forma en que me miró cuando comprendió que yo tenía miedo.

Las puertas del salón de baile se abren de golpe antes de que mi cuerpo pueda tomar más decisiones terribles.

Sienna entra con paso decidido, el teléfono en una mano y una bata lisa color marfil colgada del otro brazo. —Buenas noticias. Las batas de reemplazo ya están aquí, ninguna lleva estampada por accidente una palabra relacionada con un delito grave y mi madre ha inspeccionado personalmente todas las costuras.

—Eso sí es una buena noticia —digo.

—Además, el florista encontró las velas desaparecidas. Las entregaron en el restaurante en vez de en el hotel porque, por lo visto, todos los negocios de esta ciudad han decidido que las direcciones son meras sugerencias.

Logan hace un gesto hacia la bata. —Entonces, ¿la emergencia no ha terminado?

Sienna le lanza una mirada que me dice que a estas alturas él debería saberlo. —Una emergencia ha terminado.

Se me hunden los hombros. —¿Pueden traerlas por la mañana?

—No. Van a cerrar temprano por la tormenta y, si no las recogemos hoy, no las tendremos para la ceremonia.

Miro la hora y luego las ventanas. La lluvia deja regueros en el cristal y convierte los jardines en una mancha verde y borrosa.

—¿A qué distancia está?

—A cuarenta minutos sin tráfico. Más con este tiempo.

—Yo iré —digo mientras agarro el bolso.

Logan se pone de pie a mi lado. —Tengo auto.

Lo miro. —¿Te ofreces a conducir?

—Sí.

—Las carreteras están empeorando.

—Me he dado cuenta. —Echa a andar—. Por eso no vas a conducir sola.

Logan toma la dirección de manos de Sienna y se la guarda en el bolsillo. —Vamos. Mi auto está en el estacionamiento subterráneo.

Solo vacilo un segundo antes de agarrar la bolsa de emergencia y rodear la mesa tras él.

Sienna me agarra de la muñeca cuando paso junto a ella. Me mira a mí, luego a Logan y de nuevo a mí. —Te quiero.

—Lo sé.

Señala a Logan. —A ti también te quiero.

—He hecho muy poco para merecerlo.

—Arreglaste el plano de mesas, ayudaste con los recuerdos y ofreciste tu auto. Eso basta para ganarte mi cariño incondicional.

—Lo acepto.

Sienna me suelta y hace un gesto para echarnos hacia las puertas. —Vayan a buscar mis velas antes de que otra cosa se incendie.

—No se va a incendiar nada —le aseguro.

Un estrépito llega desde el pasillo. Los tres nos quedamos inmóviles.

Sienna cierra los ojos. —No debería haber dicho eso.

Logan recoge los dos cafés, me devuelve el mío y señala la salida con la cabeza. —Vámonos antes de que nos asignen otro problema.

CAPÍTULO DIEZ

LENA

Regla n.º 10: Nunca pidas ayuda fingiendo que la idea fue tuya.

El auto de Logan tiene esa limpieza sospechosa propia de un vehículo cuyo dueño o bien no tiene pertenencias o bien paga a otra persona para que borre todo rastro de ellas.

La lluvia repiquetea contra el techo mientras los limpiaparabrisas libran una batalla perdida sobre el cristal. El hotel desaparece a nuestra espalda, convertido en un borrón de piedra beige y palmeras dobladas, mientras nos dirigimos al restaurante donde han ido a parar las velas que faltan para la ceremonia de Sienna.

—Esperaba algo más ostentoso —digo mientras me abrocho el cinturón de seguridad y echo un vistazo al inmaculado interior gris—. ¿Dónde está el deportivo poco práctico? ¿La placa personalizada? ¿El cajón de emergencia para los pendientes que se dejan las mujeres?

—Ese cajón está en la guantera.

Tiendo la mano hacia la guantera, pero la suya se cierra sobre la mía antes de que pueda abrirla. El contacto dura apenas un segundo, con sus dedos cálidos alrededor de mi muñeca, pero mi cuerpo recuerda demasiado bien lo que esas manos son capaces de hacer.

Me suelta despacio y vuelve a concentrarse en la carretera. —Mapas.

Miro dentro.

—¿Mapas de papel? —pregunto, sorprendida.

—Planos históricos del sitio.

Lo miro fijamente hasta que me mira de reojo.

—Pareces decepcionada.

Estamos bien. Dije lo que necesitaba decir y Logan lo aceptó sin obligarme a arrastrarme sobre cristales rotos para ganarme su perdón.

Eso debería haber facilitado todo entre nosotros. En cambio, eliminó la rabia que me servía de aislante y me dejó atrapada en un auto con el recuerdo de su boca, sus manos y el tono sereno con el que me dijo que estábamos bien.

Por lo visto, estar bien no impide que una vaya en el asiento del copiloto con los muslos bien juntos.

En condiciones normales, el restaurante está a menos de quince minutos. Ahora está a casi cuarenta.

Logan conduce con cuidado, las dos manos en el volante, sin los suspiros teatrales ni las muestras de impaciencia de Trevor cada vez que el tráfico se interponía en sus planes.

Cuando le advierto que hay un paso subterráneo inundado y lo dirijo hacia una calle más estrecha que atraviesa la zona residencial, me hace caso a la primera. No me pregunta si estoy segura, no me ignora hasta que el sistema de navegación me da la razón ni presenta el desvío como un sacrificio personal.

La ausencia de discusión resulta casi inquietante.

Cuando nos detenemos ante un semáforo en rojo, el teléfono del trabajo vibra contra mi muslo. Miro la pantalla, veo el nombre de mi superior y rechazo la llamada antes de que suene por segunda vez.

Logan no aparta la vista de la carretera. —¿Es por la presentación de la semana que viene? —pregunta con cautela.

Me vuelvo hacia él. —¿Cómo sabes lo de la presentación?

Sus dedos se cierran un poco más alrededor del volante. —Me lo contó Bennett.

Arqueo una ceja, aunque no me está mirando. —¿Bennett habló contigo de mi trabajo?

El semáforo cambia y Logan cruza la intersección antes de continuar. —Mencionó que la semana que viene tienes una

presentación importante que podría conseguirte un ascenso y que intentabas seguir preparándola mientras te ocupabas de todo esto. Nada más.

Logan mira mi mano, cerrada alrededor del teléfono. Aflojo los dedos y lo dejo boca abajo sobre mi regazo.

—¿Qué pasará si consigues el ascenso? —pregunta.

—Viajaré más, tendré un equipo más grande y autoridad suficiente para impedir que la gente cree problemas y me los envíe por correo electrónico a medianoche.

Esboza una sonrisa, pero no convierte mi respuesta en un chiste. —¿Lo quieres?

La pregunta debería ser sencilla. En cambio, miro por la ventanilla el agua que corre junto a la acera y las fachadas de las tiendas desdibujadas por la tormenta. —He trabajado para conseguirlo.

—Eso no es lo que te he preguntado.

—Quiero el sueldo. Quiero el cargo. Quiero una prueba de que ser la persona que evita que todo se estrelle contra el suelo importa.

—¿Y los viajes?

—Puedo con ellos.

La respuesta queda suspendida entre nosotros, pulida y técnicamente inútil. Logan parece percibir lo que he evitado decir, pero no insiste.

El restaurante surge entre la tormenta, un edificio blanco y bajo con vistas al agua, con los muebles de la terraza apilados bajo toldos a rayas y los ventanales iluminados contra la tarde gris.

Logan se detiene bajo la entrada cubierta y yo ya he salido del auto antes de que termine de estacionar.

Una mujer con un vestido negro nos recibe dentro con la expresión agotada de quien lleva todo el día explicando el mismo error de entrega a proveedores de bodas cada vez más furiosos. —¿Vienen por las velas?

—Sí. Para la boda de Sienna y Bennett.

Consulta la nota sujeta a una carpeta detrás del mostrador de recepción. —Están en el comedor privado. La persona encargada del

reparto las trajo con la mantelería de esta noche y nadie se dio cuenta de que debían ir al hotel hasta que llamó la coordinadora.

Logan entra detrás de mí con la camisa oscurecida por la lluvia a la altura de los hombros. —¿Cuántas cajas son?

—Seis, más dos cajas de portavelas de vidrio.

Me detengo. —¿Vidrio?

—Las velas pequeñas ya están dentro de los portavelas.

Por supuesto. Nada en esta boda puede ser simplemente cera dentro de una caja de cartón. Tiene que ser cera rodeada de vidrio frágil, y tenemos que transportarla en medio de una tormenta tropical.

El comedor privado parece una tienda de velas después de una explosión. Las cajas cubren un extremo de la larga mesa; cada una está marcada con números de mesa, secciones de la ceremonia o instrucciones escritas con marcadores de tres colores distintos.

Cotejo el inventario con la lista que ha enviado Sienna mientras Logan examina el fondo de las cajas y refuerza una esquina vencida con la cinta de embalar facilitada por el restaurante.

—No tienes por qué cargar con todo esto —le digo cuando levanta las dos primeras cajas.

—Lo sé.

La misma respuesta que me dio en el salón de baile. Serena, sencilla y, de algún modo, más eficaz que una discusión.

Tomo una caja más ligera de velas cilíndricas y lo sigo hacia la entrada. —Esas cajas contienen vidrio. No las inclines.

—Lo he deducido por las doce etiquetas que dicen que no hay que inclinarlas.

—Solo me aseguro.

—Lo haces de maravilla.

Me muerdo el labio. Sé que probablemente estoy siendo irritante, pero él no muestra la menor molestia.

Hacen falta tres viajes para cargarlo todo. Logan abate una parte de los asientos traseros, afianza las cajas de vidrio con una manta del compartimento de carga y usa dos correas de sujeción para impedir que se deslicen.

Lo observo comprobar dos veces cada correa antes de cerrar el portón trasero, mientras el agua le corre por la nuca y desaparece bajo el cuello de la camisa.

No debería fijarme en eso, pero lo hago de todos modos.

Me descubre mirándolo y se pasa una mano por la nuca. —¿Algún problema?

Trago saliva. —Estás mojando el asiento.

—Devastador. —Sonríe y el corazón me da un vuelco.

La cena de ensayo empieza dentro de poco más de una hora y la tormenta ha convertido la ruta directa de regreso en una cadena de luces de freno rojas. Recorremos la mitad del camino de vuelta al hotel antes de que el tráfico se detenga por completo. Un vehículo policial bloquea la intersección, sus luces destellan bajo la lluvia y un agente desvía el tráfico para evitar el agua que se extiende sobre la calzada.

Abro el mapa y amplío la imagen. El desvío más cercano añade casi media hora y la ruta serpentea por calles que no conozco.

Mi pulso empieza a acelerarse.

Miro el mapa un segundo más y luego me obligo a decirlo en voz alta. —¿Puedes llamar a Bennett y decirle que mande a dos personas a la entrada lateral? Alguien tiene que llevar las cajas de vidrio directamente al salón de baile.

No hay ni rastro de triunfo en la expresión de Logan. Simplemente toma el teléfono de la consola. —Sí.

—Después llama a Sienna. Dile que lo tenemos todo, pero que la carretera está cerrada y vamos a tomar la ruta por el interior.

Introduzco el desvío en el sistema de navegación mientras Logan llama a Bennett. Bennett responde por el altavoz al segundo tono y dice: —Por favor, dime que encontraron las velas.

—Encontramos las velas —dice Logan mientras sigue la fila de autos que se aleja de la intersección inundada—. También encontramos una carretera cerrada. Que dos personas nos esperen en la entrada lateral del hotel dentro de unos cuarenta minutos.

—Ustedes dos parecen inquietantemente funcionales.

—Estamos transportando varios cientos de trozos de cera y vidrio frágil a través de una inundación —le digo—. No estamos siendo

funcionales. Esto es un intercambio de rehenes.

Bennett se ríe y promete mandar abajo a dos acompañantes del novio. Sienna le quita el teléfono antes de que termine la llamada y, en cuanto se entera del cierre de la carretera, nos dice que dejemos las velas en el auto y demos la vuelta si el agua sube más.

—Ahora estamos en una zona más elevada —le asegura Logan—. La carretera está despejada y conduzco despacio.

CAPÍTULO ONCE

LENA

Regla n.º 11: Un ensayo no es más que una boda con menos testigos y la misma cantidad de pánico.

Ha pasado poco más de una hora, pero aun así lo conseguimos. Llegaron las batas. Las flores de azúcar sobrevivieron. Las velas están donde deben estar. Las cajas están arregladas. El sistema de sonido reproduce música en vez de humo.

Según cualquier criterio razonable, la salida en busca de suministros ha sido un éxito.

Según el mío, también es un problema, porque casi dos horas en el auto de Logan han hecho que me resulte más difícil descartarlo. Me hizo caso cuando se lo pedí. No estuvo de acuerdo, pero tampoco intentó tomar el control.

Para cuando empieza el ensayo, funciono a base de café, adrenalina y la profunda incomodidad de saber que Logan no está haciendo nada raro. Bueno, nada más raro de lo que ya es todo entre nosotros.

El ensayo es un caos, pero soportable.

El hotel insiste en que hagamos el recorrido de prueba bajo techo porque el jardín está demasiado mojado para ensayar allí. A los siete minutos, el trayecto más corto entra en conflicto con los tiempos previstos.

El pasillo es más corto, así que la música terminaría treinta segundos después de que Sienna llegara junto a Bennett. Stefano, uno de los acompañantes del novio, sugiere que ella «camine con más lentitud emocional». La tía Celeste afirma que nunca se debe pedir a una novia que avance despacio durante una tormenta porque eso sería tentar al destino.

Bennett hace un chiste sobre correr a toda velocidad hasta el altar. Sienna no se ríe.

—Sigues haciendo bromas —dice en voz baja—. No sé si te importa que el mal tiempo pueda cambiarlo todo.

El salón queda en silencio a su alrededor.

La sonrisa de Bennett desaparece. —Sí me importa.

Mira el jardín mojado a través de los ventanales del salón de baile. —Odio que tal vez no sea lo que imaginabas. Pero también quiero que estés dentro, donde tu vestido no se arrastre por el barro. Hago bromas porque, si admito que yo también estoy decepcionado, creo que te sentirás culpable.

La expresión de Sienna se suaviza. —No necesito que intentes ahorrarme la decepción.

—Lo sé. —Le toma la mano—. Lo siento.

Ella le aprieta los dedos. —Gracias.

Entonces mira a Dennis. —Caminaremos a una velocidad humana normal. Haz que la canción empiece más tarde.

Dennis asiente como si esa posibilidad hubiera alterado su concepción de la música. El ensayo continúa.

Ver cómo Sienna y Bennett arreglan las cosas me deja intranquila. Nadie ganó. Nadie se marchó. Nadie los castigó por ser sinceros en público.

Logan está junto al arco con una mano en el bolsillo. Me descubre mirando a la pareja y después me observa con esa paciencia silenciosa que cada vez me cuesta más resistir.

Stefano se coloca dos veces en el lado equivocado. La tía Celeste llora durante un recorrido de práctica. Bennett sigue haciendo reír a Sienna cuando está claro que ella intenta seguir estresada, lo cual es de muy mala educación por su parte, pero funciona.

Antes de la cena, el cortejo nupcial dispone de veinte minutos para cambiarse y respirar.

Dedico doce de esos minutos a revisar la distribución de mesas y los otros ocho a fingir que no estoy esperando que Logan me hable.

Me encuentra cerca de las puertas del comedor privado, con las tarjetas con los nombres que rescatamos de la impresora de la oficina de ventas.

—¿Todo en orden alfabético? —pregunta.

—Por mesa y restricción alimentaria.

—El romanticismo sigue vivo.

Lo miro. —Gracias por lo de hoy.

Su expresión se inmoviliza.

—Los recados —aclaro—. Y lo de la carretera.

—De nada. —Me dedica una sonrisa cálida que me provoca un revoloteo en el estómago.

—Lo que dije antes de que nos interrumpiera la gerencia iba en serio —le digo—. Estaba equivocada.

Apoya un hombro en el marco de la puerta. —Te creo.

Una dama de honor abre la puerta del comedor desde el otro lado y casi lo golpea con ella. El momento se esfuma.

—Deberíamos entrar —dice. Se refiere a la cena.

—Sí. —Asiento y fuerzo una sonrisa.

El comedor privado está caluroso y demasiado ruidoso. No dejan de llegar platos. No dejan de llenarse copas. Sienna por fin parece feliz, lo cual debería relajarme, pero, por lo visto, mi cuerpo ha olvidado cómo hacerlo.

Logan hace un brindis breve después del padre de Bennett. Es divertido. Sencillo. Sin excesos. Habla de lo imposible que era avergonzar a Bennett hasta que apareció Sienna y de que todos supieron que ella era diferente porque Bennett empezó a revisar el teléfono como un adolescente. La gente se ríe. Sienna se pasa un dedo bajo un ojo. Bennett manda callar a Logan, pero sonríe.

Bajo la mirada hacia mi plato y me digo que no me afecta.

Funciona durante casi cuatro segundos.

Para cuando llega el postre, la cena casi ha terminado. La gente se levanta de sus asientos, se acerca al bar y charla en pequeños

grupos.

Me pongo de pie para ayudar a Sienna a recoger las tarjetas con los nombres que han sobrado de la mesa de bienvenida.

Entonces veo a Marina. Está junto a Logan en el bar. Otra vez.

Se ríe. Con una mano sostiene la copa; la otra descansa sobre el brazo de Logan. Él no coquetea con ella. Lo veo. Responde a algo que dice con educación y brevedad. Tiene el cuerpo vuelto hacia el lado contrario, no hacia ella. No está haciendo nada malo.

Me digo que no importa. Aunque se acueste con ella, ¿a quién le importa?

Pero a mí sí. Me importa muchísimo. Y odio que así sea.

Marina dice algo más y le sonríe. Logan levanta la vista. Me ve.

Lo primero que cambia es su expresión, como si supiera exactamente lo que estoy pensando. Se me calienta la cara.

Sienna me toca el codo. —¿Lena?

—Necesito un minuto.

—¿Qué?

—Estoy bien. Solo necesito aire.

Dejo las tarjetas sobrantes antes de que acabe doblándolas por la mitad y salgo deprisa del comedor.

Llego a la puerta del baño con el corazón demasiado acelerado.

Ya no son solo los celos los que me impulsan. También está la posibilidad de haberlo entendido todo mal, en todos los sentidos. Puede que Logan me deseara y que yo le importara un poco, pero quizá soy demasiado complicada como para que luche por mí.

Marina es hermosa. Estar con ella es más fácil. Y es evidente que está interesada.

—A veces eres demasiado difícil —me decía Trevor siempre que intentaba explicarme.

Tal vez la conexión entre nosotros solo existe en mi imaginación.

CAPÍTULO DOCE

LENA

Regla n.º 12: Nunca huyas al baño si no estás preparada para que te sigan.

Empujo la puerta, voy directa al lavabo y me aferro al borde de la encimera con ambas manos.

No lloro. Llorar sería ridículo. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Porque Logan Whittaker está dispuesto a acostarse con todo lo que se mueve, menos conmigo?

Debería volver. Probablemente Sienna intenta disfrutar de la última hora antes de la boda sin que nadie pronuncie las palabras bribe, fever, Trevor o incendio provocado, y yo no estoy allí para ella.

Debería sonreír, sentarme y dejar de comportarme como una mujer que ha perdido el control de la trama.

En cambio, contemplo mi reflejo en el espejo. El labial rojo está perfecto. El resto de mí es un desastre, pero al menos mi boca parece serena.

La puerta del baño se abre. Me pongo rígida.

—Lena.

No. Ni hablar.

Me vuelvo tan deprisa que me golpeo la cadera con la encimera.

—¿Estás bromeando?

Logan entra y deja que la puerta se cierre a su espalda.

Parece demasiado tranquilo, aunque tiene la mandíbula tensa y la mirada dice todo lo contrario.

—Este es el baño de mujeres —le recuerdo.

—Lo sé, pero tenemos que hablar. —Da un paso hacia mí.

—Logan, no voy a hacer esto aquí.

—Entonces, ¿dónde?

—En ninguna parte. —Tomo una toalla de papel y me seco las manos con demasiada fuerza. Se parte por la mitad. Perfecto—. Estamos en la cena de ensayo de tu hermano.

—Ya lo sé.

—Tu hermano. Mi mejor amiga. Una habitación llena de gente justo al otro lado de esa puerta.

—Lo sé.

—Entonces vuelve con ellos.

No se mueve.

Lanzo la toalla de papel destrozada a la papelera. No entra. Me agacho a recogerla porque, por lo visto, hasta mi basura ha decidido rechazarme.

Logan la recoge antes que yo.

—No lo hagas —espeto. Se detiene con la toalla de papel en la mano.

Odio que me haga caso. Odio que haga exactamente lo que le pido cuando me comporto como una irracional y que solo se niegue cuando quiero que me deje a solas con mis propias malas decisiones.

Deja caer la toalla de papel en la papelera y se endereza.

—No he venido a discutir —dice—. Necesito decirte algo.

Suelto una risa breve, seca y defensiva. —¿Qué, ahora? ¿Justo ahora? ¿En el baño de mujeres?

—Lena.

—No. —Señalo la puerta—. No puedes seguirme hasta aquí y decir mi nombre así.

—¿Así cómo?

—Como si tú fueras razonable y yo fuera el problema.

Su expresión cambia. —No creo que tú seas el problema. Creo que estás molesta.

—No estoy molesta.

—Saliste del comedor.

—Necesitaba aire.

—Este baño no tiene ventanas.

Abro la boca. No sale nada. Él parece casi arrepentido.

Lo odio.

—No tengo tiempo para esto. —Niego con la cabeza y bajo la mirada para no tener que verlo.

Da otro paso hacia mí. —Me gustas.

Levanto la vista. ¿Lo dice en serio? ¿Ahora?

Entonces se me escapa un resoplido antes de que pueda contenerlo. —Claro.

Se le tensa la cara. —No hagas eso.

—¿El qué?

—Fingir que no significa nada.

—No estoy fingiendo que no significa nada. Simplemente no soy idiota.

—Yo no he dicho que lo seas.

—A ti te gusta todo el mundo, Logan.

—No, Lena. —Ahora habla en voz baja, pero con firmeza—. Me gustas. Solo tú.

Las palabras golpean con más fuerza la segunda vez.

De pronto, el baño está demasiado iluminado. Demasiado silencioso. Oigo la música amortiguada que llega del comedor al otro lado del pasillo. Alguien se ríe en el pasillo.

Odio que se me cierre la garganta. Me vuelvo hacia el espejo y finjo colocarme bien un pendiente.

La confesión debería halagarme. En cambio, me aterra porque se remonta a todas las habitaciones que hemos compartido y cambia los muebles de sitio.

Cada sonrisa burlona se convierte en camuflaje. Cada cita, en una pregunta. Cada vez que lo sorprendí observándome y me dije que solo esperaba una oportunidad para irritarme se convierte en prueba de que quizá me equivocaba a propósito.

—No puedes decir «solo tú» cuando llevo tres años viéndote marcharte con otras mujeres. —Bajo la voz—. Eso no desaparece

porque me hayas seguido hasta un baño.

—No debería desaparecer. —Su respuesta me deja inmóvil. No me dice que me lo imaginé. No me acusa de estar celosa ni pregunta por qué me importaba.

—Salí con otras personas —dice—. Y también me aseguré de que vieras lo suficiente para que creyeras que no te esperaba. Fue cobarde e injusto contigo y con ellas.

Busco en su cara algún rastro de ese encanto que usa para escapar. No lo hay.

Trago saliva antes de preguntar: —¿Tanto te gustaba yo que saliste con doscientas mujeres desde que nos conocimos?

Se acerca y lo observo en el espejo en vez de darme la vuelta.

—Al principio estabas con Trevor —dice—. Así que no hice nada. Luego rompiste con él y no parabas de decirle a todo el mundo que no querías nada serio. Así que seguí sin hacer nada.

Me río, pero la risa no tiene fuerza. —Excepto aparecer con mujeres distintas.

Sus ojos encuentran los míos en el espejo. —No he salido con nadie desde que rompiste con Trevor.

Abro la boca para discutir, pero entonces me doy cuenta de que dice la verdad.

No salió con nadie. De verdad que no.

El corazón me da un vuelco brusco y estúpido.

Cruzo los brazos. —No es justo que me cuentes todo esto ahora. ¿Por qué iba a creerte?

Aunque sí lo creo. Sé que es verdad.

Exhala y se pasa una mano por la boca. —Intentaba que pareciera que no esperaba a alguien que no quería estar conmigo.

Me mira sin la sonrisa burlona. Sin la respuesta fácil. Sin esa versión de él que sé cómo mantener a distancia.

—No quería que lo supieras —dice—. No cuando estabas con él. No cuando sufrías después de dejarlo. No cuando, cada vez que alguien mencionaba las citas, parecía que querías prenderle fuego a la mesa.

—Eso no es cierto.

—Sí lo es.

Aparto la mirada. Tiene razón, lo cual resulta tan irritante como grosero.

Me vuelvo del todo hacia él. —¿Por qué iba a creer que esto no es otra muestra de lo bien que se te da decir lo adecuado en el momento justo?

Sostiene mi mirada. —No deberías creerlo solo porque yo sepa decirlo bien.

—Entonces, ¿por qué?

—Porque dejé de salir con otras personas hace seis meses, cuando rompiste con Trevor. Porque fui a aquella horrible noche de trivia de Sienna cuando Bennett tenía gripe solo porque ella me dijo que tú irías. Porque sé que conseguiste la entrevista para el ascenso después de pasar dos meses fingiendo que no te importaba que la vicepresidencia se fijara en tu trabajo, pero sé que sí te importa porque te conozco.

Se me corta la respiración.

—Entonces, ¿qué propones? —pregunto—. ¿Que tengamos sexo y esto siga después de la boda?

Respira hondo. —No, no se acaba. El lunes te llamo. El martes, si me dejas, te llevo a cenar a un lugar sin emergencias nupciales. Yo averiguo cuánto tendrás que viajar si consigues el ascenso. Tú descubres que en mi apartamento hay una silla en la que nadie puede sentarse porque tiene más años que mis padres juntos. Averiguamos si esto funciona a nuestra manera, no porque estemos atrapados en una habitación de hotel.

Se me cierra la garganta. —¿Y si no funciona?

—Entonces nos decimos la verdad antes de convertirlo en una actuación.

No es una promesa para siempre. Es mejor. Es un plan. Así es como me gustan las cosas.

Porque me conoce demasiado bien.

—No te pido que confíes en mí, pero necesito que dejes de fingir que esto no me importa. —Mantiene la voz baja—. Deja de decir que para mí no significa nada.

Se me oprime el pecho. Miro el suelo porque mirarlo no ayuda.

—Entré en pánico —digo—. Pero ya me disculpé.

—Lo sé, pero ahora estás celosa de Marina —me recuerda—. Por favor, no hagas eso. Por favor, dame una oportunidad. —Lo dice tan bajo que casi no lo oigo.

Mantengo la vista en las baldosas. —Nunca he estado con alguien solo una noche y no sabía qué más decir.

No dice nada.

—Si hubieras actuado como yo esperaba, habría estado bien —continúo—. Si hubieras bromeado o insistido, habría sabido qué hacer. Pero no lo hiciste.

Se me calienta la cara.

Cuando por fin alzo la vista, me observa como si temiera que un movimiento en falso hiciera que me cerrara por completo.

Hombre listo.

—No debería haber dicho eso. Lo siento. —Hago una pausa—. Lo de que olvidarías mi nombre.

Algo cambia en sus ojos.

Oímos a alguien acercarse por el pasillo; sus tacones repiquetean contra el suelo.

Abro mucho los ojos.

Logan se mueve deprisa. Un segundo estoy junto a los lavabos. Al siguiente, me agarra de la muñeca y tira de mí hacia atrás.

—¿Qué haces? —pregunto entre dientes.

—Evitar que nos convirtamos en el espectáculo de la cena. —Abre la puerta del cubículo más cercano, entra y me hace pasar con él.

CAPÍTULO TRECE

LENA

Regla n.º 13: Si es el mejor beso de tu vida, el lugar es un detalle técnico.

El cubículo apenas tiene espacio para una persona con dignidad, y mucho menos para dos con un historial de momentos inoportunos y un autocontrol aún peor.

La puerta se cierra a nuestra espalda con un clic.

Lo miro fijamente. —Esto es una locura.

—Probablemente —murmura Logan.

Está tan cerca que noto el calor que desprende, tan cerca que, si respiro demasiado hondo, percibo su colonia, el aroma limpio del jabón y algo inconfundiblemente suyo.

Fuera del cubículo, unos tacones se detienen cerca de los lavabos.

Apoyo una mano contra el pecho de Logan por puro instinto, como si así pudiera obligarlo a guardar silencio. Él baja los ojos hacia mi mano.

Siento su pecho firme bajo la palma y la camisa tersa y cálida, y de pronto soy consciente de todo a la vez. Del poco espacio que hay entre nosotros. De que sus hombros casi me ocultan el resto del cubículo. De que una de sus manos, la misma con la que tiró de mí para traerme aquí, todavía me rodea la muñeca con suavidad. De que su respiración no está más calmada que la mía.

Oigo voces de mujeres. —Dios mío, ¿viste la cara de Bennett cuando miró a Sienna?

Logan vuelve a alzar la mirada hacia mí. Ninguno de los dos se mueve.

Debería decir algo mordaz. Algo ingenioso. Algo que suene a mí y no a la mujer que ahora mismo se esconde en el cubículo de un baño con Logan Whittaker después de que él le haya dicho que le gusta.

Solo ella.

Trago saliva y susurro: —Esto es culpa tuya.

Esboza una sonrisa. —Tú huiste.

—Tú me seguiste hasta un baño.

—Parecía que estabas a punto de escapar a otro estado.

Me muerdo la mejilla para no reírme.

Las mujeres que están junto a los lavabos se ríen. Se oye correr el agua. Un bolso golpea la encimera.

Logan se inclina hacia mí. —¿Sigues intentando escapar de mí, Lena?

Odio que la respuesta se me atasque en la garganta.

No aparta los ojos de los míos. —Llevo tanto tiempo queriendo besarte que hasta me da vergüenza. Y hoy, cuando por fin lo hice, no sentí alivio porque pensabas que era algo casual.

Dejo de respirar. Trago saliva y lo miro sin parpadear. Sus ojos bajan a mi boca durante un segundo antes de volver a los míos.

Debería recordarle dónde estamos, quién hay fuera, qué ocurre mañana y qué podría pasar si alguien nota que los dos hemos desaparecido al mismo tiempo.

Pero estoy cansada de fingir que no deseo esto. Cansada de actuar como si mantenerme lejos de él me hubiera protegido.

Levanta la mano lo bastante despacio para que pueda detenerlo si quiero. Sus dedos me tocan la barbilla, apenas un roce al principio, cálidos y cuidadosos. Esa ternura casi me desarma.

—Lena —dice, y mi nombre en su boca ya no suena a advertencia ni a discusión. Suena firme. Seguro—. Antes de volver a besarte, necesito saber que entiendes que para mí esto no es casual.

Cada nervio de mi cuerpo despierta. Su pulgar se desliza una sola vez, con suavidad, por la línea de mi mandíbula.

Sigo oyendo a las mujeres de fuera, las cremalleras de sus bolsos al abrirse y cerrarse y el chirrido de un grifo.

Mi voz sale entrecortada. —Lo entiendo.

Sus ojos se oscurecen. Entonces tiro de él hacia mí.

Este beso es aún mejor que el que nos dimos en la habitación del hotel.

Su boca está cálida y segura contra la mía, y el ángulo me obliga a inclinar la cabeza hacia atrás contra la pared del cubículo. La fría mampara metálica me presiona entre los omóplatos, pero todo lo demás en mí es calor.

Su mano en mi cuello. Mis dedos se cierran sobre su chaqueta. La descarga de adrenalina, alivio y deseo que me golpea de una sola vez.

Aprieto las piernas. Le devuelvo el beso con mucha menos elegancia de la que preferiría. De inmediato. Por completo. Sin nada de la serenidad que he fingido tener toda la noche.

Apoya la mano libre junto a mi cabeza y todo mi cuerpo se despierta. Mi corazón late desbocado. A estas alturas, el labial está destrozado, sin duda, y ese pensamiento absurdo me cruza la mente justo antes de que su boca vuelva a moverse y me borre de la cabeza toda idea coherente.

El beso cambia. Se vuelve más profundo, más hambriento, como si aprendiera qué me hace acercarme y qué me corta la respiración.

Se me escapa un leve gemido contra su boca.

Su pulgar se desliza por un lado de mi cuello. Suelto su chaqueta para hundirle una mano en el cabello y, en cuanto mis dedos se enredan en él, a Logan se le corta la respiración.

Esa reacción diminuta casi me hace perder el control.

Lo hago de nuevo y esta vez él interrumpe el beso durante medio segundo, apoya la frente en la mía, cierra los ojos y respira con fuerza.

Fuera del cubículo, una de las mujeres se ríe a carcajadas.

Ninguno de los dos se mueve.

Entonces abre los ojos y algo de lo que ve en mi rostro le arranca una expresión ardiente e indefensa.

—Lena —dice, como si todavía no pudiera creer que yo le devuelva el beso.

No le doy tiempo para decir nada más.

Vuelvo a besarlo.

Su mano desciende desde mi nuca hasta mi cintura y allí abre los dedos, firmes y seguros. Me atrae hacia él hasta que ya no queda ningún espacio entre nosotros.

Ah.

Está duro.

Entonces la puerta del baño se abre y se cierra, y por fin las voces se pierden en el pasillo.

Él rompe el beso primero, como si continuar pudiera matarlo. —Te deseo tanto que voy a venirme en los pantalones, Lena —gime, todavía aferrado a mi cintura con ambas manos como si yo pudiera desaparecer.

—Así que esto es muy romántico o estamos en el peor lugar posible de la historia —digo, porque, por lo visto, soy incapaz de callarme a tiempo.

Suelta una risa suave y entrecortada, tan cerca que me roza los labios. —Un poco de ambas cosas.

Mantiene la frente apoyada en la mía mientras recobramos el aliento.

—Podemos parar aquí —dice—. Volver a la cena. Hablar después.

Le toco la cara. —No quiero parar.

Busca algo en mi mirada. —¿Estás segura?

—Estoy segura de que quiero volver contigo a la habitación.

Dos minutos más tarde, lo sigo hasta el pasillo con el labial destrozado y sin creer ya que las reglas puedan contener esto.

CAPÍTULO CATORCE

LENA

Regla n.º 14: Nunca escribas reglas que, en secreto, deseas romper.

Avanzamos por el pasillo demasiado deprisa para parecer despreocupados. No deja de tocarme. Sigo aferrada a su muñeca, como si temiera que desapareciera en cuanto lo suelte.

Ninguno de los dos dice una palabra.

Cuando llegamos a nuestra habitación, Logan abre la puerta, tira de mí hacia dentro y la cierra de una patada a nuestra espalda.

Logan mira la puerta. Después me mira a mí. —¿Se acabó fingir?

—Se acabó fingir.

Cruza la habitación en dos pasos.

Este beso es distinto del anterior. Más lento al principio; después, de lento no tiene nada. Le saco la chaqueta de los hombros de un tirón. Él deja que caiga. Mis dedos se pelean con sus botones, torpes e impacientes, mientras sus manos encuentran la cremallera de la espalda de mi vestido.

—Dime si quieres que vaya más despacio —dice contra mi boca.

—No quiero.

Se le corta la respiración.

Consigo desabrocharle la camisa y la abro de un tirón porque necesito piel. Necesito pruebas. Él me ayuda y luego vuelve a la cremallera de mi vestido.

La cremallera baja. El vestido cae.

Se queda inmóvil un segundo más de la cuenta.

—Logan.

—Estoy mirando —dice con la voz baja y áspera.

—Ya me di cuenta.

Alza los ojos hacia los míos. —Me he pasado el día entero sin mirar.

Se me oprime el pecho. Sonrío.

Yo lo toco primero. Los hombros. El pecho. El abdomen firme. El botón del pantalón.

Cierra la mano sobre la mía. —Lena.

—¿Qué?

Suelta una risa grave y tensa. —Me estoy esforzando muchísimo por ser decente.

—No te estoy pidiendo que seas decente.

Sus ojos se oscurecen. Sostiene mi mirada mientras le desabrocho el cinturón.

—Entonces, para ser sincero —dice—, he pensado en esto demasiadas veces para fingir que estoy tranquilo.

Se me acelera el pulso. —Bien.

Le bajo el pantalón y él me acomoda sobre su regazo, con mis rodillas a ambos lados de sus caderas. Lo noto caliente contra mí a través de la fina tela que todavía llevo puesta, y mi respiración se vuelve irregular.

Apoya las manos en mis muslos y gime contra mi boca.

Muevo las caderas contra él y sus dedos se cierran con más fuerza.

—Mierda —dice, dejando caer la frente sobre mi hombro—. Hazlo otra vez.

Y eso hago.

Su boca se desplaza hasta mi cuello. Mis manos se hunden en su cabello. La habitación se reduce a su respiración, su piel y el sonido ahogado que emite cuando vuelvo a moverme contra él.

Me besa la garganta, el centro del pecho y la curva de uno de mis pechos, y yo me arqueo hacia él porque puedo. Porque quiero. Porque esta vez no hay ningún chiste esperando en mi boca. Solo los jadeos temblorosos y entrecortados que no deja de arrancarme.

Su lengua traza círculos lentos y deliberados alrededor de mi pezón, y jadeo mientras le agarro el cabello con más fuerza.

—Ese sonido —murmura, alzando la vista hacia mí con los ojos entornados—. Déjame oírlo otra vez.

Sonrío.

Baja la cabeza y cierra la boca sobre mi pezón, rozándolo con la lengua y succionándolo con los labios hasta que me arqueo sin poder evitarlo y se me escapa el sonido que desea, ese que ni siquiera sabía que llevaba dentro.

—Perfecto —dice contra mi piel, con la voz quebrada—. Eres perfecta.

No se detiene en mi pecho. Su boca sigue descendiendo por mis costillas y mi vientre, besándome la piel, y se detiene cuando se me corta la respiración. Sus manos recorren mis costados como si intentara aprender exactamente qué me hace reaccionar.

—Dios, eres hermosa —dice mientras me besa el hueso de la cadera.

Desliza las manos bajo mis muslos y los separa. Se acomoda entre ellos y levanta la vista hacia mí. —Necesito oírte cuando te vengas para mí.

El aire se me escapa en una bocanada entrecortada. Asiento, incapaz de hablar, y me aferro a sus hombros mientras baja la cabeza entre mis muslos.

Su lengua se desliza sobre mí, lenta y segura, y mi espalda se arquea y se separa de la cama.

—Eso es —murmura, con el aliento caliente contra mi piel—. Déjate llevar por mí.

Cada pasada de su lengua es segura y cuidadosa. Justo cuando empiezo a temblar, reduce el ritmo y succiona con suavidad, arrancándome, uno a uno, sonidos cada vez más desesperados.

Me mira desde abajo por entre el cabello revuelto.

—Mierda, Lena —dice contra mí—. No tienes ni idea.

Se me escapa un gemido suplicante. —No pares.

Su sonrisa es puro pecado. —No pienso parar.

Sigue lamiendo y besando, primero con suavidad y después con más firmeza, mientras sus manos me mantienen en mi sitio.

Gimo, cada vez más fuerte.

—Logan. —Su nombre sale de mí como una súplica.

Gime y hunde los dedos en mis muslos como si necesitara esto tanto como yo.

Me retuerzo entre las sábanas, indefensa bajo la presión y el calor, y mis dedos vuelven a encontrar su cabello.

—Me encanta oírte —murmura con voz áspera y hambrienta, justo entre mis muslos—. Podría quedarme aquí toda la noche.

Sin dejar de lamerme, desliza un dedo apenas dentro de mí. La combinación hace que mis caderas se muevan contra su boca y la presión borra todos mis pensamientos.

El calor se concentra cada vez más dentro de mí.

Lo siente. Lo sabe. Lo desea.

—Eso es, cariño —dice—. Déjate llevar. Déjame sentir cómo te vienes.

Y entonces lo hago. Me vengo con fuerza, arqueando el cuerpo y cerrando los muslos alrededor de su cabeza. Él pronuncia mi nombre con voz ronca y entrecortada mientras me aferro a él y dejo que el orgasmo me recorra por completo.

Sube por mi cuerpo, esta vez con besos lentos y prolongados; tiene la boca aún mojada por mí cuando llega a mis labios.

—No tienes ni idea de lo que me haces —dice en voz baja, y siento que sonríe, con la ternura y el hambre unidas en el beso.

Cuando nos hace girar y vuelve a recostarme en la cama, estoy temblando.

Nos quita la poca ropa que todavía llevamos; sus manos están por todas partes y me tocan como si quisiera conocer cada centímetro de mi cuerpo.

—Me vuelves loco —murmura contra mi garganta—. Necesito sentirte y oír cada sonido que haces.

Me besa los nudillos y después saca un condón del cajón. Lo observo mientras se lo pone sin apartar los ojos de los míos.

Se coloca despacio sobre mí, apoyando una mano junto a mi cabeza.

—Esto no es casual —me recuerda, como si pudiera olvidarlo.

—Lo sé.

Se hunde en mí con un movimiento lento y deliberado; la presión húmeda y gradual con que me abre me deja sin aire.

No aparto la vista. Necesito verlo entero: cada destello en sus ojos, todas las formas en que se desmorona conmigo.

La mandíbula se le tensa mientras sostiene mi mirada. Siento una punzada intensa cuando se hunde un poco más, y luego otro poco, hasta quedar por completo dentro de mí.

A mí también se me tensa la mandíbula. La sensación resulta abrumadora. Sé exactamente qué significa esto. Todo lo que no dijimos por fin se vuelve real.

Se detiene, enterrado dentro de mí, inmóvil, jadeando contra el hueco de mi garganta. Sus dedos se cierran sobre mis caderas como si necesitara anclarnos a los dos. Tiene las sienes perladas de sudor.

Por un momento, solo existen la presión de nuestros cuerpos, el calor entre nosotros y el hecho de que, después de tanta espera y tanta negación, por fin estamos aquí.

Le rodeo la cintura con las piernas y las subo todo lo posible; hundo los talones en la base de su columna, instándolo a acercarse.

Lo necesito más cerca.

Más.

Siempre más.

—Muévete —digo con la voz baja y ronca.

Gime y apoya la frente en la mía. —Así me cuesta muchísimo pensar.

—Bien.

Entonces empieza a moverse.

Al principio mantiene un ritmo cuidadoso, con embestidas lentas; sus caderas se hunden un poco más a cada movimiento. Cada roce dentro de mí es tan intenso que hace que se me curven los dedos de los pies entre las sábanas.

—Dios —gime, con la voz ya a punto de quebrarse—, estar dentro de ti es increíble.

Me sujeta con ambas manos: una por detrás de la rodilla y la otra en el hombro.

Me agarro a su espalda y le hundo las uñas, trazando líneas sobre la piel resbaladiza de sudor hasta sus caderas. Necesito sentir

cómo pierde el control, verlo dejar de contenerse por completo.

Cuando levanto las caderas contra él, hambrienta de más, se me escapa un jadeo agudo y él embiste con más fuerza, como si mi placer le hiciera perder el control.

Ya no tiene tanto cuidado.

El aire se llena del sonido de la piel contra la piel, de maldiciones entrecortadas y de las palabras que pronuncia entre jadeos junto a mi oído.

—Mía —dice con voz áspera—. Mierda, me encantan los sonidos que haces.

Ahora cada embestida es más fuerte, menos contenida, y sus caderas se hunden hasta el fondo. Mis manos recorren su espalda y bajan después hasta sus caderas para atraerlo más cerca.

Ya no hay nada de educado en esto. Ninguno de los dos se contiene.

Mi boca encuentra su hombro y lo muerdo. Él se estremece con fuerza y después desliza la boca por mi mandíbula con tanta intensidad que me hace jadear.

Nuestros cuerpos se enredan. Hundo una mano en su cabello mientras tiro de él hacia abajo y mis muslos rodean sus caderas. Me impulso hacia arriba para recibir cada embestida desesperada, buscando el ángulo, ávida y necesitada, ebria de la sensación de tenerlo dentro.

Entre besos profundos y desordenados, murmura elogios entrecortados contra mi sien.

—Qué bien —dice—. Mierda, Lena. No me canso de ti.

Se aparta para mirarme, me sujeta la barbilla y clava en mí su mirada oscura.

—Mírame —dice entre embestidas.

Obedezco con los ojos muy abiertos y bajo la guardia por completo.

—Dime que me deseas —dice sin que su ritmo vacile, con voz tensa y casi desesperada.

Le hundo las uñas en la piel y levanto las caderas para sentirlo más adentro.

—Te deseo —consigo decir con voz fuerte y áspera, sin una pizca de vergüenza.

Él se estremece y embiste con más fuerza. —Otra vez.

—Dios, Logan, te deseo.

Cada palabra me hace temblar de arriba abajo y aumenta la tensión.

Mueve las caderas y se hunde aún más. —No pares.

—Te deseo, Logan, te deseo...

Me corta la frase con un beso, enreda la lengua con la mía y se traga cada sonido. Después cambia el ángulo de sus caderas hasta que su pene presiona justo contra ese punto dentro de mí.

El placer estalla por todo mi cuerpo.

—Ahí —jadea, y la voz se le rompe en la palabra—. Mierda, eso es, preciosa. Justo así.

Mi cuerpo se cierra alrededor de él en espasmos frenéticos. Siento que el orgasmo se acerca. Está tan cerca que podría gritar.

Desliza una mano entre nuestros cuerpos húmedos, encuentra mi clítoris con los dedos, traza círculos y lo acaricia en perfecta sincronía con sus embestidas. He perdido la compostura. Ya no me callo: suplico y no contengo ni un solo gemido.

—No pares —jadeo al borde del abismo, con todos los músculos tensos por la anticipación.

—No lo haré. No puedo —susurra, apretando la frente contra la mía—. Vente para mí.

Me vengo con un grito, temblando debajo de él y aferrándome a su espalda mientras el orgasmo me atraviesa. Todo mi cuerpo se tensa y después se relaja, sacudiéndose bajo el suyo.

Hunde el rostro en mi garganta mientras mi cuerpo aún se sacude, sigue moviéndose, acompaña cada estremecimiento y susurra mi nombre una y otra vez.

Poco después, sus embestidas se vuelven frenéticas y sus caderas golpean contra mí hasta que se viene dentro del condón. Su voz es gutural; mi nombre suena áspero y desesperado en sus labios, como un secreto que por fin puede decir en voz alta.

Se desploma sobre mí mientras los dos respiramos con fuerza, con los cuerpos pegajosos de sudor y de todo lo que nunca dijimos.

Le acaricio el cabello con los dedos temblorosos y le recorro despacio la columna con las yemas mientras se recupera.

Por fin levanta la cabeza. Su pulgar me roza la mejilla; su mirada es suave y atónita.

—Me destrozas —dice con voz ronca.

Sonrío y tiro de él para darle otro beso.

—Bien —susurro—. Nunca voy a parar.

Suelta una risa grave, todavía sin aliento, y esconde el rostro en mi cuello.

En el silencio, por fin entiendo lo único que llevo todo este tiempo evitando admitir.

Nada de esto es casual.

Y no tengo ni idea de qué se supone que debemos hacer con esto.

Durante varios minutos, ninguno de los dos se mueve.

Entonces Logan se levanta con cuidado de encima de mí y anuda el condón. La ausencia de su cuerpo me deja fría más deprisa de lo que debería.

Se da cuenta. Por supuesto que sí.

—Quédate —dice mientras me cubre con la sábana antes de desaparecer en el baño.

Oigo correr el agua del grifo. Miro el techo y espero que llegue el pánico.

Este es el momento en que la historia suele cambiar. Los cuerpos se separan. Alguien busca la ropa. Se instala un silencio y se llena de todo lo que ambos estaban evitando.

Logan vuelve con un paño tibio y una botella de agua del minibar. Se detiene junto a la cama. —¿Puedo?

La pregunta me provoca una punzada en el pecho.

Asiento.

Me limpia con suavidad, sin convertir la ternura en un chiste. Cuando termina, deja caer el paño cerca de la puerta del baño y vuelve a meterse bajo la sábana.

—Agua —dice al entregarme la botella.

—Eres mandón después del sexo.

—Soy arquitecto. La hidratación es estructural.

Bebo porque tengo la boca seca y porque el chiste es lo bastante suave como para dejarme respirar.

Toma la botella después de mí y luego saca del cajón una barrita de proteínas que había comprado antes. Se ha derretido un poco con el calor.

—Romanticismo —digo.

—Chocolate con mantequilla de maní. El sabor oficial de las consecuencias emocionales.

La compartimos. Caen migas sobre la sábana. Logan me quita una de la comisura de la boca con el pulgar y esa intimidad casi me asusta más que el sexo.

—¿Qué estás pensando? —pregunta.

—Que deberían pagarle más al personal de lavandería del hotel.

—Lena.

Bajo la mirada hacia el envoltorio que tengo en la mano. —Estoy esperando el momento en que empiece a arrepentirme.

Su cuerpo se queda inmóvil junto al mío.

—No por ti —añado deprisa—. Porque siempre espero que aparezca la trampa —admito.

No me dice que sea irracional.

—Mi padre sufrió un infarto cuando yo tenía veintitrés años —dice.

Lo miro.

—Sobrevivió. Ahora está bien. Pero aquella noche Bennett se derrumbó, mi madre se derrumbó y yo seguí haciendo chistes en urgencias hasta que el personal de enfermería me pidió que me fuera. —Se le tuerce la boca—. Creía que, si todos se reían, nadie se daría cuenta de que estaba aterrorizado.

La confesión es tan inesperada que no puedo hacer otra cosa que escuchar.

—Todavía lo hago —dice—. Normalmente cuando algo importa demasiado. Así que, si alguna vez pensaste que a mí me resultaba más fácil abrirme, no es así. —Me roza la frente con los labios—. Solo estoy cansado de tener miedo todo el tiempo.

CAPÍTULO QUINCE

LOGAN

Regla n.º 15: Si dices que importa, prepárate para demostrarlo a plena luz del día.

La luz de la mañana cae sobre el cabello de Lena, que se extiende sobre mi pecho.

Está tendida encima de mí, con un brazo cruzado sobre mi cintura, una pierna enredada con la mía y la mejilla apoyada en mi clavícula. Serena como nunca la he visto. Su calor podría convertirse demasiado deprisa en una costumbre.

Durante unos minutos, me permito disfrutarlo.

Felicidad.

Una mañana tranquila.

Ella.

Entonces mi cerebro por fin reacciona.

Una parte de mí todavía espera que Lena entre en pánico. No porque anoche me diera motivos. Porque la deseo desde hace tanto que ya sé que la esperanza puede convertirme en un idiota.

Quiero más mañanas. Esa es la parte aterradora. No una hora robada más antes de la boda, sino todas las mañanas corrientes que vendrán después.

Se remueve, cambia de posición y gime cuando la luz del día le cruza el rostro en diagonal. Aun así, no se aparta.

En cambio, sus dedos trazan círculos perezosos por mi estómago y todo mi cuerpo lo interpreta mal.

Abre un ojo. —Tu cara hace mucho ruido por la mañana.

Resoplo y la acerco un poco más. —Esa no es una dolencia reconocida por la medicina.

—Debería serlo. —Sonríe, todavía adormilada. Tiene el cabello alborotado. Ya no lleva maquillaje. No tiene preparada ninguna broma mordaz. Tampoco parece estar planeando una huida rápida.

Ninguno de los dos sigue fingiendo.

Me estudia un instante y después aparta la mirada, como si intentara decidir cuánta sinceridad puede permitirse antes del desayuno.

—Lo de ayer fue agradable —dice.

Me río. —¿Agradable, eh?

Aprieta los labios. —No empieces.

—No empiezo nada. Solo me aseguro de haber oído bien. —Deslizo los dedos por su columna—. Agradable.

Pone los ojos en blanco, pero ahora tiene las mejillas sonrojadas. —Bueno, está bien. Fue el mejor sexo de mi vida. ¿Contento?

Muchísimo.

Peligrosamente.

En una puta nube de felicidad.

Le sujeto la nuca y tiro de ella hacia abajo para besarla. Emite un sonido suave contra mi boca, mitad risa y mitad rendición, y la mañana cambia de ritmo. Piel cálida. Sábanas revueltas. Su mano recorre mi pecho.

Cuando me aparto un poco, ella se queda cerca, con los labios todavía rozando los míos.

—No puedo creer que me haya perdido tres años de sexo así y que no me dijeras nada.

La miro, atónito, y suelto el aire de golpe.

Continúa: —Ahora me debes unos dos mil orgasmos.

—¿Dos mil, eh? —Sonrío, completamente rendido ante ella—. Parece una deuda seria.

—Lo es. —Apoya la barbilla en mi pecho y me mira. Todavía sonríe, aunque bajo la sonrisa asoma cierta cautela—. Pero hablo en

serio. ¿Por qué no me lo dijiste?

Deslizo los dedos por su columna, más despacio ahora. —Porque hice que te resultara más fácil odiarme.

Su expresión se suaviza. —Yo no te odiaba.

Le lanzo una mirada. —Lena.

Gime y deja caer la cara sobre mi pecho. —Está bien. Disfrutaba odiándote. Hay una diferencia.

Me río y siento su sonrisa contra la piel.

Entonces vuelve a levantar la cabeza. —Pero en serio. Ni siquiera me diste una pista.

—Mis indirectas fueron malísimas.

—Coqueteabas. No es lo mismo. —Apoya la barbilla en mi pecho y ahora me observa con atención. Tiene el rostro demasiado cerca y la expresión demasiado vulnerable, y no quiero estropear esto antes del desayuno.

—Cuando te conocí, estabas con Trevor —digo—. Y al principio no me di cuenta de que me estaba enamorando de ti. Solo sabía que me fijaba demasiado en ti.

—¿Cómo que te fijabas demasiado?

—Desde la primera vez, en el cumpleaños de Bennett. Ese restaurante horrible de los cócteles azules. Tú le dijiste a un tipo de nuestra mesa que se disculpara con la camarera.

—¿Te acuerdas de eso? —Frunce el ceño—. Fue muy grosero.

—Lo fue. También pasaste treinta minutos arreglándole el pendiente a Sienna en el baño porque estaba nerviosa por conocer a la familia.

Sonríe. —Sigue.

Mis dedos recorren su columna con más lentitud. —No dejaba de repetirme que no era el momento adecuado.

Lena me observa en silencio.

—Era fácil decirlo cuando estabas con Trevor. Podía obligarme a ser decente porque había una línea clara. Tú estabas con otra persona. Fin de la historia. —Exhalo—. Después de que rompieras con él, la línea desapareció, y eso fue peor.

Frunce el ceño. —¿Peor?

—Porque entonces era yo quien elegía no decir nada. —Vuelvo a mirarla—. Ya no había ningún novio a quien culpar, y yo me habría convertido en otra cosa más de la que tuvieras que ocuparte.

Su expresión se suaviza, pero su voz sigue siendo cautelosa. —¿Creías que te vería de esa manera?

—Creía que estabas agotada. —Mi mano se inmoviliza sobre su espalda—. Pasaste demasiado tiempo gestionando el drama de Trevor. Cuando todo terminó, parecías aliviada. No quería aparecer de pronto con todo lo que sentía y convertirlo en un problema más para ti.

Traga saliva. —Tú no habrías sido un problema.

—Ahora lo sé.

—Deberías habérmelo dicho.

—Lo sé.

Me estudia otro instante y después vuelve a apoyar la mejilla en mi pecho. —Bien. Mientras los dos estemos de acuerdo en que lo hiciste mal.

Me río y la rodeo con un brazo. —Estoy aprendiendo a vivir con la vergüenza.

Siento su sonrisa contra la piel y nos quedamos exactamente así.

Sin mantener una distancia prudente.

Sin muro de almohadas.

Sin reglas.

—¿Mantenemos lo nuestro en secreto hasta después de la boda? —Levanta la vista—. Solo porque Sienna se merece un día en que nadie más se convierta en el centro de atención.

Asiento, pero una parte de mí aún necesita preguntar: —¿No es porque te avergüenza que nos hayamos acostado?

—No, Logan. —Sonríe—. Nunca imaginé que pudieras ser tan sensible.

No puedo evitar sonreír. Debería sonar como un insulto, pero, por alguna razón inexplicable, en su boca suena dulce.

Me toca la mandíbula y su pulgar roza el lugar donde nace mi sonrisa.

—Es solo que no quiero añadirle otra crisis a Sienna cuando ya está a un error tipográfico de cometer un delito grave.

Le sostengo el rostro entre las manos y la beso despacio para alargar la mañana todo lo posible.

—Deberíamos hacer un plan de verdad —digo.

Levanta las cejas. —¿Más allá de los dos mil orgasmos?

—Soy ambicioso, no imprudente. —Trazo la curva de su hombro —. Desayuno el lunes. A las diez. Hay una cafetería cerca de tu oficina con un café horrible y unos panqueques excelentes.

—¿Sabes dónde está mi oficina?

—He recogido a Sienna allí.

—Esa respuesta ha sido decepcionantemente poco inquietante. —Sonríe.

Entonces suena su teléfono.

Cierra los ojos. —De ninguna manera. —Gime, toma el teléfono y lee en voz alta—. Ya ha llegado el grupo de reemplazo. Es un trío de jazz llamado The Nuptial Trombones, los Trombones Nupciales. —Mira la pantalla. Después, a mí—. Son cinco. Ninguno toca el trombón.

Nuestra risa llena la habitación y hace que me resulte aún más difícil dejarla marchar.

—¿Salvar una boda —dice mientras se incorpora y busca su bata — o quedarme en la cama contigo?

—Si te vas —digo, sujetándola por la muñeca—, quizá tenga que presentar una queja formal por crueldad emocional.

Se inclina y besa el punto justo debajo de mi mandíbula. —Sobrevive a la boda, Whittaker. Después podrás quejarte todo lo que quieras.

Se mete en el baño y la observo marcharse. Por primera vez en mi vida, la mañana siguiente no parece un final.

Parece el primer día del resto de mi vida.

CAPÍTULO DIECISÉIS

LENA

Regla n.º 16: Un secreto puede proteger un momento o envenenarlo. Aprende a distinguir una cosa de la otra.

El cielo está pálido y limpio, como recién lavado. El jardín está cubierto de hojas de palmera, una sección de la plataforma de la ceremonia sigue húmeda y un pavo real ha declarado suyo el puesto del servicio de estacionamiento. Aun así, las carreteras vuelven a abrirse, el camión de la pastelería avanza y las rosas de reemplazo llegan a las 6:14 de la mañana.

Son de color rosa pálido, no marfil.

Decido que se parece lo bastante a la paz.

A las ocho, la suite de la novia está llena de vapor, brochas de maquillaje, fundas para ropa y mujeres que fingen que el champán cuenta como desayuno. Me muevo por la habitación con el kit de emergencia abierto sobre el tocador, pero algo ha cambiado. Cuando una dama de honor pregunta dónde está la cinta adhesiva para ropa, me limito a señalarla en vez de ir a buscarla. Cuando la tía Celeste exige que inspeccione las rosas en busca de «energía de funeral», le digo que están vivas y, por tanto, quedan descalificadas.

Mi teléfono sigue boca abajo junto al rizador de cabello.

Progreso.

Sienna me ve sonreír al espejo y comenta: —La mañana de la boda te sienta sospechosamente bien.

—Estoy encantada con las preciosas rosas.

Nuestras miradas se encuentran en el espejo y ella insiste: —Soy la novia. Tienes que contármelo sí o sí. Además, soy tu mejor amiga.

Primero llega el alivio. Después, la culpa. —No hay nada que contar. —La mentira es menor que la de ayer y, de algún modo, peor.

Mi teléfono vibra.

Durante un segundo esperanzado, creo que es Logan.

NÚMERO DESCONOCIDO

Vi las fotos de la boda. Pareces feliz. ¿Podemos dejar de comportarnos como desconocidos, por favor?

Debajo del mensaje hay un enlace. Sienna publicó una fotografía del ensayo. Estoy al fondo, junto a Logan; nos miramos en vez de mirar a la cámara.

Se me enfría la piel.

Aparece otro mensaje.

NÚMERO DESCONOCIDO

No intento interferir. Solo creo que deberíamos hablar antes de que tomes otra decisión impulsiva.

Impulsiva.

Trevor usó esa palabra una vez, cuando acepté mi empleo actual. El puesto pagaba más, ofrecía un horario mejor y exigía que dejara la empresa en la que trabajábamos los dos. Dijo que había sido una decisión impulsiva porque yo no le había pedido permiso antes de la entrevista final.

Mis pulgares se quedan suspendidos sobre la pantalla.

No vuelvas a contactarme.

Demasiado definitivo. Demasiado dramático, dice la voz de Trevor en mi cabeza.

Lo borro.

Este fin de semana no gira en torno a ti. Me ocuparé de recoger la caja después de la boda.

Demasiado complaciente.

También lo borro.

—¿Lena? —pregunta Sienna—. ¿Estás bien?

—Sí. —La palabra me sale sola.

Vuelvo a escribir.

No me contactes durante la boda. Envía la caja por correo a mi apartamento. No voy a reunirme contigo.

Pulso «enviar» antes de que pueda pulirlo tanto que acabe convertido en una rendición.

Los tres puntos aparecen de inmediato. Bloqueo el número. Me tiemblan las manos.

Sienna espera y al final pregunta: —¿Qué le dijiste?

—Que enviara la caja por correo y me dejara en paz este fin de semana.

—Bien.

—Dirá que soy una dramática.

—Es un imbécil.

Se me escapa una risa.

Sienna me toca el brazo. —¿Vas a contárselo a Logan?

La pregunta me toma desprevenida. —¿Por qué iba a hacerlo?

Su expresión se suaviza. —Porque eso que está pasando entre ustedes dos, sea lo que sea, podría importar.

La frase da en el blanco con una precisión incómoda. Me toma de la mano.

—Me gusta —admito.

A Sienna se le ilumina toda la cara. —Ya lo sé.

—No, me gusta de verdad.

—Y yo lo sé de verdad.

—Puede que me haya metido en un lío.

Sonríe. —Ya me lo imaginaba.

Le aprieto los dedos. —Después de la ceremonia.

—Después de la ceremonia —acepta, aunque su sonrisa indica que ya ha empezado a planear una cena para todos durante las fiestas.

La mañana se acelera a nuestro alrededor. Llega la persona encargada del peinado. Comienza el maquillaje. La tía Celeste pierde

un pendiente y lo encuentra dentro del sostén. Uno de los acompañantes del novio llama para avisar que el DJ de reemplazo ha traído una máquina de humo a pesar de las instrucciones explícitas de no crear fenómenos atmosféricos en interiores.

Contesto la llamada.

Antes de que pueda prometer que lo arreglaré, Sienna me quita el teléfono de la mano.

—Nada de máquina de humo —dice—. Pásame a Bennett. —Se aleja para ocuparse de uno de los problemas de su propia boda.

La observo mientras se marcha.

Mi teléfono vuelve a vibrar; esta vez aparece el nombre de un contacto.

LOGAN

Pensando en ti.

Sonrío a pesar del nudo bajo las costillas.

Tengo planes para ti después de la boda.

Su respuesta es inmediata.

Esa iba a ser mi próxima frase.

CAPÍTULO DIECISIETE

LENA

Regla n.º 17: Nunca des por sentada la estabilidad emocional durante el peinado de la novia.

Bolsa de maquillaje. Brochas. Horquillas. Laca para el cabello. Brillo de labios de emergencia. Lo básico para la supervivencia de una novia.

Mientras tanto, parece que la peluquera renunciará en el acto si oye un solo comentario más.

La tía Celeste va por la mitad de su evaluación del recogido de Sienna.

—Tiene aire de profesora suplente estricta —dice—. Y no precisamente con estilo.

Las manos de la peluquera empiezan a temblar.

Sienna mira su reflejo en el espejo y suplica: —Por favor, dime que mi peinado de novia no parece el de una profesora suplente.

—No lo parece —digo.

La tía Celeste entrecierra los ojos y dictamina: —Quizá de subdirectora.

La peluquera toma aire como quien está a punto de tomar una decisión que le cambiará la vida y dice: —Necesito un minuto.

Por lo visto, eso significa salir al pasillo con su kit y no volver durante diez minutos cruciales.

La habitación se desmorona deprisa. Rizadores que se enfrían. Horquillas por todas partes. Sienna frente al espejo, con el recogido a medias y una expresión de traición absoluta.

Me pongo en marcha antes de que cunda todavía más el pánico.

—Bien —digo mientras me coloco detrás de su silla—. Que nadie respire cerca del peinado.

Mientras trabajo, esta habitación se mezcla en mi memoria con otras del pasado.

Sienna a los siete años, sentada con las piernas cruzadas en el suelo de mi dormitorio mientras yo le quitaba un chicle del cabello con unas tijeras de cocina.

Sienna a los catorce, sosteniendo una linterna mientras yo reparaba el dobladillo del vestido para su primer baile con hilo negro porque era lo único que tenía mi madre.

Sienna a los veintidós, tendida a mi lado sobre las baldosas del baño después de mi primera pelea seria con Trevor, mientras me decía que el amor no debía hacerme sentir estúpida por necesitarlo.

Le creí cuando se trataba de todos menos de mí.

Siempre ha sido la más sensible de las dos en público, la mujer que llora con los anuncios y les pone nombre a las plantas de interior. La gente supone que eso la hace menos fuerte. No ve la entereza que hay debajo. Sienna se permite necesitar a los demás, lo que significa que también sabe estar a su lado cuando son ellos quienes la necesitan.

Llevo años llamando a eso sentimentalismo. Quizá fuera valentía.

Nuestras miradas se encuentran en el espejo y Sienna dice: —Lena.

—Yo me encargo.

Ocupo el lugar detrás de ella, con los dedos más firmes que el resto de mi cuerpo. Coloco horquillas, aliso y doy forma a su cabello como hacíamos con las muñecas Barbie cuando éramos niñas. En aquella época, nuestras novias llevaban colas de caballo torcidas y velos de papel higiénico. De algún modo, esto parece más peligroso.

Sienna me observa en el espejo. Por una vez, no bromea. Su ansiedad se suaviza y da paso a algo más sereno mientras trabajo.

Para esto sirven las mejores amigas, pienso. Gestión de crisis, apoyo emocional y laca.

Cuando termino, a Sienna se le escapa una risita y luego sorbe por la nariz.

Antes de que pueda darme las gracias, se vuelve en la silla, me agarra la muñeca y ordena: —Tu turno.

—Mi peinado ya está listo.

—Tu cara no.

Tira de mí hasta sentarme en el taburete vacío a su lado. Después, con la concentración solemne de una cirujana, me aplica corrector debajo de los ojos, donde la noche en vela ha dejado sombras.

—No tienes que arreglarme —digo.

—No intento arreglarte. —Aplica el producto con suavidad—. Te estoy cuidando. Es otro verbo.

La diferencia me sacude.

Toma mi labial rojo, lo examina y vuelve a dejarlo en su sitio. En cambio, saca del estuche profesional un labial de un tono rosa más suave.

—La armadura es preciosa —dice—. Pero quizá no la necesites durante todo el día.

Dejo que me aplique el color.

Cuando termina, me miro en el espejo. Sigo pareciendo yo misma. Con menos filo. No desprotegida.

Sienna sonríe a nuestro reflejo. —Ahí estás.

Alarga una mano y aprieta la mía.

—Lena, te quiero —dice en voz baja, casi llorando; probablemente sea ansiedad prenupcial, pero aun así me rompe el corazón—. De verdad te mereces a alguien que te quiera con la misma entrega con la que tú lo arreglas todo.

Me río y casi dejo caer una horquilla.

Pienso de inmediato en Logan. Sus manos. Su boca. La forma en que me miró esta mañana cuando preguntó si me avergonzaba de él.

La forma en que dije que no y lo dije en serio.

—Gracias. —Sonrío a mi mejor amiga y le aprieto la mano—. Si alguien merece un día perfecto, S, eres tú.

Le brillan los ojos. —No me hagas llorar. Mi delineador de ojos ya ha sufrido bastante.

—Entonces deja de decir cosas tan profundas mientras tengo objetos afilados en la mano.

Se ríe y, por una vez, parece que casi todo está bajo control.

Entonces alguien grita desde el pasillo: —¡El perro!

Corro hacia el pasillo. La niña de las flores ha soltado antes de tiempo a Max, el perro encargado de los anillos. Por suerte, todavía no lleva los anillos de verdad.

Max, un spaniel sobreestimulado, corre a toda velocidad por el vestíbulo del hotel arrastrando su almohada de seda y media guirnalda de flores. Ladra como si lo hubieran elegido personalmente para arruinar la ceremonia. Los parientes chillan. Unos conos de papel llenos de pétalos explotan bajo los pies.

Nivel cien de caos nupcial.

Intento atraparlo, pero una nube de pétalos me envuelve de inmediato.

—¡Max! —grito—. ¡Este no es tu momento!

Max no está de acuerdo. Pasa disparado junto a la mesa de bienvenida, gira bruscamente a la izquierda cerca de los ascensores y casi derriba al tío Todd, que lleva un plato sospechosamente grande de pastelitos.

Logan atrapa a Max sin que se le arrugue siquiera la camisa y está injustamente guapo para ser un hombre al que se supone que debo ignorar hasta después de la boda.

Alza las cejas y articula en silencio: «¿Estás bien?».

Le respondo del mismo modo: «No».

Su sonrisa se dibuja poco a poco. Una sonrisa que me dice que entiende que estoy abrumada, no infeliz. Que lo quiero a mi lado en cada momento caótico de este día.

Logan vuelve a dejar a Max en mis brazos y yo suelto el aire con fuerza mientras lucho contra el impulso de besarlo ahí mismo, delante de todos.

No quiero a Logan solo en privado.

También lo quiero en voz alta.

CAPÍTULO DIECIOCHO

LOGAN

Regla n.º 18: El humor no es una salida de emergencia, aunque la puerta esté perfectamente señalizada.

Mi madre me encuentra en la suite del novio con un spaniel en brazos, una guirnalda de flores desgarrada y un zapato color marfil que, al parecer, no pertenece a nadie. Contempla la escena sin inmutarse; su mirada pasa del zapato a la guirnalda y por último a Max, que intenta comerse mi flor de solapa.

—Pareces ocupado.

Max se estira y me lame la mandíbula.

Diane Whittaker tiene los mismos ojos oscuros que Bennett y la inquietante capacidad de lograr que el silencio parezca una solicitud formal de información. Me quita el zapato de la mano, le da la vuelta y examina la talla impresa en el interior.

—Tu padre te está buscando —añade al acercarse.

—¿Se está incendiando el edificio?

—No.

—Entonces puede disfrutar de la búsqueda, porque yo ya tengo bastante que hacer.

Su mirada se desvía hacia la puerta de la suite de la novia, que se cierra detrás de Lena y una de las damas de honor. Entonces dice: —Llevas años buscándola.

Casi dejo caer al perro. —No sé a qué te refieres.

—Pusiste esa misma cara después de romper la ventana de la señora Hanley cuando tenías doce años.

—¿Qué cara?

—Esa con la que decides que el encanto sale más barato que una confesión.

Max empieza a retorcerse contra mi pecho y se lo entrego a una dama de honor que pasa por allí antes de que pueda destrozar el resto de la guirnalda. Ella lo acepta con la expresión atormentada de quien acaba de recibir una granada de mano sin seguro y se apresura hacia los ascensores mientras la cola de Max le golpea el brazo.

—Bennett te lo contó —digo.

—Bennett no me ha contado nada. Ha estado demasiado ocupado preguntando si es legal pronunciar los votos leyendo unas notas en un teléfono. —Mamá se acerca y me alisa la solapa del esmoquin, aunque está impecable—. No eres sutil, cielo. Me alegro por ti.

—Lena cree que soy excepcionalmente sutil.

—Lena pasó años con un hombre que le enseñó a desconfiar de cómo interpretaba lo que sucedía a su alrededor.

Su franqueza me deja sin palabras. Los dedos de mi madre se inmovilizan sobre mi chaqueta y, cuando alza la vista, no hay acusación en su expresión; solo esa clase de preocupación que hace que mentir parezca inútil e infantil a la vez.

—No la castigues por necesitar tiempo para creer lo que tú ocultaste —dice.

—No lo hago.

—Bien. Y tampoco te castigues eternamente. Discúlpate. Cambia. Sigue adelante.

—Eso suena sospechosamente sano.

—Criar a un arquitecto es agotador —responde con una sonrisa.

No aparta la vista de mi cara hasta que empiezo a sentir que mantengo la sonrisa solo para ella.

—¿Qué? —pregunto.

—Lo estás haciendo ahora.

—¿Haciendo qué?

—Haciéndome reír para que deje de preguntarte si tienes miedo.

El ruido del pasillo parece retroceder. El personal sigue pasando a toda prisa junto a nosotros con flores, fundas para ropa y cajas de cristalería, pero entre mi madre y yo se instala un silencio inquietante.

Miro hacia la puerta cerrada de la suite de la novia.

—Sí —digo.

Mamá espera. Siempre me gana con el silencio.

—Tengo miedo. —Las palabras resultan vergonzosamente sencillas, desprovistas de cualquier detalle ingenioso capaz de protegerme—. Ella me desea. Lo sé. Pero sigue esperando la trampa, y una parte de mí cree que hace bien. Me pasé años asegurándome de que me malinterpretara.

A mi madre se le suaviza el rostro. —Entonces dale tiempo para reunir mejores pruebas.

—Lo intento.

Mi padre aparece en el otro extremo del pasillo con una funda para ropa, como si la mera existencia de la funda lo ofendiera personalmente.

Martin Whittaker puede negociar un conflicto laboral sin levantar la voz, pero una cremallera de plástico lo derrota siempre.

—Ahí estás —dice al llegar hasta nosotros—. Tu hermano ha decidido que odia su traje.

—Él eligió el traje.

La expresión de papá se endurece un poco. —Está nervioso, Logan. Cuando lo veas, no bromees al respecto.

El reproche me golpea más de lo que mi padre pretendía y mi propio miedo me pone de inmediato a la defensiva. —Sé lo que son los nervios. No soy un analfabeto emocional solo porque pueda terminar una frase sin llorar.

Se hace un silencio. Mamá aparta la mirada y a papá se le tensa la boca, pero no levanta la voz. —Eso no es lo que dije.

No, pero es lo que oí. El viejo hábito me ofrece varias salidas a la vez: una broma sobre la funda para ropa, un comentario sobre la corbata de Bennett, cualquier cosa que nos permita seguir adelante

sin admitir que reaccioné así porque se acercó demasiado a la verdad.

Respiro hondo. —Lo siento. Tenías razón y me puse a la defensiva.

Papá me observa durante un momento, asiente levemente y dice: —Gracias.

Así de sencillo. Reparar sin montar un espectáculo.

Pienso en Lena y comprendo por qué algo sencillo puede parecer imposible cuando a una persona nunca le han permitido practicarlo.

Nos llaman a la sala de fotos familiares antes de que podamos añadir nada. Durante los diez minutos siguientes, me quedo entre Bennett y mis padres mientras nos piden que parezcamos naturales bajo una iluminación fluorescente lo bastante intensa para revelar los pecados de la infancia.

Bennett se acerca un poco más sin alterar su sonrisa. —Tienes cara de estar esperando a alguien. —Me guiña un ojo.

La cámara se alza frente a nosotros y nos piden que sonriamos. Obedezco por reflejo y adopto una expresión agradable y vacía.

Mamá deja de sonreír. —Esa sonrisa es falsa.

La persona detrás de la cámara parpadea y la baja un poco. Papá se aclara la garganta a mi lado. —Se refiere a la postura.

—No me refiero a eso —añade mamá.

Bennett empieza a reírse y la risa contagia primero a papá y después a mamá. En la siguiente fotografía, cada uno está perdiendo la compostura a su manera. Bennett tiene los ojos cerrados, papá intenta no sonreír y mamá mantiene una mano apretada contra el pecho. Probablemente sea la única fotografía buena.

Mientras revisan la imagen, mamá me mira. —Lo real suele estar menos pulido.

Pienso en el labial más suave de Lena, en los mechones que se le escapan alrededor del rostro y en la forma en que me miró después de pedirme que me quedara. —Bien.

Las puertas del ascensor se abren y Marina sale con un maletín para documentos. Aminora el paso cuando nos ve a los cuatro reunidos fuera de la sala de fotos.

—Proyecto de restaurante. —Marina abre el maletín, saca una tarjeta profesional y me la entrega—. Prometo que no intento llevarme al padrino principal durante la boda. Solo quiero que le eches un vistazo cuando tengas tiempo.

—Claro —digo mientras acepto la tarjeta.

—Para que quede claro, coqueteé un poco durante el desayuno. Después te pasaste toda la conversación mirando cómo Lena untaba un croissant con mantequilla, así que lo entiendo. —Me sonríe.

Mamá se ríe. —Me gusta.

Le lanzo una mirada. —La conoces desde hace treinta segundos.

—Tomo decisiones rápidas. —Me guiña un ojo y Marina se ríe antes de seguir hacia el salón de baile, dejándome con mis padres y la incómoda certeza de que todo el hotel podría entender mi relación antes que Lena y yo.

Tengo que encontrar a Lena.

Dios, ya la extraño.

Mamá me agarra de la manga antes de que dé más de dos pasos. —Una cosa más.

Me vuelvo. —¿Qué?

—Cuando tengas miedo, díselo primero a ella. Sin bromas.

Sus palabras se me alojan bajo las costillas. Asiento una vez, porque cualquier otra respuesta se acercaría peligrosamente a convertir esto en uno de esos momentos.

CAPÍTULO DIECINUEVE

LOGAN

Regla n.º 19: Los padrinos principales no deberían fantasear en plena emergencia con las flores de solapa.

En algún momento entre perseguir a Max por el vestíbulo e intentar arreglarle la corbata a Bennett por tercera vez, me digo que no debo pensar en el vestido de Lena.

Ni en Lena sin él.

Por desgracia, mi cerebro se niega a respetar el horario del día de la boda.

Bennett está de pie frente al espejo cuando entro, completamente vestido salvo por la corbata, y mira su reflejo como si este acabara de darle una mala noticia.

La suite del novio está más silenciosa de lo que debería. Uno de los acompañantes del novio ha ido a buscar el zapato desaparecido. Otro protege los anillos para que Max no los alcance. El tío Todd duerme en un sillón con un paquete de almendras apretado contra el pecho.

—¿Estás bien? —pregunto.

Bennett me mira a través del espejo y responde: —No.

—Deja de moverte —le digo a Bennett mientras tiro del nudo para apretarlo.

—No me estoy moviendo. —De inmediato, ladea la cabeza hacia el espejo—. ¿Está torcida?

—Está torcida porque, al parecer, tu cuello intenta escapar de tu cuerpo.

Entrecierra los ojos al mirarse y protesta: —Soy el novio. Mi cuello está sometido a mucha presión.

Retrocedo y observo la corbata. Mejor. No perfecta, pero mejor.

En la mesa de al lado, las flores de solapa forman una triste hilera. Una está aplastada. A otra le falta el alfiler. Otra parece sospechosamente húmeda, y no quiero saber por qué.

Bennett ve que las miro y pregunta: —¿Vas a fulminar las flores con la mirada toda la mañana o esperas asustarlas para que se arreglen solas?

—Esperaba que el equipo de floristería demostrara algo de liderazgo.

—Una apuesta audaz. Anteayer enviaron lirios con aire de funeral.

—Tienes razón.

Se vuelve para tomar los gemelos, pero se detiene con uno a medio abrochar. Entrecierra los ojos al mirarme a través del espejo.

—¿Qué? —pregunto mientras tomo la flor de solapa menos estropeada.

—Llevas toda la mañana raro.

—Es tu boda. Todo el mundo está raro.

—No, me refiero a que tú estás más raro de lo habitual. —Consigue abrocharse el gemelo y me señala con el otro—. Pareces... tranquilo.

—¿Eso es sospechoso?

—¿En ti? Sí. —Me examina con más atención—. Espera.

No aparto la vista del tallo de la flor y le advierto: —Ni se te ocurra.

—Dios mío. —Ahora se vuelve del todo hacia mí, con el gemelo olvidado en la mano—. Ya se lo dijiste a Lena.

Atravieso el tallo con el alfiler. Estoy a punto de clavármelo cuando respondo: —Sí.

—¿Y? —La sonrisa de Bennett se dibuja despacio, como si hubiera tenido que subir por las escaleras.

Lo miro.

Alza las dos manos. —No me pongas esa cara de estreñido emocional. ¿Fue bien o mal?

—Bien.

—¿Hasta qué punto?

Miro hacia la puerta cerrada. Nadie escucha.

Aun así, bajo la voz. —Tuvimos sexo.

Bennett cierra los ojos y exhala como un hombre que acaba de recibir una noticia complicada que, sin embargo, no le desagrada del todo.

—Felicidades —dice.

Parpadeo. —¿Eso es todo?

Abre los ojos. —Perdona, ¿querías globos? Soy el novio. Hoy es mi día, pero también tengo que lidiar con una flor de solapa desaparecida y con un tío que no deja de intentar echar champán en una taza de café. No me queda margen emocional.

Me río.

Bennett se acerca y me planta una mano en el hombro. Su sonrisa se suaviza, pero los dedos se me clavan lo suficiente para que la advertencia quede clara.

—Me alegro por ti —dice—. De verdad. Pero, si le haces daño, Sienna te matará y yo estaré obligado por ley a ponerme del lado de mi esposa.

—No voy a hacerle daño a Lena.

—Te creo. —Me aprieta el hombro una vez más, me suelta y vuelve a pelearse con el gemelo—. Pero también te conozco. Te pones nervioso, haces una broma y entonces todo el mundo cree que no te importa.

Vuelvo a tomar la flor de solapa y la giro entre los dedos. —Me importa.

—Lo sé. —Bennett coloca el gemelo en su sitio y me mira a través del espejo—. Pero ¿ella lo sabe?

Abro la boca, pero no se me ocurre ninguna respuesta a tiempo.

Me señala. —Ahí está.

—Sabe más que ayer.

—Estupendo. No es lo mismo.

—Le dije que esto no era casual.

—Buen comienzo.

—Y esta mañana hablamos.

Bennett se aparta del espejo, de pronto mucho más atento. —¿Hablar de verdad? —pregunta, con un sarcasmo que no llega a serlo del todo.

—Sí.

—¿Con palabras?

—Así es como suelen funcionar las conversaciones.

—Contigo, no.

Suspiro y alargo la mano hacia su solapa. —Quédate quieto.

Obedece durante medio segundo y enseguida baja la vista hacia mis manos. —¿Qué dijo?

—Que quiere mantenerlo en secreto hasta después de la boda.

Enarca las cejas.

—Antes de que pongas esa cara —digo mientras paso el alfiler con cuidado—, dijo que era porque Sienna se merece un día en el que nadie más acapare los titulares.

Bennett se relaja. —Eso es muy propio de Lena.

—Lo sé —respondo, sin tener claro si intento convencerlo a él o a mí mismo.

Bennett baja la vista mientras termino de sujetar la flor. —Y, para que conste, agradezco que hayan decidido esperar. De verdad. Te quiero y me alegra que por fin hayas dejado de comportarte como un idiota trágico, pero hoy sigue siendo mi boda.

—Lo sé.

—¿Seguro? —Se endereza y me da dos golpecitos en el pecho con los dedos—. Porque, si tú y Lena convierten la ceremonia en la secuela de una confesión dramática en un pasillo, los arrojaré a los dos al estanque de los koi.

—¿Hay un estanque de koi?

—Ni idea. Ya encontraré uno.

Me río, pero él no, así que asiento y digo: —No estropearé tu boda.

—Gracias.

—Y no estoy jugando con ella.

—Eso también lo sé. —Baja la voz—. Ahora que ya se lo confesaste, no te escondas detrás del sarcasmo y las ocurrencias.

Miro la flor de solapa ya prendida. Bennett no sonríe.

—No dejo de pensar en todo lo que puede salir mal después de hoy —dice.

La flor de solapa sigue entre mis dedos.

—No con Sienna —añade enseguida—. No dudo de Sienna. Dudo de si sé cómo ser el esposo de alguien todos los días durante el resto de mi vida.

Ahí está. El miedo oculto bajo el gemelo perdido, las preguntas sobre la corbata y las bromas acerca de estanques de koi.

Es igual que yo: se esconde detrás del humor.

Dejo la flor. —No tienes que saber hoy cómo hacerlo todos los días —le digo.

Me mira.

—La conoces —continúo—. Sabes disculparte cuando te equivocas. Sabes que necesita café antes de tomar decisiones y una hora de silencio después del trabajo. Sabes que odia dormir con la puerta del armario abierta. Mañana aprenderás una cosa más.

—Eso suena sospechosamente maduro.

—Estoy pasando un fin de semana difícil.

Su risa es breve, pero real.

Me siento a su lado en el borde de la cama. —El matrimonio no consiste en una decisión perfecta, sino en muchas decisiones cotidianas que sigues tomando a conciencia.

—¿Eso te lo enseñó Lena?

—Tal vez.

Bennett se frota la cara con ambas manos. —¿Y si lo estropeo?

—Lo harás.

Deja caer las manos y responde: —Gracias.

—Sienna también. Entonces di la verdad, repara el daño y sigue adelante.

El tío Todd entra con demasiadas copas encima para saber siquiera dónde está.

—¿Son almendras? —pregunta, señalando el plato de Max.

—No —respondemos Bennett y yo al mismo tiempo.

Uno de los acompañantes del novio entra de golpe. —El pastel ya está aquí, pero el sistema de sonido del salón se ha vuelto a averiar.

Bennett cierra los ojos.

Me pongo de pie y tomo la chaqueta. —Yo me encargo.

No voy a dejar que Lena lo arregle todo sola.

CAPÍTULO VEINTE

LENA

Regla n.º 20: Las bodas son románticas hasta que alguien pierde al novio.

Bennett ha desaparecido.

La ceremonia debe comenzar dentro de veinte minutos y nadie logra encontrarlo.

La primera persona en organizar la búsqueda es Paula Ruiz, una coordinadora de bodas independiente a quien el hotel llamó después de que la persona encargada del evento de Sienna y Bennett no pudiera llegar por la tormenta.

Paula tiene cuarenta y dos años, mide un metro cincuenta y dos y es capaz de poner en movimiento al personal de banquetes con una sola mirada. El tío Todd lleva una hora siguiéndola de un lado a otro con un portapapeles que ella jamás le pidió que llevara.

—La novia se queda en la suite —dice Paula—. Puede que haya huido; tenemos que protegerla.

Sienna lo oye. Aparece al fondo del pasillo con el vestido puesto y el velo recogido sobre un brazo, aterrorizada y furiosa, y declara: —Bennett no ha huido.

—No —digo de inmediato.

¿O sí?

No, es imposible. La ama.

—Estaba nervioso —dice Logan—, pero jamás huiría.

—¿Y qué hace cuando está nervioso? —pregunto al ver que por fin estamos llegando a alguna parte.

—Busca comida —decimos al unísono, y los dos sabemos adónde ir.

Reviso los lugares habituales: el balcón, el baño y la máquina expendedora del tercer nivel. Ni rastro de Bennett.

—Tenemos que revisar cualquier lugar donde haya algo de comer —digo mientras miro dentro del armario de la ropa blanca.

—Yo me escondería en el bar —dice Logan al abrir otra puerta—. En realidad, te llevaría conmigo.

Sonrío ante la calidez de su voz. Ante esa broma que no lo es del todo.

—Necesitarías algo mejor para comer —respondo, y él se ríe.

Recorremos los salones de banquetes y, justo cuando estoy a punto de mirar detrás de un aterrador biombo decorativo con forma de cisne, una voz apagada llega desde algún punto bajo las escaleras.

Logan y yo intercambiamos una mirada.

Bajamos juntos a la pequeña y antiquísima bodega del hotel.

La puerta se abre unos centímetros con un chirrido y luego se atasca. Dentro, el novio está encaramado en un cajón, comiendo nachos y con aspecto ofendido porque lo hemos encontrado antes de que acabe de masticar.

De entrada, los nachos hacen que la escena parezca absurda. Entonces le veo las manos.

Le tiemblan. —No podía abrir la puerta desde dentro. Pensé que moriría aquí y que entonces Sienna me mataría por esto.

Lleva la corbata floja y los hombros encorvados, y la bolsa de nachos descansa a su lado, todavía cerrada. El vasito de queso que sostiene le tiembla con tanta fuerza que se forman ondas en la superficie.

Logan también se da cuenta. Su expresión cambia de inmediato.

No hace la broma que queda suspendida en el aire.

—Oye —dice en voz más baja—. Ya te encontramos.

Bennett nos mira a uno y a otro. —Necesitaba cinco minutos.

—Podrías habérselo dicho a alguien —respondo, pero sin una pizca de reproche.

—Lo intenté. —Se pasa una mano por la cara—. Mamá preguntó si había memorizado los votos, papá preguntó por los anillos y la persona encargada de las fotos me cambió de sitio tres veces. Pensé que, si una persona más me tocaba la chaqueta, saldría por una ventana.

—Aquí abajo no hay ventanas —dice Logan.

Bennett lo fulmina con la mirada.

—Dime la verdad. —Logan se agacha frente a él—. ¿Qué pasa en realidad?

Bennett baja la mirada al vasito de queso. —Todo el mundo repite que hoy lo cambia todo. ¿Y si mañana me despierto y sigo siendo exactamente yo? ¿Y si se supone que debo sentirme transformado, pero solo me siento casado y cansado?

Me siento en el cajón a su lado, con cuidado de no estropearme el vestido. —Eso parece normal.

Me mira. —¿Tú crees?

—Creo que Sienna no se casa con una versión de ti transformada por la ceremonia. Se casa con el hombre al que conoce desde hace años y al que ama profundamente —digo.

Mira a Logan.

Logan asiente. —No tienes que aprender de golpe a ser esposo. Solo tienes que subir y decirle que te sentiste abrumado.

—¿Y si se enfada?

—Puede que se enfade —respondo—. Entonces te disculpas y dejas que se enfade sin dar por hecho que eso significa que el matrimonio está condenado.

El consejo parece sospechosamente pertinente para mi propia vida.

Bennett nos mira a los dos. —¿Cuándo se volvieron emocionalmente competentes?

—Estamos pasando un fin de semana difícil —dice Logan.

Casi me río. Bennett por fin abre la bolsa de nachos. Come uno, respira y nos la ofrece. Logan y yo tomamos uno cada uno.

Durante treinta segundos, los tres nos quedamos sentados en una bodega comiendo nachos de contrabando mientras la boda espera arriba.

Entonces Bennett se pone de pie. —Estoy listo —dice. Todavía le tiemblan las manos.

Estar listo no es lo mismo que no tener miedo. Empiezo a comprenderlo.

—Por favor, dime que no comiste jalapeños antes del beso —digo. Miro la bolsa y niego con la cabeza.

Bennett parece ofendido. —Claro que no. Estoy ansioso, no loco.

Le lanzo una mirada que dice «Ni se te ocurra».

Bennett insiste: —¿Qué otra cosa iba a hacer? ¿Morirme de hambre?

Bennett sale al pasillo, sacudiéndose el polvo de la chaqueta como si no lo acabaran de rescatar de una bodega minutos antes de su boda.

Se supone que las bodas emocionan a la gente. Esta parece empeñada en volvernos locos a todos primero.

Aun así, cuando Sienna y Bennett se encuentran ante el altar, con las manos entrelazadas y los rostros iluminados por los nervios y la alegría, todo se queda por fin en silencio.

Durante un minuto perfecto, nadie grita por las flores. Nadie persigue a un perro. Nadie acusa al hotel de estar maldito.

Solo están mi mejor amiga y el hombre que la ama.

El salón interior no es el jardín que Sienna había planeado. La tormenta, aunque ya está más calmada, todavía no lo permite. El pasillo es más corto, las sillas están más juntas y los ventanales plateados por la lluvia convierten la sala en algo más suave que las fotografías de su panel de inspiración.

Y, sin embargo, cuando las puertas se abren, el rostro de Bennett cambia. Se le llenan los ojos de lágrimas mientras Sienna avanza hacia el altar.

Al otro lado del pasillo, Logan me mira.

Sostengo su mirada y sonrío; a mí también se me llenan los ojos de lágrimas.

La ceremonia es dulce, incómoda y muy propia de ellos. Los votos de Sienna hacen llorar a la mitad de los presentes. Yo incluida, igual que quien oficia la boda.

Bennett acaba leyendo sus votos en el teléfono porque perdió la versión impresa, por supuesto. De algún modo, eso los hace mejores. Están menos pulidos, pero, cuando la voz se le quiebra a mitad de camino, suenan más sinceros que cualquier cosa escrita de antemano.

A mitad de la ceremonia, Max entra trotando mientras arrastra una servilleta del hotel mordisqueada. La niña de las flores suelta un chillido.

La tía Celeste solloza con tanto estrépito que alguien le entrega un pañuelo.

En la recepción, el universo sienta a Logan lo bastante cerca como para arruinarme la concentración, pero no lo bastante como para poder tocarlo. Veo su pulgar tamborilear contra la copa. Veo el borde del puño de su camisa sobre la muñeca. Puedo sentirlo a mi lado sin mirarlo.

Lo cual es injusto, porque me estoy esforzando mucho por portarme bien.

Después de la ceremonia, los invitados salen en tropel al vestíbulo para tomar unos cócteles mientras vuelven a preparar el salón. Sienna y Bennett desaparecen para la sesión de fotos, todavía de la mano.

Estoy ayudando a Paula a redirigir una fila de invitados cuando se acerca un empleado del hotel con una caja larga y blanca de floristería.

—Entrega para Lena Rhodes —dice.

Mi nombre está escrito a mano sobre la tapa. Rosas rojas. Encima hay una tarjeta pequeña.

Por los viejos tiempos. Deberíamos hablar antes de que hagas algo de lo que te arrepientas. T.

El vestíbulo se inclina.

Al otro lado del vestíbulo, Logan ve mi expresión.

Cierro la caja de flores antes de que Logan llegue hasta mí. El gesto es instintivo, tan rápido que resulta insultante.

Baja la mirada hacia mis manos sobre la tapa. Entonces pregunta: —¿Qué es?

—Nada importante.

Me mira. La palabra *nada* ya ha causado demasiado daño entre nosotros.

Bajo la voz y digo: —Trevor envió flores.

La mandíbula de Logan se tensa. No toca la caja. No pregunta dónde está Trevor ni anuncia lo que le gustaría hacerle. Se limita a esperar.

Odio que me deje tanto espacio para avergonzarme.

—Lena —dice con calma—. No tienes por qué ocultármelo. Yo no soy Trevor.

Quiero gritarle que ya lo sé, pero me limito a asentir, tomar la caja y atravesar las puertas de servicio con las rosas como si transportara una bomba.

Las arrojo al contenedor de basura y regreso a mi asiento.

Esta es la nueva Lena Rhodes, una a la que no le importan los sentimientos de un imbécil.

CAPÍTULO VEINTIUNO

LOGAN

Regla n.º 21: Amar es elegir la verdad cuando sería más fácil hacer un chiste.

Cuando empiezan los discursos, el salón de baile ya se ha transformado dos veces.

El arco de la ceremonia enmarca ahora la mesa del pastel. Las sillas han desaparecido detrás de unos biombos. Los platos de la cena cubren las mesas, y el sistema de sonido reparado zumba con la frágil seguridad de una máquina amenazada por Lena Rhodes.

Está sentada al otro lado de la pista de baile, junto a Sienna. El labial en tono rosa le suaviza la boca y tiene las manos cerradas alrededor del pie de una copa de agua.

Las rosas de Trevor han desaparecido. Ver cómo se encargó de ellas me alegró más de lo que debería admitir.

Entonces Lena toma la palabra.

—Durante casi toda nuestra vida, a las mujeres nos han dicho que ser demasiado emocionales es un defecto —dice Lena—. Sienna me enseñó que sentir en voz alta no es una debilidad. Bennett lo entendió antes que yo. No se enamoró de ella a pesar de lo enorme que es su corazón. Se enamoró de ese corazón entero: ruidoso y generoso.

Sienna ya llora sin disimulo. Bennett no está mucho mejor.

Lena alza la copa. —Brindemos por que nos amen sin editarnos.

El salón entero se suma al brindis. No consigo respirar con normalidad.

Bennett me mira cuando me pongo de pie. Su expresión dice varias cosas, casi todas poco educadas. Tomo el micrófono de manos de Lena. Nuestros dedos se rozan.

—Buena suerte —susurra. Una sonrisa le curva los labios.

Me vuelvo hacia el salón.

Llevaba un discurso preparado. Sigue doblado en el bolsillo interior de mi chaqueta, pulido, divertido y pensado para no revelar nada que no pudiera soportar que los demás supieran.

Lo dejo ahí.

—Cuando Bennett y yo éramos niños —empiezo—, la gente daba por hecho que yo era el valiente porque hablaba primero.

Bennett resopla.

—No lo era. Solo me apresuraba a hacer un chiste antes de que alguien pudiera formular la pregunta que yo no quería contestar.

El salón queda en silencio.

Mi madre me observa desde la mesa de delante.

—Bennett siempre ha sido más valiente en lo que de verdad importa. Les demuestra que le importan. Está a su lado cuando lo necesitan, sin fingir que es casualidad. Cuando conoció a Sienna, no se convirtió en un hombre distinto. Empezó a ser más sincero sobre el hombre que quería ser.

La expresión de Bennett cambia. Miro a Lena. Está completamente inmóvil.

—La gente habla del amor como si fuera una lotería: o te toca o no te toca —continúo—. Quizá lo sea, en parte. Pero, al ver a Bennett y Sienna, creo que el amor también es honestidad. Es decir la verdad cuando una mentira sería más segura. Es elegir en voz alta a la persona que tienes delante y volver a elegirla cuando el salón queda en silencio y nadie aplaude.

Se me quiebra la voz. Lo permito.

—Es dejar que alguien vea el problema antes de resolverlo. Es confiar en que el miedo no te hace menos digno de que te elijan. Es disculparte sin convertir la disculpa en una actuación.

Los ojos de Lena brillan.

Alzo la copa hacia mi hermano y su esposa. —Por Bennett y Sienna. Que sigan diciéndose la verdad, incluidas las partes incómodas.

Los aplausos me envuelven, fuertes y cálidos.

Antes de que pueda sentarme, Bennett extiende la mano para pedirme el micrófono.

—Hoy no ha sido perfecto. —Bennett se vuelve hacia Sienna—. Se equivocaron con las flores. Faltaban las velas. Me quedé atrapado en una bodega. Pero cada vez que algo cambiaba, tú seguías siendo la persona que quería a mi lado en medio de todo. —Se le vuelve áspera la voz—. Creía que el matrimonio significaría tenerlo todo claro. No es así. Es vivir en la incertidumbre sabiendo con quién quiero compartirla.

El salón vuelve a quedar en silencio.

—Siento haberme quedado atrapado en una bodega —le dice—. La próxima vez, te avisaré adónde voy antes de encontrar los nachos.

Sienna se pasa un dedo bajo un ojo. —Más vale que no haya otra boda. —Sonríe.

Bennett alza la copa. —Por mi esposa, que se casó con el hombre real y no con la versión más fácil.

Las copas se alzan por todo el salón.

La cena se reanuda. Empieza la música. Los invitados se dirigen a la pista de baile. Durante varios minutos, quedo atrapado entre familiares, apretones de manos y la pregunta de tía Celeste sobre si la expresión «partes incómodas» implica un problema digestivo.

Sienna y Bennett empiezan su primer baile.

La canción no es la que eligieron. Dennis anuncia que la sobretensión corrompió el archivo original y luego pone una versión acústica de una canción de los ochenta que nadie esperaba oír durante un primer baile.

Sienna abre mucho los ojos. Bennett le dice algo al oído. Ella se ríe, le rodea el cuello con ambos brazos y sigue bailando.

El salón sigue su ejemplo. Lo que debería haber sido otro fracaso se convierte en algo suyo porque ellos así lo deciden.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

LENA

Regla n.º 22: Nunca te escapes a tomar aire con el hombre que sabe exactamente cómo desarmarte.

El pasillo detrás del salón de baile es estrecho y está en penumbra, encajado entre la entrada de la cocina y las viejas escaleras de servicio. No es privado. No de verdad. El personal pasa por aquí. Los invitados que busquen el baño podrían equivocarse de puerta. Cualquiera podría entrar si cruza la puerta con el letrero SOLO PERSONAL.

Me detengo debajo de la escalera, donde el rellano superior proyecta una franja de sombra sobre la pared y la barandilla metálica. La música llega amortiguada; los graves retumban a través del yeso. Apoyo una mano en la pared, cierro los ojos e intento respirar como una persona normal.

No oigo que Logan me siga. Lo noto. Cuando abro los ojos, está ahí, con la chaqueta abierta y las manos en los bolsillos, como si tuviera todo el derecho a encontrarme escondida detrás de una escalera durante la recepción de la boda de su hermano.

—¿Me sigues? —pregunto en voz baja.

Sonríe apenas. —Te vi salir. Supuse que lo que estuviera pasando aquí requería mi atención.

—Vas a meterte en problemas.

Se acerca y bloquea la débil luz del pasillo. —He sobrevivido a cosas peores.

Engancho un dedo en su corbata y tiro de él hacia mí. —Arrogante.

—Solo cuando tengo razón.

Me besa antes de que pueda responder, con fuerza, como si llevara toda la noche esperando y por fin se le hubiera agotado la paciencia.

Me río contra sus labios, sin aliento, pero la risa se transforma en un jadeo cuando me agarra de las caderas, me gira y me aprieta contra la pared bajo la escalera.

El cemento está frío a través de la fina seda de mi vestido. El resto de mi cuerpo solo siente el calor de Logan.

Le hundo los dedos en el cabello. —Te deseo.

Sus dientes me rozan la mandíbula. —Lo sé.

Desliza una mano bajo mi vestido y me sube la tela por el muslo. Tomo aire de golpe cuando el aire fresco del pasillo alcanza mi piel desnuda.

Sus dedos llegan al encaje entre mis piernas, y noto su sonrisa contra mi cuello cuando me aferro a su chaqueta.

—¿Te has puesto ropa interior de encaje esta noche? —murmura —. Qué cruel.

—No me la puse por ti.

—¿No? —Sus dedos se deslizan bajo el elástico—. Entonces, ¿por qué ya estás mojada?

Aprieto con más fuerza las solapas de su chaqueta.

Me acaricia despacio, una vez, dos, lo suficiente para que me flaqueen las rodillas. Su boca vuelve a la mía y ahoga el gemido que está a punto de escapárseme. El beso se vuelve más profundo, más intenso, mientras sus dedos se mueven con un control exasperante.

—No hagas ruido —dice contra mis labios—. A menos que quieras que alguien abra esa puerta.

Una risa se me atasca en la garganta, pero se corta cuando su pulgar encuentra mi clítoris.

—Mierda —murmura—. Ahí estás.

Dejo caer la cabeza contra la pared. Intento respirar, intento guardar silencio, pero él sabe exactamente cómo tocarme. Círculos lentos. Presión firme. Dos dedos que se deslizan por mi humedad antes de penetrarme.

Me muerdo el labio inferior.

No aparta la mirada. —No te hagas daño. —Su boca roza la mía —. Úsame.

Hundo la cara en su hombro mientras él desliza los dedos aún más dentro de mí. Mi gemido se pierde en su chaqueta, amortiguado e indefenso.

—Así está mejor —dice en voz baja—. Te tengo.

Mis caderas se mueven antes de que pueda detenerlas, en busca de su mano. La vergüenza no hace más que empeorarlo todo y agudiza cada detalle. El calor de su cuerpo pegado al mío. La música amortiguada. La posibilidad de oír pasos al otro lado de la puerta.

Pasa una mano bajo mi muslo, me levanta la pierna y la acomoda sobre su cadera, abriéndome más. Sus dedos se curvan dentro de mí y alcanzan ese punto que hace que el pasillo se vuelva borroso.

—Logan.

—Lo sé. —Su pulgar traza círculos con más fuerza—. Estás cerca.

Niego con la cabeza, aunque es mentira.

Sonríe contra mi mejilla. —Mentirosa.

Intento empujarlo por el hombro, pero apenas tengo fuerzas. Me atrapa la muñeca y la inmoviliza junto a mi cabeza sin dejar de mover la otra mano.

—Mírate —dice—. Dama de honor principal. Vestido perfecto. Sonrisa perfecta. Arreglando los problemas de todo el mundo durante toda la noche. —Sus dedos entran más hondo—. Y solo necesitabas que alguien te cuidara.

Eso rompe algo dentro de mí. Se me entrecorta el aliento. Mi cuerpo se tensa alrededor de sus dedos y la presión aumenta tan deprisa que no puedo contenerla.

Me besa justo cuando me vengo y ahoga mi grito con la boca antes de que se oiga en el pasillo.

Tiemblo contra él; se me sacuden las caderas y le muerdo sin querer el labio inferior. Logan gime y sigue tocándome mientras dura, ahora más despacio, prolongando cada una de las últimas pulsaciones hasta dejarme sin fuerzas contra la pared.

Cuando por fin me fallan las piernas, él me sostiene.

Durante unos segundos, ninguno habla. La música retumba débilmente al otro lado de la puerta. Cerca de nosotros se oye el estrépito de una bandeja. Me quedo paralizada.

La mano de Logan se queda quieta sobre mi muslo. Unos pasos cruzan la entrada del pasillo y después se alejan. El corazón casi me rompe las costillas.

Logan apoya la frente en la mía y sonríe como un idiota. —¿Estás bien?

Lo fulmino con la mirada, sin aliento. —Estás disfrutando demasiado de esto.

—Tú empezaste.

—Salí de un salón de baile.

—Tiraste de mi corbata.

Debería discutir, pero sus dedos salen de mí y mi cuerpo da otro pequeño y humillante estremecimiento.

Se le oscurecen los ojos.

Me da la vuelta con cuidado y me guía hacia la barandilla bajo la escalera. No es una escalera completa, solo un viejo tramo de servicio que sube hasta un rellano del segundo nivel que da a un almacén.

La barandilla me llega a la cintura; el metal está frío bajo mis palmas. La mitad inferior de la escalera nos oculta de la puerta del salón, pero no de quien baje desde arriba.

Lo bastante peligroso para ser una estupidez. Estamos lo bastante ocultos para que yo siga adelante.

Logan se coloca detrás de mí y me sube el vestido sobre las caderas. El aire vuelve a tocarme la piel desnuda y aprieto la barandilla con más fuerza.

—Dios —dice entre dientes.

Miro hacia atrás. —Estás mirando.

—Te estoy admirando.

—Estás perdiendo el tiempo.

Deja escapar un sonido bajo y brusco. Pasa una mano por mi culo y sus dedos recorren el encaje que apenas me cubre. Después lo aparta a un lado.

Se me corta el aliento. Detrás de mí, oigo el suave tintineo de la hebilla de su cinturón. El sonido me recorre de arriba abajo.

—Date prisa —susurro.

—Mandona.

—Tengo que volver con la novia.

—Y yo que creía que esta era mi recompensa por portarme bien toda la noche.

—Te portaste fatal.

—Entonces me lo merezco.

Oigo rasgarse el envoltorio de un condón. Se lo pone, me agarra de las caderas y se acerca. Su erección se desliza contra mí, caliente y dura, y la punta me roza la humedad sin penetrarme.

Aprieto los dientes para ahogar un sonido.

Logan se inclina sobre mí, con el pecho pegado a mi espalda. —No hagas ruido.

Antes de que pueda responder, entra en mí. Despacio. Hasta el fondo. Al principio, con el cuidado suficiente para hacerme sentir cada centímetro.

Mis dedos se cierran alrededor de la barandilla. La forma en que me estira me roba el aliento y, cuando entra hasta el fondo, agacho la cabeza hacia las manos.

—Mierda —susurro.

Su mano se desliza sobre la mía en la barandilla. —¿Estás bien?

Asiento y trago saliva con dificultad.

Retrocede y vuelve a entrar con una embestida. Casi me fallan las rodillas.

—Ahí —dice, con la voz ahora más grave—. Esto es lo que querías.

Aprieto los labios y echo las caderas hacia atrás, contra él. Acepta de inmediato la invitación y marca un ritmo constante que hace crujir suavemente la vieja barandilla bajo mis manos.

Cada sonido parece demasiado fuerte. Su cinturón. Nuestra respiración. El sonido húmedo de cada embestida. El golpe de sus caderas contra mi culo, amortiguado por la música pero aun así peligroso en el estrecho pasillo.

Logan me agarra por la cintura y tira de mí contra cada embestida. —Mierda, estar así dentro de ti es increíble.

Me muerdo el antebrazo para guardar silencio.

Vuelve a inclinarse sobre mí y cubre mi cuerpo con el suyo. —No. Dámelo.

Giro la cara lo suficiente para alcanzar su boca. Me besa sin cuidado, con ferocidad, y se traga el gemido que brota de mí cuando entra más hondo.

—Eso es —dice contra mi boca—. Dámelo. Solo a mí.

Mi cuerpo se contrae alrededor de él. Su mano se desliza entre mis piernas.

—Logan —jadeo.

—Lo sé. —Sus dedos encuentran mi clítoris y todo mi cuerpo da una sacudida—. No hagas ruido —me recuerda, pero oigo la sonrisa en su voz.

Lo odio por eso. Lo amo por eso. No tengo aire suficiente para decidir cuál de las dos cosas.

Me penetra con más fuerza mientras una mano me acaricia entre los muslos y la otra se aferra a mi cadera. El ángulo es demasiado bueno, demasiado intenso; cada embestida llega tan hondo que me hace ver puntos de luz.

Una puerta se abre en algún lugar más allá del pasillo. Me quedo paralizada.

La mano de Logan me cubre la boca antes de que pueda emitir un sonido. No deja de moverse. Apenas reduce el ritmo y hace que cada embestida sea más profunda y controlada.

Unas voces pasan junto a la entrada de servicio. Dos personas se ríen. Una mujer pregunta dónde están los baños. Un hombre dice que cree que quedan hacia el otro lado.

El pulso me martillea contra la palma de Logan. Se inclina, con los labios rozándome la oreja. —No hagas ni un sonido.

Las voces se alejan. La puerta se cierra. Él empieza a moverse más deprisa.

El miedo y el alivio me invaden al mismo tiempo y se mezclan con el placer hasta que no puedo separarlos. Me aferro a la barandilla y lucho por guardar silencio mientras sus dedos trazan círculos más firmes.

—Vuelves a estar cerca —dice, y da una embestida brusca que hace que mi cuerpo responda por mí.

Cierro los ojos con fuerza. La presión aumenta deprisa, más ardiente esta vez, casi insoportable. Mantiene la boca cerca de la mía, preparado, y cuando por fin pierdo el control, me besa mientras me vengo.

El orgasmo me sacude con fuerza, en silencio salvo por los gemidos entrecortados que atrapa con la boca. Mi cuerpo se cierra a su alrededor y tiembla con tanta violencia que él gime contra mis labios.

—Eso es —dice entre dientes—. Mierda, eso es.

Su ritmo se vuelve irregular. Me sujeta con más fuerza. Se hunde hasta el fondo y se viene con un gemido roto que intenta ahogar contra mi hombro, con todo el cuerpo tenso a mi espalda.

Durante un momento, todo se detiene. Solo queda su aliento contra mi cuello. Mis manos todavía aferradas a la barandilla. La música del salón, distante e irreal.

Entonces exhala y me besa entre los omóplatos.

—¿Estás bien? —pregunta en voz baja.

Asiento, aún sin aliento. —Sí.

Sale de mí con cuidado y retrocede lo justo para ocuparse del condón y arreglarse la ropa. Después me ayuda a incorporarme y me gira con cuidado, porque todavía siento que las piernas no me pertenecen del todo.

El vestido se me ha retorcido alrededor de las caderas. Es probable que mi labial esté destrozado. Mi cabello está peor. Logan parece apenas un poco más presentable, lo cual me resulta profundamente injusto.

Me alisa el vestido y luego me sostiene el rostro entre las manos.

—¿Fue demasiado? —pregunta.

Lo miro, veo la preocupación bajo toda esa arrogancia y algo se ablanda en mi pecho.

—No —digo—. No fue demasiado.

Su pulgar me roza la mejilla. —Bien.

Lo beso porque quiero hacerlo. Despacio esta vez. Cálido. El beso sigue siendo indecente, pero ahora también es más tierno a medida que los latidos empiezan a calmarse.

Cuando me aparto, me arregla el tirante del vestido y mira hacia la puerta del salón.

—Deberíamos volver antes de que la novia envíe un equipo de búsqueda.

—Lo haría —digo—. Y me echaría la culpa.

—Tendría razón.

Le doy una palmada ligera en el pecho.

Me atrapa la mano, me besa los nudillos y sonríe. —Espero haberte ayudado a relajarte.

Me río en voz baja, cansada y, por fin, un poco menos tensa. —Después de todo lo que ha pasado hoy, puede que sea lo primero útil que alguien ha hecho por mí.

La sonrisa de Logan se suaviza; después me toma de la mano y me guía de regreso.

Al llegar a las puertas del salón, Logan se detiene y examina mi cara una última vez.

—¿Lista?

Me tiemblan las piernas, mi labial ha emigrado y todo mi concepto de discreción ha muerto bajo una escalera de servicio.

—No —digo con sinceridad.

Su sonrisa es cálida. —Yo tampoco.

Volvemos de todos modos.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

LOGAN

Regla n.º 23: Las declaraciones públicas pueden hacerse con tacones y bajo protesta.

Regresamos al cálido bullicio de la recepción como si tuviéramos alguna posibilidad de parecer inocentes.

Fracasamos de inmediato.

Lena tiene las mejillas encendidas. Lleva el cabello un poco revuelto. Su labial ya no está exactamente donde estaba al principio y yo no puedo dejar de sonreír.

Ni siquiera intento hacerlo.

En cuanto cruzamos el borde de la pista de baile, Sienna nos ve.

Está de pie junto al bar, con una copa de champán en una mano y la aterradora concentración de una novia que ha sobrevivido a flores equivocadas, trombones falsos, un novio desaparecido y un spaniel delincuente. Su mirada va de Lena a mí y luego vuelve a Lena.

Lo sabe.

—Ustedes dos. —Sienna entrecierra los ojos—. ¿Disfrutaron de su pequeño descanso?

Abro la boca porque, al parecer, no he aprendido nada este fin de semana.

—Logan me ayudó a arreglarme el vestido —miente Lena, dulce como el veneno.

Sienna mira el vestido de Lena. —Ajá.

Ese sonido contiene un juicio completo, un veredicto y una condena con fecha incluida.

A mi lado aparece Bennett con un vaso de agua.

—Yo no tengo nada que ver —dice.

—No puedo creer que no me lo contaras —dice Sienna sin mirarlo.

Alguien ya está en problemas apenas unas horas después de casarse.

Le quito el agua porque tengo la garganta seca y porque necesito mantener las manos ocupadas con algo que no sea volver a tocar a Lena delante de la mitad de los invitados.

En ese momento llega tía Celeste. Examina a Lena con la serena concentración de una mujer con décadas de práctica en chismes familiares.

—Lena, querida —dice—. Parece que tienes el labial en la oreja.

Casi me atraganto. Bennett tose tapándose con la mano y se da la vuelta.

Lena se toca la oreja con la dignidad de una mujer que ha decidido que la vergüenza es para los demás. —Nueva tendencia.

Tía Celeste se lo piensa. —No me gusta.

—Así sabes que es moda —dice Lena.

Tengo que mirar dentro de mi vaso para no reírme en voz alta.

Sienna vuelve a mirarnos uno por uno, ahora con más atención, pero antes de que pueda iniciar el interrogatorio que sin duda nos merecemos, alguien la llama desde la pista de baile. Apunta dos dedos hacia Lena.

—Después.

Lena sonríe. —Qué ganas.

La velada sigue adelante porque las bodas siempre se sostienen a base de champán y música.

Las copas vuelven a llenarse. A Bennett y Sienna los arrastran a otra ronda de fotografías. El tío Todd intenta marcharse con un centro de mesa porque cree que «está incluido». Max duerme bajo una mesa como si hoy no hubiera cometido personalmente tres actos de sabotaje.

Me mantengo cerca de Lena sin que resulte demasiado obvio (o eso creo).

Bennett me encuentra cerca del borde de la pista de baile. —Tienes pinta de hombre que acaba de descubrir la gravedad y la ha bautizado Lena.

Sonrío con suficiencia. —Como marido eres muy molesto.

—Llevo cuatro horas casado. Respeta la institución.

Al otro lado del salón, Lena se ríe de algo que dice Sienna. Inclina un poco la cabeza hacia atrás, con una mano junto a la garganta, y el pecho se me oprime por un motivo que no tiene nada que ver con el sexo y sí mucho con saber exactamente cómo suena cuando deja de luchar contra sí misma.

Bennett sigue mi mirada y suspira.

Unos minutos después, Marina aparece a mi lado mientras se llena la pista de baile. Lleva una copa en la mano y una sonrisa relajada, pero sé quién ocupa toda mi atención antes incluso de que hable.

—Esperaba robarle un baile al padrino principal antes de que terminara la noche —dice—. ¿Estás ocupado?

El tono es coqueto, pero no lo bastante para montar una escena. Abro la boca para rechazarla con tacto, para dejar las cosas claras sin resultar grosero.

Lena se me adelanta. —Ya está con alguien.

Todo parece detenerse. Es decir, la música sigue sonando, alguien se ríe cerca de la mesa del pastel y un camarero pasa detrás de mí con una bandeja de copas.

Pero para mí todo se detiene.

Lena acaba de decirlo en medio de la recepción, donde la gente puede oírla.

La sonrisa de Marina se ensancha como si acabaran de confirmar el final que sospechaba desde el principio.

—Tomo nota —dice, alzando la copa antes de alejarse.

Detrás de mí, Bennett silba por lo bajo. La cara de Sienna se ilumina con una alegría inmediata y peligrosa.

Cruzo el espacio que nos separa. La fiesta ruge a nuestro alrededor, pero durante un segundo parece muy lejana.

—¿Ah, sí? —pregunto en voz baja.

Lo digo sobre todo para provocarla, pero se ruboriza.

Lena Rhodes se está ruborizando. ¿Me he muerto?

—No me obligues a decirlo dos veces —dice—. Llevo tacones.

Algo encaja dentro de mí.

No es una gran declaración. No toma un micrófono. No convierte la recepción en un espectáculo.

Solo es Lena, de pie en medio de un salón lleno de gente, reclamándome como si fuera lo más obvio del mundo.

Como si yo fuera suyo.

Como si hubiera dejado de fingir lo contrario.

Empieza a alejarse, tratando de parecer despreocupada, pero la alcanzo y le tomo la mano. Sus dedos se cierran alrededor de los míos.

Le tiembla la mano, y a mí también.

Entonces el universo, porque al parecer lo han contratado como coordinador del caos de la boda, elige ese momento exacto para provocar un desastre.

El tío Todd choca de espaldas con la torre de champán mientras intenta salvar una bandeja de canapés que está a punto de caer.

Y la torre cae justo encima del pastel de boda.

El cristal se hace añicos. El champán se extiende por el suelo. Todas las cabezas se vuelven.

El pastel está arruinado, pero solo en parte.

Miro a Sienna, con la esperanza de que no llore. En cambio, la veo reír a carcajadas con su marido.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

LOGAN

Regla n.º 24: Nunca reescribas las reglas si no piensas cumplirlas.

Horas después, tras el último baile, la última copa de champán y un vestíbulo lleno de despedidas achispadas, volvemos a estar solos.

Nos detenemos ante la misma puerta de la habitación donde empezó todo este desastre, pero ya no parece la misma habitación.

Hace dos días, esta era la habitación que nos obligaron a compartir. Ahora estamos juntos.

El vestido de Lena está arrugado por la recepción y, probablemente, por mí. El cabello se le ha soltado de las horquillas y algunos mechones le caen sobre la nuca.

—Tengo miedo —dice en voz baja. Las palabras golpean con más fuerza porque no intenta convertirlas en un chiste.

Voy hasta la cama y me siento en el borde en vez de acercarme a ella. Entrelazo las manos porque, si no, la tocaré antes de tiempo.

—Está bien —digo.

Exhala; el sonido casi parece una risa. —Esa respuesta es muy irritante.

—Es la única respuesta que no te mete prisa.

Entonces me mira. Tiene los ojos cansados, un poco rojos por el día.

—Pasé años creyendo que para ti yo era un chiste —dice—. Alguien a quien podías provocar sin riesgo. Alguien a quien te

divertía molestar. No alguien a quien de verdad desearas.

Se me tensa la mandíbula. —Lena.

—No. Déjame decirlo. —Toma aire—. Ahora lo sé. De verdad. Pero una parte de mí todavía no lo ha asimilado del todo.

—Solo me metía contigo porque me parecía imposible admitir cuánto te deseaba —digo—. Eso no significa que estuviera bien. Ni que fuera inteligente. No es una excusa. Pero es la verdad.

Baja la mirada y, cuando vuelve a hablar, su voz suena más áspera. —No puedes ocultar que te gusto y, al mismo tiempo, dedicarte profesionalmente a irritarme, Logan.

Exhalo, incrédulo, antes de que pueda impedirlo. —Ah, no creo que me gustes, Lena. —Niego con la cabeza, casi incapaz de creer lo que estoy a punto de decir—. Creo que te amo.

Contiene el aliento y me mira con los ojos muy abiertos, sin parpadear.

—Sé que te amo —aclaro. Mantengo la voz firme porque se lo debo. Sin sonrisas. Sin convertirlo en algo ingenioso porque tengo miedo.

Lena se sienta a mi lado, tan cerca que nuestras rodillas se tocan.

—¿Me amas a mí —pregunta— o lo que amas es haber conseguido por fin a la mujer a la que llevabas tanto tiempo esperando?

La pregunta duele porque es inteligente.

—Amo a la mujer que ordenó alfabéticamente un kit de emergencia y amenazó a una impresora —digo—. Amo a la mujer a la que le aterra pedir ayuda y que la pide de todos modos. Te amo cuando te equivocas. Te amo cuando estoy enojado contigo. Amo que ese ascenso te dé miedo porque lo quieres y, aun así, sigues adelante.

Le brillan los ojos.

—Quiero la vida real contigo —continúo—. Los horarios de viaje. El mal humor. Las discusiones en las que uno de los dos tenga que admitir que está equivocado.

—Ese serías tú.

—Probablemente lo sea.

A pesar de las lágrimas, una sonrisa se abre paso en su rostro. —Me da miedo arruinarlo —dice.

—A mí también me da miedo. Miedo de hacer un chiste cuando tú necesites la verdad.

Me observa durante un largo instante. Demasiado largo para mi sistema nervioso.

Pero no le meto prisa. No lleno el silencio. No hago un chiste, aunque todos mis malos hábitos suplican que haga uno.

Por fin, sorbe por la nariz. —Creo que yo también te amo. —El suelo parece moverse bajo mis pies. Entonces señala mi cara—. Pero, si pones cara de satisfacción, lo negaré todo.

Intento no sonreír y fracaso de inmediato.

Entrecierra los ojos. —Ahí está. Pareces un hombre que acaba de ganar una demanda.

—He quedado reivindicado en lo emocional.

Agarra la almohada más cercana y me golpea con ella. —Increíble.

Atrapo la almohada y tiro de ella. Lena pierde el equilibrio y cae contra mí, sonriente, todavía con los ojos húmedos, todavía con el vestido abierto a medias, todavía la mujer más imposible que he deseado en mi vida.

Caemos de espaldas sobre la cama. Lena queda medio encima de mí y, durante un minuto, nos quedamos tumbados, sonriendo.

Miro hacia la mesita de noche. Las viejas reglas siguen ahí.

Lena sigue mi mirada. —No me digas que vas a citar la lista de reglas.

—Peor. Vamos a reescribirlas.

Tomo la papelería del hotel y el bolígrafo robado que todavía está junto a la lámpara. Nos acomodamos de lado sobre la cama, aún medio vestidos y demasiado cerca, y nos pasamos el papel como si fuera un contrato y no el producto de dos adultos con las facultades emocionales alteradas y ropa de gala.

Yo escribo primero.

Nuevas reglas:

Tocarse a menudo.

Ella toma el bolígrafo y añade:

Coquetear sin vergüenza.

Asiento. —Aprobada.
Escribo:

Discutir sin golpes bajos.

Lo mira durante un segundo y luego añade debajo:

Besarse antes de suponer lo peor.

—Buena regla.
—Lo sé.
Añado:

Nada de fingir que no significa nada.

Su expresión cambia, solo por un segundo; entonces toma el bolígrafo y escribe:

No irse a dormir enojados. Primero algo de comer; después, discutir.

Lo observo. —¿Crees que comer algo debería ir antes que resolver el conflicto?
—Creo que comer algo evita conflictos.
—Buena política.

—Gracias.

Es ridículo. Es una hoja de papelería del hotel, un bolígrafo robado y una lista de reglas escrita por dos personas que rompieron todos los límites que intentaron establecer.

Doblo el papel una vez y lo guardo en el cajón de la mesita de noche.

Nos sentamos apoyados en el cabecero, con la lista de reglas entre los dos, y hablamos de la semana siguiente.

Su presentación. Si consigue el ascenso, durante los primeros seis meses viajará dos o tres noches casi todas las semanas. Quiere el puesto y le molesta que admitirlo le parezca egoísta.

Le cuento lo de la restauración en Palm Beach y el cliente que quiere retirar las baldosas originales porque el mármol beige sale mejor en las fotos. El proyecto me llevará allí dos veces por semana durante todo el invierno.

—Vamos a estar muy ocupados —dice.

—Sí.

—Vives a cuarenta minutos de mí sin tráfico.

—Veintiocho a las dos de la mañana.

Alza una ceja.

—He pasado por tu vecindario en auto.

—Esa respuesta vuelve a rozar lo inquietante.

—Evaluación profesional de rutas.

Sonríe, pero enseguida se pone seria. —No quiero convertirme en la persona que gestiona la relación por los dos.

—No lo harás.

—No puedes prometerlo.

—No. —Le tomo la mano—. Puedo prometerte que me ocuparé de mi propia agenda, que tomaré la iniciativa para hacer planes y que te diré si algo no va bien antes de refugiarme en el sarcasmo.

Gira nuestras manos entrelazadas y las mira. —Yo te diré que necesito ayuda antes de enfurecerme porque no me hayas leído la mente.

—Buena política.

—Y no usaremos el silencio como castigo.

—De acuerdo.

Mira hacia el baño. —Apartamentos separados por ahora.

—Sin duda.

Sonríe y me besa.

El deseo vuelve de golpe, pero no es la misma urgencia intensa de antes.

Esta vez todo va más despacio. Nada nos persigue. No hay un cubículo de baño cerrado con pestillo. Ni una escalera de servicio por la que podría aparecer cualquiera. Ni una recepción llena de gente abajo, a punto de notar que hemos desaparecido. Solo Lena, mirándome como si me amara y aún se estuviera acostumbrando a poder hacerlo.

Mis dedos encuentran la cremallera de su vestido y terminan de bajarla. La tela se afloja bajo mis manos. Aun así, se me corta el aliento.

Ella tiende las manos hacia mí y yo la beso, sosteniéndole el rostro entre las manos, porque quiero que sienta que la elijo a cada segundo.

Me devuelve el beso sin vacilar, sin pánico, sin la barrera defensiva que antes mantenía entre nosotros. Sus manos recorren mis hombros y luego bajan hasta los botones de mi camisa.

—Te amo —dice contra mi boca, casi como si probara qué se siente al decirlo.

Se me oprime el pecho.

—Otra vez —digo.

Sus dedos se detienen sobre mi camisa y luego sonríe. —Insaciable.

—Sí.

—Te amo, Logan.

La beso con más fuerza de la que pretendía.

Su sonrisa queda atrapada en el beso, acompañada de un sonido entrecortado que afloja una tensión de la que ni siquiera era consciente.

—Dilo otra vez —murmuro.

—Logan.

—Eso no. —Beso la comisura de sus labios—. Lo otro.

Se le suaviza la mirada. —Te amo.

Apoyo la frente contra la suya.

—Yo también te amo —digo, porque ahora puedo. Porque debería haberlo dicho sin necesitar una boda, una pelea y una lista de reglas destrozada para armarme de valor.

Al principio nos movemos despacio y descubrimos la versión tranquila del otro. Su vestido termina en el suelo. Mi camisa lo sigue. Después sus uñas se me clavan en los hombros, sus caderas se alzan y la lentitud deja de ser suficiente.

Ahora ya sé en qué fijarme. En cómo sus muslos se cierran a mi alrededor. En cómo se le entrecorta el aliento cuando mi boca desciende por su garganta. En cómo pronuncia mi nombre cuando está a punto de perder lo último que le queda de control.

Tomo un condón y me lo pongo. Ella me observa con esa expresión dulce y deshecha que hace que me tiemblen las manos más de lo debido.

Cuando regreso a ella, tira de mí hacia abajo de inmediato.

Esta vez no hace falta guardar silencio. Aun así, cuando gime, hunde la boca en mi hombro por costumbre.

Le hundo una mano en el cabello y le alzo el rostro hacia mí.

—No te escondas —digo.

No aparta los ojos de los míos.

Sigo moviéndome, sigo mirándola, sigo tomándome mi tiempo hasta que se deshace bajo mi cuerpo con mi nombre en los labios y las manos aferradas a mis hombros.

Me vengo unos instantes después, con la cara hundida en su cuello. La estrecho con todas mis fuerzas y por fin pierdo el último resto de control.

Después nos deslizamos bajo las mantas, enredados, mientras el hotel se calma a nuestro alrededor.

Mis dedos trazan líneas lentas por su espalda. Está casi dormida cuando apoyo los labios en su cabello.

—Una última regla —susurro.

Sonríe contra mi pecho. —Arriesgado, teniendo en cuenta que nadie te supervisa.

—Te amo, Lena, incluso cuando robas todas las mantas.

Traga saliva contra mi piel.

Entonces pasa una pierna por encima de la mía y roba aún más manta por una cuestión de principios.

—Bien —murmura—. Porque no pienso devolverlas.

Mi aliento calienta la oscuridad. La abrazo con más fuerza.

No hacen falta reglas.

EPÍLOGO

LOGAN

Regla final: Elígela. En voz alta. Siempre.

Un año después, hemos vuelto al hotel para la fiesta de aniversario de Sienna y Bennett, una celebración que tía Celeste ha tratado como una segunda boda.

Traje nuevo, llave nueva, pero las mismas paredes beige.

La misma sensación de que al hotel solo le falta un contratiempo para convertirse en la escena de un crimen.

Sienna está radiante, feliz en su nueva vida y satisfecha de sí misma, además de lo bastante embarazada como para usar la frase «por el bebé» como arma.

—Sabía que iban a llegar tarde —nos dice, con una mano sobre el vientre.

Tiene razón. Por supuesto.

Tía Celeste ya interroga a quien decora el pastel. El tío Todd ahora sale con la coordinadora de bodas. Discuten alegremente sobre paletas de colores y sobre si la ley exige que el próximo encargado de llevar los anillos sea humano.

Su discusión tiene el ritmo vivo y cariñoso de dos personas que disfrutan de verdad irritándose mutuamente.

Me pregunto qué puede ver una mujer de cuarenta y tantos en un hombre de sesenta y ocho.

—Me dijo que era increíble en la cama —susurra Lena—. Al parecer tiene mucha experiencia.

Casi me atraganto con el champán.

Max, antiguo perro encargado de los anillos, tiene prohibida la entrada en tres hoteles de la zona y ahora mismo cumple condena en una guardería canina.

Lena ya no viaja tanto por la región. El hotel restaurado por fin ha abierto, con las baldosas originales intactas, y el cliente ha admitido a regañadientes que salen bien en las fotos.

Hemos sobrevivido a vuelos retrasados, semanas llenas de fechas límite, un lavavajillas con una fuga y un intento desastroso de celebrar Acción de Gracias en un apartamento con seis sillas y catorce parientes.

La lista de reglas enmarcada lleva dos meses escondida en el armario de mi oficina mientras preparo lo de esta noche.

Le pedí ayuda a Sienna una vez. Creó un documento de planificación con doce pestañas, invitó a mi madre y estuvo a punto de contratar un cuarteto de cuerda. Le retiré el acceso.

Al final, conservo solo las partes que nos pertenecen. La habitación. La cama. Las reglas. Una pregunta sin público.

Esta vez Lena y yo tenemos una habitación solo nuestra, elegida por nosotros y no por accidente. Una sola cama king-size. Sin reglas falsas. Sin fingir.

Cuando nos escabullimos juntos, se oyen risas en las escaleras y la música llega desde el salón de baile, pero, en cuanto abro la puerta, el ruido queda atrás.

Lena entra y se detiene. Se fija en el pequeño escritorio del rincón y en el marco de madera apoyado allí.

Cruza la habitación despacio; en su expresión, la curiosidad ya le disputa el terreno a la sospecha. Toma el marco.

Dentro está la hoja original de papelería del hotel de hace un año, marcada por los pliegues y cubierta por las primeras reglas que escribió Lena. Todas están tachadas en rojo.

Debajo he escrito una línea con mi propia letra.

Veredicto final: consecuencias aceptadas.

Lena mira el papel, me mira a mí y sonríe. —¿Has enmarcado un trozo de papel del hotel de hace un año?

—Es un documento legal importante.

—Eres un cursi.

—Algunas cosas merecen un lugar de honor, Rhodes.

Se muerde el labio y parpadea demasiado. Me acerco, la rodeo con los brazos y ella se acomoda contra mí con facilidad, como si ya no tuviera que discutir consigo misma antes de tocarme.

Le beso la coronilla.

Hay algo más en el bolsillo de mi chaqueta.

Lena todavía sostiene el marco cuando me arrodillo junto a la cama.

Se lleva las manos a la boca. —Logan.

Le tomo una mano y trazo círculos sobre sus nudillos con el pulgar.

—Te amaba cuando me odiabas —digo, con la voz temblorosa—. Te amaba cuando los dos éramos demasiado tercos para decir la verdad. Incluso te amaba después de que dijeras «Sin consecuencias» en una habitación con un empapelado horrible.

Su risa se quiebra en un sollozo.

Le aprieto la mano. —Cásate conmigo, Lena Rhodes. Haz que cada habitación parezca nuestra.

Por un momento no dice nada. Solo me mira con la boca temblorosa y los ojos brillantes, sin rastro de su feroz armadura.

Entonces las lágrimas le resbalan por las mejillas y vuelve a reírse.

—Sí —dice—. Claro que sí.

Durante un segundo, olvido cómo respirar.

Entonces me señala, todavía llorando. —Pero voy a conservar mi apellido.

Me río y la estrecho entre mis brazos.

—Bien. Siempre me ha gustado cómo suena «Lena Rhodes arruinándome la vida».

Me besa con fuerza suficiente para hacernos perder el equilibrio a los dos. Caemos sobre la cama entre risas, con el marco a salvo en la mesita de noche, el anillo en su dedo y sus manos en mi cabello.

El resto de la familia sigue de fiesta abajo sin nosotros.

Por una vez, ninguno se apresura a arreglar nada. Nos perdemos el brindis del aniversario y no nos disculpamos con mucha convicción.

Mi teléfono vibra sobre la mesita de noche.

BENNETT

¿Llegan tarde porque están teniendo sexo?

Respondo al mensaje con una mano.

Sí.

Lena ve lo que estoy haciendo y sonríe. —Damos muy mal ejemplo, ¿sabes?

Vuelvo a besarla, sonriendo contra su boca. —Ese siempre fue el plan.

Entonces vibra el teléfono de Lena.

Mira la pantalla y gime.

—¿Qué? —pregunto.

Gira la pantalla hacia mí.

SIENNA

Si te quedas embarazada durante mi fiesta de aniversario, exijo el derecho a ponerle nombre a esa criatura.

Lena hunde la cara en mi pecho. —Nunca vamos a escapar de esta familia.

Le doy un beso breve y firme. —Sí. Me gustan nuestras posibilidades en medio del caos.

Sonríe y toda la habitación cambia a su alrededor.

El mismo hotel. De nuevo, una sola cama.

Una vida completamente distinta.

En esta habitación, con ella, por fin entiendo la única regla que siempre importó.

Elígela.
En voz alta.
Siempre.

¡Muchas gracias por leer! Si disfrutaste de este libro, puedes descubrir más de mis historias AQUÍ.

ACERCA DEL AUTOR

Kate J. Blake escribe comedias románticas picantes protagonizadas por mujeres extraordinarias, hombres inteligentes y sexys, energía feminista, diálogos ingeniosos y sin rupturas en el tercer acto. Sigue su página de autora para enterarte de OFERTAS y nuevos lanzamientos.

